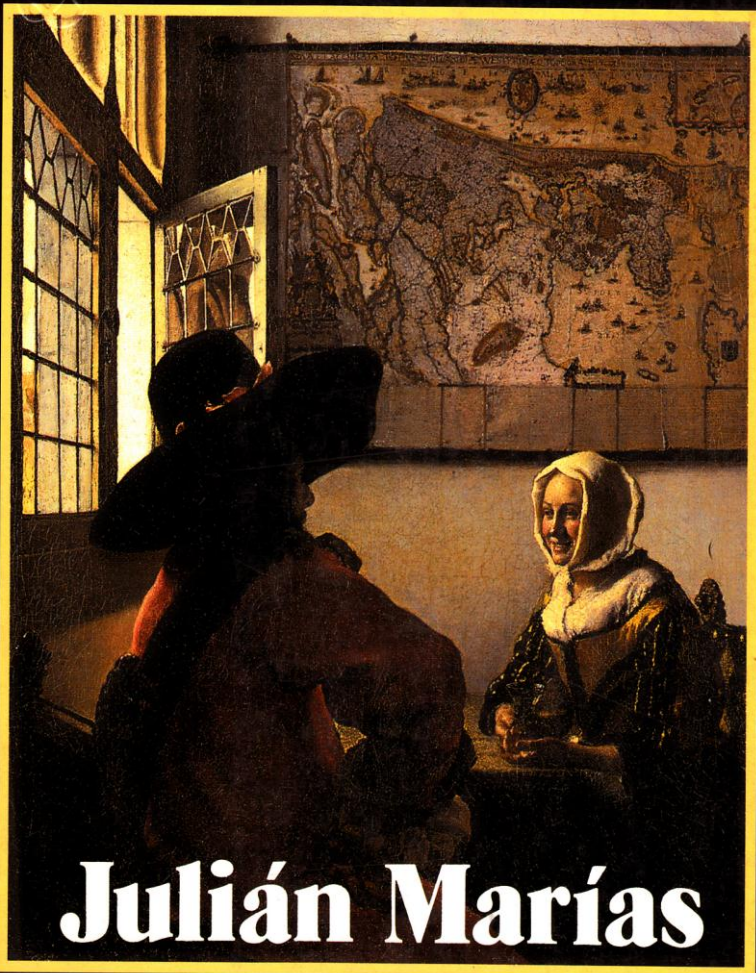


*Alianza Editorial*



**Julián Marías**

**Mapa del mundo  
personal**

## Mapa del mundo personal

*Otros libros de Julián Marías  
en Alianza Editorial*

Historia de la Filosofía (AUT 92)  
Introducción a la Filosofía (AUT 17)  
Biografía de la Filosofía (LB 740)  
La estructura social  
Antropología metafísica (AU 356)  
Ortega. Circunstancia y vocación (AU 373)  
Ortega. Las trayectorias (AU 374)  
Generaciones y constelaciones (AU 594)  
Hispanoamérica (LB 1165)  
España inteligible (AU 442)  
Cervantes clave española (LB 1501)  
La mujer en el siglo xx (LB 754)  
La mujer y su sombra (LB 1285)  
Breve tratado de la ilusión (LB 1046)  
Una vida presente, I-III  
La felicidad humana  
La educación sentimental  
Razón de la filosofía  
Obras, I-X (R. de O.)

Julián Marías

*Mapa del mundo personal*

Alianza Editorial

*Primera edición: 1993*  
*Primera reimpresión: 1994*

*Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.*

© Julián Marías

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 1994  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 741 66 00

ISBN: 84-206-9679-X

Depósito legal: M. 2.109-1994

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa  
Paracuellos de Jarama (Madrid)

Printed in Spain

**ADVERTENCIA**  
**ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES**  
**EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES**



**QUEDA PROHIBIDA**  
**LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y**  
**COMERCIALIZACIÓN**

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,*

*—Thomas Jefferson*



**Para otras publicaciones**  
**visite**  
**[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)**  
**Referencia: 3760**

# Índice

Prólogo .....	11
I. La condición personal de la vida humana ..	13
Tres niveles .....	14
Lo futurizo: la posibilidad dentro de la realidad .....	17
El carácter dramático del mundo personal.	21
Un mapa narrativo .....	24
II. Persona masculina y femenina .....	27
La forma inicial de dramatismo .....	27
Opacidad y transparencia .....	30
El descubrimiento propio en la relación polar .....	33
III. Génesis de la persona .....	37
La constitución personal del niño .....	37
El uso incoativo de la razón .....	40
La caricia y el cuerpo personal .....	43
La relación personal con el niño .....	46
La presión de las vigencias sociales .....	48

IV.	El dramatismo de lo personal .....	53
	Inseguridad .....	53
	Límites del mundo personal .....	57
V.	El descubrimiento de la persona .....	63
	Una realidad nueva .....	63
	Las etapas del proceso .....	66
	Las experiencias compartidas .....	70
	La ilusión .....	72
VI.	Relieve del mundo personal .....	75
	El pasado y los proyectos .....	75
	Entre padres e hijos .....	79
	Cambios de cualidad .....	83
	Presencia y ausencia .....	86
VII.	Las fronteras .....	89
	Los muertos .....	89
	La religiosidad .....	92
	La personalización de lo no personal .....	95
	El gran Ausente: Dios .....	98
VIII.	Los amigos .....	101
	Conocidos y amigos .....	101
	Simpatía y antipatía .....	103
	Injertos .....	105
	Amistades fraccionarias .....	107
	La plenitud .....	109
	La amistad entre varón y mujer .....	112
IX.	El núcleo personal de las experiencias .....	115
	Experiencias radicales .....	115
	El origen humano de las experiencias .....	118
	Las acciones personales .....	119



X.	El amor personal .....	125
	Lo que «tiene que ver» con el amor .....	126
	La adivinación de la persona .....	128
	Don Juan .....	130
	La corporeidad .....	131
	El temple amoroso .....	135
	La zona personal de la vida .....	137
	La presencia y la figura .....	140
	La persona amada .....	143
	El amor no correspondido .....	146
	El amor compartido .....	148
	Formas de la proyección amorosa .....	150
	El amor en la constitución de la persona .....	153
XI.	La instalación en el mundo personal .....	157
	Los mundos limitados .....	157
	Las proporciones dentro de lo humano .....	160
	Frecuencias de amistad .....	162
	El centro de gravitación .....	165
	Inestabilidad .....	167
	La recapitulación como sustancia .....	170
XII.	Trayectorias .....	173
	Un mundo transitable .....	173
	Pasado y presente .....	175
	Importancias y eclipses .....	180
	Relaciones concluidas .....	182
	Las ramificaciones .....	184
	Persistencia de la opacidad .....	186
	Lo incondicional .....	189
XIII.	El fondo de la persona .....	193
	Puertas abiertas y puertas cerradas .....	193

Actualización .....	195
Encarnación .....	198
La comprensión de la muerte .....	200
El abismo adivinado .....	203
El mapa personal como biografía .....	205

## Prólogo

Importa aclarar desde la primera página el título de este libro. Desde hace ochenta años es evidente el carácter circunstancial de la vida humana. No solo el hombre está en un mundo, sino que *yo*, cada uno de nosotros, tiene una condición intrínsecamente mundana, integrante de su realidad. Por otra parte, la filosofía de nuestro tiempo ha ido poniendo en claro, cada vez más, que ese mundo tiene dos dimensiones bien distintas: las cosas físicas que nos rodean y con las cuales hacemos nuestra vida, por una parte; los demás hombres, por otra. Vivir es, a la vez, *estar en el mundo y convivir*.

Hay, pues, junto al mundo *físico*, un mundo *humano*, de estructura bien distinta, que el pensamiento filosófico ha explorado con gran atención y talento. Podría pensarse que es de este mundo del que voy a intentar trazar el mapa; pero no es así. La convivencia tiene multitud de formas. No todo trato humano es estrictamente personal. Creo que la filosofía de nuestro siglo, que ha indagado con tal acierto, aunque a veces con nombres inadecuados,

la realidad de la vida humana, ha dejado relativamente en sombra, relegada a una posición marginal, la significación de la *persona* —sin que sea una excepción lo que se ha llamado «personalismo».

Desde *Antropología metafísica* por lo menos, mi pensamiento se ha orientado decididamente a investigar la realidad de la persona humana —la única que conocemos directamente— y a descubrir lo personal en muy diversos aspectos de la vida. Este es el principio inspirador de todos los libros que he escrito en los últimos años, lo que les da una profunda unidad por debajo de la variedad de sus asuntos.

En este me propongo trazar el mapa del mundo *personal*, no del «humano» en su conjunto; no de todas las formas de convivencia entre hombres, sino de aquellas en que estos funcionan y se encuentran rigurosamente como personas. El hombre es persona, pero no todo en él es personal; lejos de ello, está sujeto a múltiples formas de despersonalización. La inseguridad que pertenece a la vida humana afecta primariamente a su condición personal. Esta, como todo lo demás, se da en diversos grados; más aún, tiene argumento, y por tanto historia. Le pertenece, como no podía ser de otro modo, el carácter dramático; más aún, significa la culminación del dramatismo de la vida humana.

Esto obliga a una manera nueva de consideración. Cada perspectiva que se abre sobre la realidad lleva consigo la exigencia de un método adecuado, desde las categorías y conceptos hasta el género literario, y por supuesto el estilo. Si esto no se tiene en cuenta, es improbable que se logre una visión efectiva de lo que se pretende comprender. Esta es la razón de la insuficiencia de muchos intentos realizados. La única esperanza es que tener esto presente permite intentar la empresa con insegura confianza.

J. M.

Madrid, 27 de junio de 1993

# I

## *La condición personal de la vida humana*

Durante varios decenios me he esforzado por precisar lo que quiere decir «vida humana» en su concreción, distinguiéndolo de lo que sería «vida personal» sin más. La estructura que se descubre mediante el análisis de una vida, por ejemplo la única que me es presente en su inmediatez, la mía, y que por eso puede llamarse «estructura analítica», incluye aquellos caracteres necesarios, que por eso son universales —y no al revés—. Pero esa vida personal podría existir en muy diversas formas, de las cuales conocemos únicamente una, la humana, definida por un conjunto de estructuras *empíricas* —permanentes o al menos duraderas— que es lo que llamamos «el hombre». Esta estructura se interpone entre la analítica o meramente personal y la concreta, individual, de cada vida, y es el asunto de la antropología, tal como lo expuse en 1970 en mi libro *Antropología metafísica*.

La atención dedicada a los caracteres generales de la vida y a los que pertenecen a esa forma empí-

rica y concreta que es el hombre ha hecho que en alguna medida se haya pasado por alto lo que es estrictamente *personal*. Por supuesto, no se lo ha olvidado ni ha dejado de estar presente en el pensamiento de Ortega —recuérdese, para hablar de un escrito ya antiguo, *Goethe desde dentro* o el estudio sobre *Goya*, ambos de excepcional profundidad—, y le he dedicado por mi parte muchas páginas; pero creo que no existe suficiente claridad sobre lo que, *dentro de la vida humana, que es personal*, corresponde rigurosamente a esa extrañísima forma de realidad. Esto es lo que me propongo indagar al intentar trazar un mapa de lo que propiamente puede llamarse el mundo personal.

### *Tres niveles*

El hombre nace en condiciones de absoluta dependencia, que duran largo tiempo; esto quiere decir que su vida solo es posible porque otras personas, en primer lugar sus padres, le prestan los recursos necesarios para su subsistencia; por consiguiente, la vida humana está determinada desde el principio por la *convivencia*, y por eso el hombre es necesariamente «heredero».

Pero no se puede uno quedar en esta evidencia, sino que hay que seguir pensando, es decir, mirando la realidad. Es menester añadir: los padres también son herederos, resultado de una convivencia inicial anterior; y así sucesivamente. Con lo cual se trasciende la esfera de la individualidad y se tropieza con algo bien distinto: lo *social*, recibido por las sucesivas generaciones y que viene a constituir un ingrediente de eso que recibe cada hombre desde su nacimiento.

Historia social y Geografía (Filosofía)

h) Esa convivencia lleva dentro elementos que no son «propios» de los padres, sino que vienen de un pasado dilatadísimo, de *usos* en alguna medida impersonales, con los cuales se han encontrado las personas que los han recibido, cuya presión han experimentado, que integran el contenido de sus vidas. Entre otros, la *lengua* —fenómeno histórico-social distinto del *decir*, necesidad y posibilidad de toda vida personal— y del *lenguaje* —propio del hombre como estructura empírica.

En la convivencia hay, pues, un ingrediente *social* cuya importancia es muy variable. Probablemente enorme en épocas primitivas, cuando el mundo estaba mínimamente poblado, constituido por grupos humanos cerrados sobre sí mismo y en habitual aislamiento. En la actualidad es la situación de las tribus configuradas por un denso repertorio de vigencias imperantes, que regulan desde fuera la mayor parte de las acciones individuales y de la visión de la realidad.

En todo caso, y aun en las sociedades del tipo de las occidentales de nuestro tiempo, una amplia porción de la convivencia, del trato con los demás hombres, tiene carácter social: las relaciones más o menos automáticas con los que desempeñan funciones sociales —el vendedor, el camarero, el acomodador en el cine, el policía, el recaudador de impuestos, el juez, el médico en la medicina «social», el profesor en un aula rebosante, el taxista, etc.— se fundan en el sistema de los usos que hacen posible el trato con el «extraño» y apenas cuentan con el soporte personal, que solo en algunos momentos excepcionales irrumpe en esas formas de convivencia.

Sin embargo, ese nivel es inseparable de otro: el

## Mundo de la Acta de habla

2) **psíquico.** La vida humana —como en cierta medida la animal, especialmente la de los animales superiores— es psíquica. Las acciones suponen percepción, imaginación, fundada en la memoria, placer o desagrado, estimaciones, juicios, actos de voluntad, todo el tejido complejísimo de la vida psíquica, ingrediente decisivo —pero solo ingrediente— de la vida humana.

Este es el aspecto aparentemente primordial de la convivencia. La mayor parte del «mundo humano», cuyo sustrato social es menos perceptible y con frecuencia se olvida, se compone de actos psíquicos, de relaciones con otras personas en ese nivel. Entablamos relaciones con innumerables personas, tratamos con ellas de diversos asuntos, les hablamos y oímos y comprendemos lo que nos dicen, hacemos convenios, nos citamos con ellas para la semana siguiente, sin que en esas formas de convivencia entre propiamente lo que ellas y nosotros tenemos de rigurosamente personal, que queda «fuera», aunque sea el supuesto que las hace posibles y del que a última hora depende su sentido.

3) Este tercer nivel, el *personal*, ocupa un espacio variable pero bastante reducido. Su variación depende sin duda de las formas sociales, de las épocas y unidades de convivencia en que el individuo está inserto; de la edad; del desarrollo psíquico y la complejidad; de la condición propia de cada uno, porque hay en cada vida una inclinación particular a la visión personal, un grado de presencia ante uno mismo de su condición de tal persona. Es curioso que este aspecto rara vez se tiene en cuenta, a pesar de ser lo más profundamente propio, lo que sería el factor decisivo en toda caracterología y en todo estudio histórico de las formas de la vida humana.



Estos tres niveles, indispensables, inseparables, pero radicalmente distintos, condicionan las formas de convivencia y son los que determinan el mundo humano para cada uno de nosotros, su extensión, su contenido, el entrecruzamiento de las relaciones, su importancia y alcance. Aquí me interesa indagar el tercer nivel, para precisar en qué consiste el mundo *personal*, sin olvidar los otros elementos, pero sin confundirlo con ellos. Será menester llevar a cabo un análisis desde esta perspectiva de la vida humana y de sus vicisitudes, lo cual obligará a construir, con los conceptos requeridos, un capítulo de la antropología.

*Jan Janda al Futuro*

*Lo futurizo: la posibilidad dentro de la realidad*

La vida humana es *futuriza*: está orientada o proyectada hacia el futuro. Es anticipación de sí misma; por tanto, imaginación más o menos rica y detallada de algo que no existe pero que se ve como *porvenir*.

Esa anticipación se refiere sin duda a las cosas, que en buena parte son imprevisibles; y también a las personas con las cuales cada uno hace o podrá hacer su vida, y que no están «dadas»; aun en el caso de que se cuente con las ya existentes y conocidas, se prevé su variación: se las anticipa en condiciones distintas, por lo pronto con otra edad; en los adultos esto no es particularmente relevante salvo a largo plazo, pero decisivo cuando se trata de niños o personas muy jóvenes —en el caso de los viejos, la edad vuelve a ser importante porque se cuenta con la probabilidad de que no estén ahí en un futuro cercano.

Lo decisivo, sin embargo, es que la condición futuriza afecta a la propia persona: al proyectarme, me imagino, no solamente con la inseguridad de si seguiré viviendo en el plazo de mi imaginación, sino que me veo como otro, alterado por el transcurso del tiempo y los cambios de la circunstancia, física y sobre todo humana. Esto significa que la «realidad» es insuficiente. O, dicho con otras palabras, que en lo humano se desliza una idea enteramente nueva de lo que es realidad.

La percepción se refiere a lo que es actualmente existente; la imaginación, en su sentido rigurosamente proyectivo, versa sobre lo que *no* existe, y que ni siquiera tendrá con seguridad existencia. Desde el punto de vista habitual, esto descalificaría sus contenidos; en todo caso, sería una forma secundaria y deficiente de realidad. Pero resulta que *mi realidad* está constituida por esa condición futuriza como ingrediente intrínseco. Esto quiere decir que la «posibilidad» —entendida tradicionalmente como «mera» posibilidad— está *dentro de mi realidad* y como constitutivo suyo.

Esto afecta a la *persona* como tal, y por tanto a las relaciones estrictamente personales. Lo social consiste en el sistema de presiones que son las vigencias, especialmente los usos, fuerzas actuantes con las que el individuo se encuentra y qué condicionan, regulan y modifican su conducta. Le pertenece, pues, un carácter actual, y en esa esfera se mueven las relaciones humanas en el ámbito de la vida colectiva. Las formas normales de la convivencia interindividual, lo que podemos llamar «trato» con personas conocidas, consisten primariamente en actos psíquicos, también actuales, y en los que no aparece de manera directa la condición futuriza.

Esta surge inexorablemente cuando la persona como tal está implicada, cuando se trata de que *yo* tomo posesión de mi realidad y desde ella entro en relación con otras personas, en contacto efectivo con lo que tienen de tales. Nos encontramos, por tanto, con que el «mundo personal», en cuanto se distingue de las otras formas de circunstancia, incluso de la humana en los niveles antes considerados, tiene una estructura inesperada y sobre la que no se tiene claridad suficiente.

Está determinado por lo que se podría llamar «irrealidad perceptiva»; la sola percepción haría imposible las relaciones personales; tienen que intervenir otras posibilidades humanas, sobre todo la imaginación, para que ese mundo pueda constituirse; la futurición introduce en él la temporalidad intrínseca; por tanto, le pertenece esa forma de realidad que es el *acontecer*. Finalmente, está constituido por la convergencia de *proyectos*, núcleo de lo rigurosamente personal.

Esto explica la función del rostro en ese mundo que estoy tratando de acotar y filiar. La persona humana es *alguien corporal*, sin omitir el sentido de ninguno de los dos términos. El rostro es la «proa», la fachada, la delantera de la corporeidad. El carácter *viniente* de la persona se expresa en la cara, que «avanza» y sale al encuentro de los demás. Por eso le pertenece, no solo forma o figura, sino más aún expresión. ¿De qué? De la interioridad, en grado máximo de la intimidad, del fondo latente de la persona. Esta se está manifestando, no tanto en rasgos como en un acontecer: está literalmente brotando, manando, en el rostro viviente.

La contemplación de un rostro humano no es propiamente visión en el sentido de la mera percep-

ción: se *asiste* a él, a su fluir, en el cual se va haciendo. Por eso, cuando se lo considera como tal, quiero decir personalmente, es ilimitado, interminable, inagotable. Por el contrario, en las relaciones sociales o simplemente psíquicas, la cara significa solo lo humano con algunos atributos genéricos —sexo, edad, condición— o la mera identificación individual, que no llega a ser personal. En estos casos, la cara queda «vista» y a lo sumo puede ser reconocida, pero falta la impleción que la hace única e insustituible.

Compárese la visión del rostro ajeno en las dos formas que acabo de señalar: la que no es íntegramente personal —aunque sea siempre de una persona— y la rigurosamente personal, cuando se vuelve a ver al cabo de cierto tiempo. En el primer caso hay un reconocimiento, que puede ser dudoso en el meramente «social»: vemos a alguien a quien hemos visto, pero no sabemos bien dónde; puede ser un comerciante, pero está fuera de su tienda; o un camarero, pero le falta su circunstancia del café o el restaurante; o el cartero, difícilmente reconocible por la ausencia de la correspondencia; o el cura fuera de la iglesia. Cuando se recuerda o imagina su contexto habitual, la identificación se produce.

Si la persona es «conocida», tratada en el sentido de los actos psíquicos —saludo, conversación, tertulia, amistad superficial, etc.—, al volver a verla hacemos espontáneamente un balance de los cambios perceptibles: envejecimiento, estado de salud, florecimiento o deterioro, alegría o tristeza.

Cuando vemos a una persona que es para nosotros persona insustituible, no solo es inconfundible, sino que al examen que acabo de señalar se añade

algo bien distinto. Aunque sea una persona a quien vemos con gran frecuencia, incluso cotidianamente, buscamos en ella no solo «dónde está», sino «adónde va»; la vemos en cuanto futuriza, por su cuenta y hacia nosotros: cómo «viene» hacia el que la encuentra, cómo sale a su encuentro. Dicho con otras palabras, *la vemos como proyecto*, y en eso consiste precisamente la aprehensión como persona. Bastaría esta consideración para discernir qué «nos son» nuestros diversos prójimos. Y, por supuesto, esta forma de presencia personal tiene innumerables matices, a los que habrá que dedicar especial atención en este libro.

Los grados y formas de esta paradójica *presencia del futuro* son las verdaderas y más profundas articulaciones de las relaciones personales. Pero no se trata solamente del futuro, sino que hace falta algo más.

### *El carácter dramático del mundo personal*

La vida humana tiene *argumento*. Lo que el hombre hace, lo hace por algo y para algo, y por eso no es posible más que mediante una constante justificación, lo que le da su condición de responsabilidad. En el «por qué» funciona el pasado; en el «para qué» aparece el futuro; pero la articulación de los dos crea una tensión interna, que es lo que da a la vida un carácter argumental. Desde el sistema de las instalaciones, el hombre se proyecta vectorialmente en diversas direcciones y con intensidades variables, de tal manera que el conjunto de la circunstancia y las posibilidades que ofrece en cada momento han de estar presentes para que sea posi-

ble la *elección justificada* que permite la acción. Nada de esto parece existir en la vida meramente biológica, ni siquiera en la de los animales superiores.

Por eso la vida humana no se agota nunca en lo que hace y le pasa, sino que envuelve una pluralidad de *trayectorias* —realizadas o no, o en distintos grados— que forman el verdadero contenido de la vida. La vida humana tiene carácter *dramático*, porque no es una serie de actos o hechos, sino que *acontece* en la forma de que *algo acontece a alguien*. El «alguien» es la condición necesaria del acontecer.

Este carácter argumental y dramático puede estar atenuado en ciertas fases de la vida, pero la razón de ello es que a esta le puede sobrevenir una ocasional *despersonalización*. Cuando esto pasa, la vida se contrae a formas inferiores, en que su realidad se rebaja, porque la acompaña siempre la inseguridad y el riesgo de quedar por debajo de sí misma. Se podría medir la proporción en que lo personal se mantiene a lo largo de cada vida, o de las diversas fases o dimensiones de ella. Tal vez la diferencia afecta a las edades o periodos de la vida, o bien a los diversos modos de proyección: acaso un hombre pone todo lo personal en una trayectoria particular, mientras que en el resto de ellas se abandona a lo impersonal, inerte o abstracto.

El dramatismo afecta a las relaciones entre personas, con una importante reserva: puede darse plenamente entre dos, es decir, en la relación íntegra, pero en ocasiones tiene un carácter unilateral: mientras una persona se proyecta dramática y argumentalmente hacia otra, esta puede no responder, o de una manera tópica y despersonalizada. Esto puede comprometer la relación y llevar a un cese del carácter propiamente dramático de lo que podemos

llamar la «iniciativa», al quedar frustrada, sin pleno cumplimiento, reducida a una decepción. El fenómeno, tan significativo, de la *desilusión* es un ejemplo de esta situación.

El *mundo* personal se presenta como un entrecruzamiento de trayectorias argumentales y dramáticas, y su sistema, es decir, ese mundo como tal, posee esos mismos caracteres. Quiero decir que el *mundo* personal de cada uno de nosotros —en el cual entran, necesariamente, otras personas— es él mismo argumental y dramático, y por tanto le pertenece una forma de realidad que, hasta donde llegan mis noticias, no ha sido estudiada, y que es radicalmente distinta de la del «mundo psíquico».

Repárese en que el mundo «humano» en el sentido lato del término, es decir, el constituido por las formas cualesquiera de la convivencia, no tiene esos caracteres, salvo en la medida en que son inseparables de lo humano; y como las relaciones son lábiles y cambiantes, y adquieren o pierden sus rasgos más propios, los límites entre ellas no son rígidos ni permanentes, lo que hace singularmente difícil la «cartografía» que aquí se propone. En cada momento una persona puede hacerse cuestión de cuál es su circunstancia humana, qué porción de ella posee en rigor la condición personal y en qué fase se encuentra cada una de las relaciones integrantes.

Y, como no se trata de nada «subjetivo», no basta con el análisis de lo que corresponde al que ejecuta ese análisis, sino que tiene que reconstruir imaginativamente la situación de las personas que son término de cada una de esas relaciones; y acaso también, aunque no siempre, de las establecidas entre esas personas que forman mi mundo.

Podemos comprender ahora que el mapa del mundo personal tiene que responder a la estructura de sus ingredientes: personas como tales y relaciones entre ellas que conservan esa misma condición. No se trata de cosas, ni siquiera de actos psíquicos o de vigencias sociales, que constituyen lo que podríamos llamar la «obra muerta» de lo estrictamente personal.

El posible mapa ha de conservar el carácter argumental y dramático; por tanto, no puede ser «descriptivo», como podría esperarse, sino *narrativo*. Más que trazarlo, hay que contarlo. Empezamos a entender la transformación que los géneros literarios han de experimentar cuando sirven para propósitos nuevos, para mostrar distintas formas de realidad.

Imagínese que alguien intenta pensar y reconstruir su mundo personal. No bastará que tienda su mirada por el repertorio de personas con las cuales mantiene relaciones y trate de determinar aquellas a las que se puede atribuir un contenido personal. Con esto conseguiría a lo sumo un catálogo inerte, al que le faltaría precisamente el carácter *mundano*. Mundo es aquello donde se vive; concretamente, mi mundo es el ámbito en que yo vivo.

Como tal, está constituido por tensiones y movimientos, que responden a mis proyectos. Entre los conceptos rara vez usados para comprender los asuntos humanos se encuentra el de *sesgo*, que desde hace mucho tiempo me parece imprescindible. La frase española en que se emplea con mayor frecuencia es: «las cosas han tomado un sesgo...»; se entiende, uno nuevo, distinto del que antes tenían, y que no se advertía porque se daba por supuesto.



El sesgo corresponde a las inclinaciones del hombre, a su manera de ejercer presión vectorial sobre las cosas.

Las relaciones que constituyen el mundo personal están en todo momento aconteciendo, y su variación es esencial. Pero entiéndase bien: no es simplemente que «cambien» en el sentido de que dejen de ser lo que eran para ser otra cosa, sino que, aun en el supuesto de su continuidad —una amistad constante, un amor siempre fiel—, consisten en acontecer, en ese carácter argumental, hasta en su duración cotidiana— y casi me atrevería a decir que sobre todo en ella—. Si esto no ocurre, lo que pasa es, inesperadamente, que pierden su condición propiamente personal y recaen en las formas inferiores, en los otros niveles.

El equivalente del relieve en el mapa del mundo personal es la *temporalidad*. Esta es la dimensión que no aparece en los mapas ordinarios, pero que es indispensable en el que intentamos trazar. Por eso tendrá que estar integrado por algo semejante a las «historias» —recuérdese que está lleno de ellas el libro «teórico» de Stendhal *De l'Amour*, y no solo porque su talento específico era de narrador, sino porque operaba, sin los recursos intelectuales que hubieran sido exigibles, sobre asuntos verdaderamente personales—. Aunque con un interés primordialmente moral y religioso, el casuismo de los jesuitas del siglo XVII significó también un esfuerzo por acercarse a lo humano sin simplificarlo, y no tuvo más remedio que disolver en «casos» o pequeñas historias lo que solía plantearse en forma de normas generales y abstractas.

La conciencia de la historicidad del hombre ha penetrado profundamente en el pensamiento de

nuestra época. Pero acaso ha tenido un riesgo inesperado y sorprendente: ha podido llevar a la idea de que las experiencias históricas sucesivas dejan agotadas ciertas posibilidades humanas, que tienen que ser abandonadas y sustituidas por otras. También es posible su perduración sostenida por una variación interna, que puede ser el ahondamiento de una realidad que, por no estar «dada», por ser viniente y fontanal, no tiene por qué agotarse.

Si consideramos las relaciones personales en la vida individual, la historia interna de cada una de ellas puede permitir un incesante incremento que no reclama agotamiento ni sustitución. Esto es lo que hace inteligible la exigencia de que el mapa personal sea narrativo: es la condición de su fidelidad a una realidad distinta de casi todo lo que el pensamiento ha explorado.

## II

### *Persona masculina y femenina*

#### *La forma inicial de dramatismo*

La vida humana se realiza en dos formas bien distintas: varón y mujer. Ambas tienen carácter personal, y por eso la igualdad les pertenece en lo que tienen de personas —derechos y deberes, condición económica, jurídica, posibilidades sociales, etc.—, aunque su realidad sea enormemente distinta, y el igualitarismo respecto a ella es una violencia y por tanto una injusticia.

Pero después de decir esto hay que preguntarse si hombre y mujer, igualmente personas, son personas iguales, es decir, si su personalidad no presenta tantas diferencias como se descubren en la figura de sus vidas. Dentro del mismo sexo se da una actitud que podemos llamar «neutral», y que falta de raíz en las relaciones entre hombre y mujer. Ser varón *consiste* —reténgase esto— en estar proyectado hacia la mujer, y ser mujer consiste paralelamente en estar proyectada hacia el varón. Este carácter de

*mutua* referencia implica, por lo pronto, una extraña «insuficiencia» de cada uno, indigencia o menesterosidad, ya que varón y mujer se necesitan recíprocamente *para ser quienes son*, aparte de otras posibles necesidades, por lo demás muy diversas.

Esto quiere decir que ambos, si funcionan como tales, sin amputar o mutilar una dimensión esencial de su realidad, están intrínsecamente referidos a la otra forma de vida, lo cual da *ya* a la convivencia, aparte de sus contenidos, una condición *argumental*, y por tanto *dramática*. Es lo que llamo el campo magnético de la convivencia, la tensión proyectiva que le pertenece inevitablemente.

Ya la percepción de las personas está condicionada por ella. Se dirá que no siempre; es cierto, pero la explicación reside en que todo lo humano se da en diversos grados, y puede, como dicen los matemáticos, «tender a cero». Hay casos en que la condición masculina o femenina está atenuada, puesta entre paréntesis o eliminada; pero estas formas son incompletas, residuales o anormales.

En las relaciones sociales esto es posible; en las meramente psíquicas o de convivencia abstracta, todavía cabe esa situación; en las personales es absolutamente imposible. La condición *sexuada*, el que cada persona sea mujer o varón en su integridad, en todas sus dimensiones y a lo largo de toda su vida, es la forma inicial del dramatismo que pertenece a la vida personal, antes de que surjan los muy diversos argumentos posibles en que van a consistir las trayectorias vitales. Es el supuesto de todos ellos.

Adviértase que no se trata de lo *sexual* en sentido estricto, dimensión sumamente importante e interesante de la vida humana, pero parcial, que no abarca la vida entera y que deja fuera la mayor parte de

sus contenidos, que no son en modo alguno sexuales, pero que nunca dejan de ser sexuales.

Más aún: la primacía de lo sexual sobre lo sexualdo, tan difundida ahora por interpretaciones que ejercen violencia sobre la realidad, se convierte en un estorbo para las relaciones personales y es una de las causas de su menor frecuencia y su pérdida de intensidad. La idea de que las relaciones entre hombres y mujeres son (o deben ser) sexuales, no solo convierte en frustradas la inmensa mayoría de ellas, sino que dificulta la aproximación, el contacto de los núcleos personales de los proyectos en que cada uno consiste.

Lo sexual puede ser uno de los elementos de la relación personal, la culminación de *una* de sus dimensiones o trayectorias, y entonces adquiere una intensidad, una importancia y finalmente un valor, que empiezan a ser desconocidos en nuestra época, no ya en las «ideas» que muchos han recibido y aceptado, sino en sus vidas efectivas, lo cual es incomparablemente más grave. Sobre esto habrá que hablar a fondo en otro lugar; aquí me interesa solamente señalar cuál es la fuente originaria del dramatismo que es ingrediente necesario de las relaciones personales.

Imagínese que el mundo fuese asexualdo, que no hubiese más que una forma única de vida humana, y por consiguiente un solo tipo de persona. La ausencia de ese campo magnético de la convivencia, con sus tensiones internas; más aún, la «suficiencia» en principio de cada persona *para ser* —las insuficiencias aparecerían luego para la realización de sus proyectos particulares—, todo esto haría que el mundo humano tuviese una estructura nada parecida a la que conocemos, y sería profundamente distinto su elemento personal.

Cuando el hombre encuentra a la mujer —o viceversa—, ve a una persona, pero al mismo tiempo descubre algo profundamente diferente. Hay un elemento de sorpresa —embotado por la habitualidad, la frecuencia en nuestro tiempo, y más aún por las ideas tópicas recibidas—, de descubrimiento, que es la forma primaria de la atracción, anterior a la específicamente sexual. Esa impresión de novedad, en formas intensas de misterio, lleva a una curiosidad que podría perderse —y sería una inmensa pérdida—, primer paso hacia una busca del núcleo personal adivinado, entrevisto, denunciado en la corporeidad y a la vez oculto por ella.

### *Opacidad y transparencia*

La realidad humana es una extraña combinación de opacidad y transparencia. El pensamiento, desde las épocas más remotas, se ha encontrado con un «fuera» y un «dentro», un hombre exterior y un hombre interior —o, en superlativo, íntimo—. El prójimo es siempre una incógnita, arcano, misterio. Ante él, se ha sentido durante milenios desconfianza, temor. Poco a poco se ha ido constituyendo una red de usos sociales que ha permitido una interpretación provisional del hombre extraño pero no propiamente extranjero, del que pertenece al mismo círculo, respecto al cual se sabe en alguna medida a qué atenerse.

Pero esto solo de un modo abstracto, en cuanto miembro del grupo, sujeto a ciertos rasgos comunes y, lo que es más, a ciertas vigencias que se confía en que regulen su conducta. Queda siempre la incertidumbre respecto al individuo como tal, a lo que de

verdad es y se propone, a lo que «lleva dentro». De la solidez de las vigencias y de la efectividad de su presión depende el grado de confianza o desconfianza respecto al prójimo desconocido. En pocos años hemos asistido a un descenso espectacular de estos factores, y por tanto del grado de «conocimiento social» del que no conocemos. La mayoría de las sociedades han cambiado en unos decenios de un estado de confianza habitual a otro de recelo, sospecha y temor, que lleva fácilmente a la hostilidad.

En las relaciones entre hombres y mujeres, la primacía de la interpretación sexual, la ignorancia de cómo se ven mutuamente y qué se espera —o teme— del otro sexo, las recientes suspicacias respecto a lo que se llama «acoso sexual», las consecuencias profesionales o jurídicas que esto puede tener, han introducido una desconfianza cuya consecuencia más alarmante es la eliminación de la *espontaneidad*. Cada vez son más los hombres y mujeres que no saben a qué atenerse respecto a sus prójimos. Esto es simplemente devastador, una de esas tendencias en que la humanidad se embarca con increíble frivolidad y sin tener la más remota idea de cuáles pueden ser las consecuencias. Se está estableciendo una opacidad primaria entre los dos sexos, una especie de «telón», no de acero sino de una materia más sutil y probablemente más tenaz.

Pero junto a la opacidad hay la transparencia. La vida humana es en sí misma inteligible; el rostro, representación de la persona, concentrado en los ojos —el primer inteligible—, descubre lo que hay detrás, la interioridad que rezuma hacia el exterior. Se puede leer. La condición para ello, evidentemente, es mirar con atención y conocer el «alfabeto», la sig-

nificación de los rasgos fisiognómicos en cada raza, sociedad, sexo, edad. Lo malo es que el hombre occidental contemporáneo —no sé lo que pasa fuera de estos límites—, por ser más racionalista que racional, no suele ver lo que es inteligible en el rostro ajeno, y además rara vez tiene en cuenta lo que ha visto.

Esta posibilidad tiene el máximo alcance entre hombre y mujer, porque es el rostro, en su expresión, donde se manifiesta más claramente el proyecto en que consiste la persona. Si se tiene interés, por tanto atención, y cierta sensibilidad, se ve con bastante claridad quién es la mujer a quien se tiene delante —y supongo que puede decirse lo inverso—. Con una condición: que cada uno deje fluir y expresarse su realidad, que no la cohiba, deforme o suplante. En muchas épocas ha habido una instalación enérgica del hombre y la mujer en su respectiva condición, estaban en claro respecto a ella y la dejaban manifestarse en la espontaneidad de la expresión, a pesar de los usos sociales, que no hacían más que aportar ciertas «reglas del juego», bien conocidas. Esto ya no es plenamente verdadero en nuestro tiempo. Una dosis de inseguridad o de descontento hace que las caras no sean siempre reveladoras; mejor dicho, sí lo son, pero no de la verdadera realidad, sino de la que se forja o finge.

Esto no quita interés e importancia a la visión del rostro y su expresión; al contrario. Pero obliga a un esfuerzo mayor; por ejemplo, hay hombres inseguros de su condición viril; hay mujeres mal instaladas en la suya y que propiamente no tienen «cara de mujer»; como tampoco la tienen de hombre, esto introduce una inquietante perplejidad.

Pero para una mirada atenta y perspicaz, precisa-



mente esta situación abre un ámbito de transparencia: se puede ver qué personas tienen la expresión propia, la que les pertenece, y las que la tienen disimulada, cohibida o negada. En el primer caso la transparencia en estado de libertad permite la aproximación a la persona; en el otro, hay un refuerzo voluntario de la opacidad que se interpone en la posible relación.

Por supuesto, hay que rehuir toda interpretación estática o inerte de lo que acabo de decir. Como todo en la vida humana, la expresión no está dada sin más, sino que acontece; hay que verla en movimiento, y muy particularmente en la convivencia: cada persona suscita las expresiones de las demás, las estimula, abre, refrena, orienta. Y no se puede reducir todo a lo visual: la voz, la entonación, la manera de elocución son ingredientes esenciales de la expresión, que contribuyen a la transparencia. No olvidemos que cada uno «recibe» en buena proporción lo que ha hecho brotar en los demás y ve las facetas que ha alumbrado.

### *El descubrimiento propio en la relación polar*

Un aspecto de capital importancia en la dualidad varón y mujer, en el que no se suele fijar la atención, es su función en el descubrimiento de la persona propia, la de cada uno. Al encontrar a otra persona que indudablemente lo es pero que es enteramente distinta, se cae en la cuenta de esa peculiaridad evidente pero que no es la de lo «otro» y ajeno, como ante el animal o, todavía más el vegetal o la cosa inanimada.

Ante una mujer, el hombre encuentra inequívoco-

camente una persona, pero que se parece muy poco a lo que él es o son los demás varones. Esto lleva a darse cuenta de lo que significa ser persona, lo que se era sin advertirlo, dándolo por supuesto. De un modo análogo, la experiencia de una sociedad muy diferente de la propia lleva a descubrir lo que es una sociedad, en qué consiste esa realidad en que se estaba espontáneamente inmerso, cuál es su estructura.

El hombre y la mujer se son recíprocamente *espejos* en que se descubre su condición. Hay —puede haber, debe haber— un elemento de asombro, condición de todo verdadero conocimiento. El relato del Génesis —no se olvide que Adán ha tomado posesión del paraíso, ha visto plantas y animales antes de la creación de Eva— sugiere esta situación de sorpresa maravillada, de plena posesión de sí mismo.

El encuentro con otra forma de persona —no ya con otra persona— muestra el contorno de la realidad personal. Se podría investigar en qué medida depende, en los diversos pueblos y épocas, el grado de personalidad de la frecuencia, proximidad e intensidad entre hombres y mujeres. Tal vez se encontraría que la superioridad o inferioridad, que son realidades efectivas e indiscutibles, aunque la hipocresía y la beatería se escandalicen de ello, dependen, no de la «raza» —concepto oscuro y problemático si los hay—, sino de las formas históricas y sociales, de la convivencia, de la estructura de los proyectos, de los grados de libertad; en suma, de las múltiples configuraciones de la vida.

No me parece imposible reconstruir la historia humana al hilo de esta perspectiva, en la que no para la atención nuestra época, que prefiere consi-

derar las situaciones económicas o los caracteres biológicos, probablemente mucho menos influyentes en la realidad efectiva del hombre.

Pero no se trata solo de las formas generales de la vida colectiva o de su variación histórica. La experiencia inmediata, individual, de la mujer por parte del hombre, y a la inversa, me parece un factor del descubrimiento de la propia condición personal. Yo me conozco como tal persona frente a otra que, conservando los rasgos de tal, es radicalmente diferente y me reserva sorpresa tras sorpresa. El niño se da cuenta de la estructura del mundo exterior al ir tropezando con los objetos distintos de él y que le acotan sus límites. Se descubre el contorno personal de uno mismo mediante el contraste con otro igualmente personal pero cuya peculiaridad se me impone con evidencia.

¿De cuántas mujeres tiene cada hombre experiencia *personal*? Y a la inversa, ¿cuál es la experiencia personal de cada mujer? No se puede dar por supuesto que haya un estricto paralelismo. Acaso en nuestra época, en ciertos países, empieza a ser posible. Por lo general ambos tipos de experiencias han sido precarios, con manifiesto desnivel a favor del hombre. ¿No sería posible ver en ello la causa de ciertas deficiencias que han solido afectar a la mujer, precisamente en su dimensión personal? Lo que se ha considerado tradicionalmente como una «inferioridad» de la mujer, podría proceder de esta diferencia.

Pero se podría aventurar una hipótesis, que sería un argumento a favor para los que no vemos la existencia de esa inferioridad. A pesar del notorio desnivel de esas experiencias recíprocas, podría pensarse que la mujer haya tenido otras igualmente

importantes y que han sido un factor de potenciación de su condición personal. Tendremos que considerar esta posibilidad.

Resultaría, pues, que el grado de personalidad de la vida humana, lejos de ser algo dado automáticamente y para siempre, está condicionado por el conjunto de las condiciones histórico-sociales y, todavía más, por los sistemas de instalación de cada uno y por las trayectorias de cada vida humana. Ninguna consideración abstracta es suficiente; a lo sumo, da un esquema conceptual destinado a llenarse de concreción rigurosamente biográfica. Una vez más, el mapa que buscamos tiene que ser temporal y narrativo.

### III

## *Génesis de la persona*

### *La constitución personal del niño*

En el momento de su nacimiento, el niño es totalmente insuficiente, y eso quiere decir dependiente. Mientras algunos animales se valen inmediatamente por sí mismos, y aun los que necesitan de la madre —o de los padres, por ejemplo los mamíferos o las aves—, se independizan muy pronto, el niño conserva una larga conexión necesaria con sus progenitores o, en general, con los adultos. Las consecuencias de ello, como he recordado, son decisivas.

Pero las diferencias entre el niño y el animal joven son de gran alcance. Este último puede ser, en igual edad, más «inteligente»; pero lo es de otra manera. El niño, desde muy pronto —meses, acaso semanas, con variaciones que dependen de la genética y mucho más de las formas de convivencia—, empieza a ser *alguien*. No solo está entre cosas, las trata y usa, sino que las tiene «delante», diríamos

«presentes» (y no solo «ahí»). Hay un curioso «enfrentamiento» con las cosas y sobre todo con las personas. El niño suele tener gusto por los animales, a veces gran deleite en su compañía y juegos; en el mundo urbano, con animales, no ya domésticos en el sentido de domesticados, sino en el literal de ser de la casa —lo que en inglés se llama *pet*, que sugiere predilección, y en español empieza a llamarse «animal de compañía»—. Pero los ve de manera muy distinta de como lo hace con las personas; con estas, a pesar de la enorme diferencia con las adultas, se siente en comunidad o afinidad; muy pronto distingue entre hombres y mujeres —lo que no le ocurre con el sexo de los animales—, y en el otro niño reconoce a un especial «semejante», bien distinto de las personas mayores.

Le faltan las estructuras somáticas para la plenitud, que se van desarrollando y madurando con desigual velocidad —según países, lo que explica las discrepancias en los estudios de psicología infantil; también según su entorno humano—. Pero quizá se podría decir que, más aún que una formación de la personalidad, hay un descubrimiento de ella. El niño va *tomando posesión* de su persona, de la persona que es desde el principio; y ello depende de las demás, quiero decir de la medida en que es visto, tratado, vivido como persona. Esto explica que se puede investigar una historia del niño y ver lo que ha sido a lo largo del tiempo y en las diversas sociedades.

La condición personal se manifiesta en ese enfrentamiento con cosas y personas, porque en el niño va a ser muy pronto *desde sí mismo*. Al reconocer a la otra persona como *tú* se descubre como *yo*, en una polaridad que será esencial a lo largo de

toda su vida. A una edad inverosímilmente temprana, que suele escaparse a los que no tienen trato *vital* con niños, el niño «opina» sobre los demás —ese fenómeno extraordinario que no encontramos en la naturaleza, ni siquiera en los animales superiores—. El que tiene verdadera experiencia de niños, no libresca ni de laboratorio, se siente «juzgado» por ellos, con aprobación o desaprobación, cuando esto ni siquiera se cree posible. Este desconocimiento explica los errores que suelen cometerse; de vez en cuando, la experiencia popular dice: «los niños se enteran de todo», con un ligero desenfoque; no se enteran de todo, no comprenden muchas cosas, pero están ahí como alguien y podrían comprenderlas; si no lo hacen es porque no lo consiguen, no porque estén fuera de la cuestión.

El animal superior, muy especialmente el que convive cercanamente con el hombre y tiene algo así como una vida humana «contagiada», tiene capacidad de anticipación; pero el niño tiene algo bastante distinto: la espera, que es la primera forma, la más elemental, de la condición *futuriza*. El no cumplimiento de ella, concretamente de las expectativas, es el origen fundamental del aburrimiento, de tan gran importancia en la vida infantil y que es el motivo principal del llanto cuando el malestar o el hambre están excluidos. Es un fenómeno ajeno a la fisiología, y por tanto a la biología; es literalmente biográfico, concierne a la realización de los proyectos, imposible dada la escasez de recursos del niño. Esa proyección hacia el futuro es el rasgo capital de la persona humana en su fase inicial —quiero decir desde ella, porque le pertenecerá durante toda su vida.

Cuando la lengua habla de «persona mayor», de-

ja entender que hay una «persona menor», que es el niño, también persona; como cuando se habla del hombre interior se supone que hay otro que no lo es. La condición personal no es adquirida, sino constituida, mejor aún descubierta y progresivamente poseída. Lo cual lleva a la conclusión de que hay que tratar al niño como persona siempre; con lo cual, de paso, se logra que su maduración sea más temprana y perfecta. Si se repasa la larga historia de las formas de interpretación del niño, y del trato con él, se ve hasta qué punto han sido deficientes o simplemente erróneas; y se podría imaginar cuál hubiese podido ser la humanidad si esta condición hubiera sido comprendida y se hubiese obrado en consecuencia. Creo que en esto estriban algunas de las mayores diferencias que muestra la historia y que existen en las formas de vida del presente.

### *El uso incoativo de la razón*

Durante los primeros meses, el niño no dispone de los instrumentos necesarios para orientarse por sí mismo. La escasez y pobreza de los instintos humanos hace imposible que la vida sea dirigida por ellos, a ninguna edad. De ahí la absoluta dependencia inicial. El desarrollo de la inteligencia es más tardío en el hombre que en los animales superiores; pero además, si se toma la cuestión en su verdadero alcance, es que la inteligencia no es suficiente para la vida humana; no basta con entender; es menester algo más: ver lo que se encuentra como realidad, tener presente el conjunto de los ingredientes del mundo en cada momento, descubrir las relaciones



entre ellos y con el hombre que tiene que hacer su vida.

Esto es lo que se llama *razón*, la aprehensión de la realidad en su conexión, algo que en modo alguno se reduce a la inteligencia. Cuando decimos que el niño no tiene uso de razón, lo que queremos decir es que la necesita y no la posee, y por eso depende de la que le prestan los adultos.

Normalmente esa expresión se emplea en un sentido lato, y se supone que hasta los siete u ocho años no hay uso de la razón; podría admitirse para el uso pleno, pero hay desde mucho antes un uso *incoativo* de la razón. ¿Desde cuándo? No es fácil dar una respuesta precisa, y por motivos más profundos de lo que se piensa. Por supuesto hay un grado de desarrollo cerebral que lo condiciona, se requiere una maduración biológica suficiente. Pero creo que esto se refiere más bien a la inteligencia, que ha sido casi siempre lo único estudiado.

No se piensa con el cerebro, sino con la vida. El comienzo de la razón, condicionado por un nivel biológico, depende de lo que pase con la vida biográfica. Por eso hay tan grandes diferencias, que dependen de las formas sociales de la convivencia y, dentro de ellas, del entorno inmediato del niño, de los estímulos que recibe y a los cuales responde, del desarrollo de su iniciativa, del horizonte de lo que es su mundo.

En casos especialmente favorables, en el segundo año de su vida el niño ejerce su razón en forma incipiente y limitada, pero inequívoca. Desde los dos años es bastante frecuente, si se dan condiciones favorables. En este momento se descubre el abismo que separa al hombre del animal; mejor dicho, la *vida* humana de la meramente animal, aunque las

estructuras, no solo somáticas sino también psíquicas sean relativamente parecidas.

La manifestación más importante y reveladora es el lenguaje. Se insiste con frecuencia en el posible «lenguaje» animal, se admite que este tiene una capacidad de «comunicación», que hay una diferencia de grado; que el animal se detiene en una fase primaria y elemental, mientras que el hombre sigue adelante. Este planteamiento me parece inadecuado. No se trata sobre todo de comunicación —concepto del que se abusa y que enturbia muchas cosas—. Karl Bühler, en el admirable libro que traduje hace tanto tiempo, *Teoría del lenguaje*, señaló certeramente sus tres elementos o ingredientes: *Ausdruck, Appell, Vorstellung* (expresión, apelación, representación o significación). Pero insistía en que el elemento decisivo, el que hace que el lenguaje verdaderamente lo sea, es el tercero. Sin significación no existe propiamente.

Hablar es decir algo a alguien sobre las cosas. Esto es algo ajeno al animal, propio del hombre desde su primera infancia, hecho posible precisamente por esa aprehensión de la realidad en su conexión, esto es, por la razón.

Elemental, balbuciente, limitada a una vida angosta, con una memoria mínima que apenas dispone de pasado, y que limita la imaginación y la proyección, y por tanto el establecimiento de vínculos, esa operación es inequívocamente razón. Sin ella no se puede *hablar*; ni, por supuesto, entender lo que se dice.

El niño empieza por esto último: se le habla, se le dicen cosas; poco a poco va percibiendo lo que los adultos se dicen entre sí, y empieza a «atar cabos», es decir, a establecer conexiones; hay un mo-

mento en que comprende, aunque sea en una nebulosa, lo que «se dice» en torno suyo.

El paso siguiente, decisivo, es la *instalación* en la lengua, una de las primeras de la vida humana. El niño toma posesión de ella, la recorre, ensaya, practica, actualiza en múltiples direcciones. Hay casos en que siente una especie de embriaguez de la palabra, se abandona a su flujo, vive en su elemento. Para él, vivir es sobre todo hablar. Esto solo es posible en situaciones vitales particularmente favorables; en el otro extremo está el niño taciturno, silencioso, que no dice una palabra; y habría que preguntarse por qué.

Es, por cierto, lo que pregunta el niño incesantemente, hacia los dos años, tal vez antes. Y casi al mismo tiempo surge el «para qué», con lo cual se completa el esquema de la racionalidad, el motivo y la finalidad o proyecto, la forma real de articulación de la vida humana como justificación de sí misma.

El progreso de la razón, si puede emplearse esta expresión, depende de la dilatación de la vida biográfica. Por eso las diferencias son inmensas, mientras que los recursos psicofísicos, al menos en épocas históricas, son sensiblemente parecidos. Tanto en los pueblos, en las diferentes épocas, como en los individuos, las formas y grados de la razón difieren extraordinariamente. La explicación no puede encontrarse en la biología, porque no radica en ella, sino en las formas sociales, en la historia y en la biografía de cada persona singular.

### *La caricia y el cuerpo personal*

El tamaño es un elemento de la estructura empírica de la vida humana. La corporeidad establece

una homogeneidad entre los hombres, cuya magnitud oscila entre límites bastante estrechos. Podría ser de otro modo, el tamaño podría ser enteramente distinto, pero de hecho es así. Hay, sin embargo, un matiz que se convierte en excepción: el niño. En el momento de su nacimiento es sumamente pequeño y frágil; durante los primeros años es resueltamente menor que el adulto, no está en pie de igualdad con él. La manera normal de comportarse con él es tenerlo en los brazos, por tanto muy cerca, en contacto, probablemente acariciarlo.

La relación que se establece entre la persona mayor y el niño es corporal, pero primariamente consiste en caricia, sobre todo por parte de la madre. Esto significa la personalización de la corporeidad. El cuerpo acariciado se interpreta como cuerpo personal. Incluso cuando se acaricia a un animal, se lo está «personalizando», y la consecuencia puede ser el extraño «contagio» de la condición humana que algunos animales experimentan, y que los hace rebasar en alguna dimensión su mera animalidad, muy particularmente el perro. Pero la caricia al animal tiene que estar, por decirlo así, ironizada, a sabiendas de que el animal no es persona, y si esto se olvida se llega a situaciones falsas y absurdas.

Respecto del niño, es esencial que sea acariciado —y pronto responde del mismo modo—. La caricia es el gran instrumento de personalización, que despierta, acelera, completa la constitución de la persona. De ella depende en alto grado la prontitud y perfección de algo que, como todo lo humano, es variable e inseguro. La importancia de la caricia es grande, y afecta a la vida entera; pero aquí me refiero exclusivamente a la que afecta al niño. No solo la caricia con la mano, sino el contacto general, el

beso, por supuesto la lactancia. Todo eso contribuye a la instalación corpórea, desde la cual —no se olvide— se llega a la instalación mundana.

La frecuencia, intensidad y calidad de las caricias que recibe el niño son factores esenciales de su posesión de la personalidad ajena y de la propia. En casos favorables, siente a los demás como personas y se siente tal al ser acariciado. La condición amorosa del hombre, que tendrá despliegues muy distintos en la edad adulta, se despierta y constituye en la niñez, desde los primeros días de la vida. ¿Hasta cuándo? Esto depende de las formas sociales, tan variables, y de las condiciones singulares. Es posible que se pudiese hacer una interpretación de la historia o una sociología al hilo de las variaciones de la caricia al niño, sobre todo teniendo en cuenta hasta cuándo es normalmente acariciado.

Y no se olvide que junto a la caricia física, de contacto corporal, hay otra de no menos importancia: la caricia *verbal*. Al niño se le habla, se le dicen cosas, se le canta. La voz es particularmente importante, porque en ella aparece el elemento de expresión del lenguaje. Imagínese la diferencia entre el niño a quien se habla con aspereza o despego y aquel a quien se acaricia con la voz y la palabra.

Finalmente, ya dentro de esta instalación, el niño suele pedir cuentos, y ese deseo es satisfecho en uno u otro grado. El desarrollo de la imaginación, y por tanto de la facultad proyectiva, depende en buena medida de esto. La aprehensión de las conexiones se logra, más allá de la experiencia real y directa, en la comprensión de la narración. Pocas cosas contribuyen al uso de la razón como los cuentos, el mundo ficticio, narrativo, biográfico, que puede envolver al niño desde su primera edad.

Habría que preguntarse qué sucede en las diversas formas de la vida, según los pueblos, las épocas, las vigencias sociales, la estructura de la familia, la inserción del niño en ella o en otros contextos, y todo ello en diferentes fechas o altitudes de la biografía. Ahí residen las grandes diferencias humanas, los grados de personalidad, las posibilidades de las posteriores trayectorias vitales.

### *La relación personal con el niño*

Llegamos a una conclusión inesperada: es posible una relación personal con el niño. Diría algo más: esa es la relación normal con él. El niño *empieza por ser persona*. Luego sobrevendrán potencias que lo apartarán de esa condición, estorbos que dificultarán su plena posesión de ella, factores de despersonalización. En los primeros años de su vida, en circunstancias favorables, sus formas de convivencia son personales, ayudan al despertar y madurar su propia personalidad, y desde ella se vuelve hacia los demás.

La madre, si no está perturbada por factores ajenos, vive personalmente a su hijo con plenitud e integridad, en todas las dimensiones posibles, a medida que van aflorando en la convivencia. El padre, cuando funciona como tal, no solo como azaroso engendrador, a alguna mayor distancia, participa en la misma actitud. Añádanse los demás miembros de la familia —si los hay—: hermanos, abuelos, tíos, primos, en diversos grados, desde diferentes perspectivas, que habría que precisar biográficamente y no de otra manera.

Desde ellas, todos «asisten» a la constitución de

la persona del niño, se van estableciendo lazos de índole estrictamente personal. El que ha hecho esta experiencia lo ve con evidencia, y si reflexiona descubre que el niño ha funcionado como persona casi desde su nacimiento: en un sentido, hacia él, desde el mismo comienzo; en el recíproco, del niño hacia el adulto, probablemente desde el primer año, sin duda desde el segundo. Paradójicamente, la cuestión es hasta cuándo. Es posible que la relación personal vaya dejando de serlo, degenera en otras formas, sin duda inferiores, de convivencia. Todos han hecho la experiencia de que el niño puede irse enajenando, alejando, es decir, atenuar su carácter personal, en varias posibles direcciones.

El profundo afecto que inspira el niño, en condiciones propicias, es algo que habría que explicar. La apelación al «instinto maternal» es muy vaga e insuficiente; no es seguro que exista, ni que sea decisivo; además, ese afecto no se limita a la madre. Creo que hay que buscar la causa en la vivencia de la persona como tal, primero unilateralmente, con la personalidad del niño buscada, postulada, imaginada; pronto, en reciprocidad, nutrida de la evidencia del carácter personal del niño.

Las relaciones entre los hermanos, en esos primeros años, son estrictamente personales, tanto en la ternura y entusiasmo, tan característicos, como en algo negativo, pero tan inequívocamente personal, como es la envidia, que brota como un conflicto de personalidad.

Las relaciones con los niños, hasta cierta edad, son de las más saturadamente personales que se pueden imaginar. Se dirá que su personalidad es incipiente, apenas desarrollada, limitada; sí, pero es puramente tal, sin mezcla de otra cosa, sin la serie

de interferencias que harán su aparición a lo largo de la vida. No se olvide que esta consiste en una permanente lucha entre el esfuerzo de mantener la propia persona y las innumerables asechanzas y tentaciones de despersonalización.

¿Quién que haya hecho intensamente la experiencia no tiene la nostalgia del trato originario con algún niño, de la vivencia, limitada pero por eso accesible y de extraordinaria intensidad, de lo que es una persona? Acaso se pasa la vida buscando, y a veces encontrando, en los adultos algo que tenga la misma integridad y plenitud.

### *La presión de las vigencias sociales*

Como la vida individual está hecha parcialmente de sustancia social, es claro que las relaciones personales llevan en su contenido elementos que proceden de la vida colectiva. La lengua, por ejemplo, es un uso social, y mediante él se habla al niño, que lo hace también suyo. Pero originariamente lo recibe como algo procedente de sus padres, referido a las personas que son ellos y él mismo. Podríamos decir que el niño vive la versión personal de lo que tiene su origen también en la sociedad.

A medida que se amplía el círculo, que va entrando en el mundo como tal, que rebasa los límites de la convivencia inmediata, va tropezando con los usos como tales, las vigencias van perdiendo su origen familiar y ejercen su presión desde ámbitos más amplios y en cierta medida ajenos. Esto es necesario para la constitución de la persona humana, que tiene una esencial dimensión social.

La cuestión es la forma en que esto se produce, y



en qué momento de la vida. La interposición de las vigencias sociales es esencial para la convivencia en el mundo real, para el trato con los demás hombres, para la adquisición de los saberes y destrezas que harán la vida posible, para la formación de los estratos de creencias en que se apoyará. Esta necesaria socialización lleva consigo una inevitable dosis de despersonalización. El resultado de este proceso determinará la configuración de la vida, y las proporciones entre lo personal y lo social son extremadamente variables.

En los pueblos, en ciertos medios sociales urbanos, el niño, pasada la primera fase familiar, convivía con otros niños de su edad en las calles o en las plazas, o en el campo, donde hacía su experiencia de la naturaleza, incluidos los animales. Trascendía del círculo inmediato y propio, entraba en un mundo desconocido, en que había elementos extraños, pero le llegaban a través de otros niños como él, que reflejaban lo que habían recibido de sus casas, pero filtrado, si vale la expresión, por la infancia. Las relaciones entre ellos eran menos íntimas, no enteramente personales, pero funcionaban como «semejantes» por el nivel de edad, el paralelismo de las nociones sobre el mundo exterior y el hábito de tratar con personas como tales. Siempre había alguno más precoz o que había rebasado el núcleo inmediato, y que asumía el papel de «iniciador» en un mundo social que parecía misterioso, inquietante, y se iba descubriendo con una mezcla de curiosidad y temor.

El paso decisivo era la escuela, cuando la había. Se trataba de un grupo de niños, pero ahora organizado, con normas y reglas, que se presentaban como tales, es decir, vigentes. Y estaban representa-

das, más aún, expresadas, por el maestro, persona adulta, hombre o mujer, cuya misión era precisamente enseñar conocimientos objetivos, pertenecientes al mundo, y regular las conductas con arreglo a normas que no eran personales, sino procedentes de ese mundo.

La escuela ha sido siempre el gran instrumento de socialización, de adquisición de lo necesario para vivir en la sociedad común. Su ausencia ha sido peligrosa, y los que han estado privados de ella —o han renunciado y la han sustituido por profesores o tutores privados, como en ciertas épocas en las aristocracias —han solido tener dificultades o deficiencias considerables.

Pero ¿cuándo se llega a la escuela? Y, secundariamente, ¿cuándo se sale de ella? Esto plantea una grave cuestión. La tendencia actual, en los países con recursos, es la escolarización temprana y prolongada. Los niños van a algún tipo de escuela a los cuatro años, a veces a los tres, lo que no era habitual hace muy pocos decenios. Las ventajas parecen evidentes. Los motivos que no tienen que ser ventajas son aún más visibles. En la familia actual, el quehacer que dan los niños dificulta la vida de los padres, sobre todo de la madre; si esta trabaja fuera de casa, como es frecuentísimo, y con un servicio doméstico residual o nulo, mucho más. No es probable que se disponga de abuelas o tías que puedan sustituirla gran parte del día. Todo ello empuja a que el niño vaya a la escuela apenas pueda hacerlo. Y el proceso de socialización es temprano y más intenso, lo cual aumenta su preparación para la vida en comunidad.

No sin contrapartida. El niño que viene de la escuela ha iniciado ya un proceso de parcial desper-

sonalización. Su realidad incluye elementos que proceden de las vigencias a que está sometido. Se ha acostumbrado a relaciones humanas que son formas de convivencia pero que no tienen carácter estrictamente personal. Trata con «compañeros», «camaradas», «conocidos». Esto es inevitable y necesario. El problema es cuándo debe empezar. Me parece evidente que la constitución del núcleo personal se interrumpe antes de tiempo. Si la escuela no es enteramente acertada, se advierten deterioros que pueden ser graves; en todo caso, el niño pierde en parte el carácter puramente personal que tenía al comienzo de su vida, resulta menos «único», su espontaneidad queda recubierta por una capa de vigencias en cierto modo impersonales.

La proporción de lo personal queda forzosamente alterada, sin duda en beneficio de otras dimensiones que también son necesarias y valiosas. No es fácil determinar las consecuencias que tendrá a la larga esta modificación de las formas de la vida. Las relaciones posteriores, del joven o el adulto, ¿serán las mismas que en otras circunstancias? No olvidemos que en los países más desarrollados la vida escolar en sentido lato se prolonga increíblemente; no es una breve fase, como en otros tiempos; por cierto, en estos el hombre quedaba pronto lanzado al mundo real en el más estricto sentido —la mujer, al matrimonio, la maternidad y todo lo que llevaba consigo—, mientras que ahora la larga época de los estudios arranca al niño al ámbito personal pero lo conserva mucho tiempo en un mundo escolar que no es todavía la sociedad como tal.

Sería interesante estudiar cuáles han sido ya las consecuencias para la vida adulta de la iniciación tempranísima en la escuela. ¿Cuál es el peso de lo

rigurosamente personal en los hombres y mujeres que han empezado a ir a la escuela a los tres o cuatro años, a diferencia de los que lo hacían a los seis o siete? ¿Es igual la constitución de la persona, o hay acaso algún descenso, acaso compensado por una mayor preparación para la vida social? Sería importante saber a qué atenerse respecto a esto, porque su importancia me parece extraordinaria. Sobre todo, en las relaciones entre varón y mujer, en las que parece evidente que el carácter personal es absolutamente decisivo.

## IV

### *El dramatismo de lo personal*

#### *Inseguridad*

La inseguridad es la condición misma de la vida humana. Al no estar hecha, depender de circunstancias que son variables y emergentes, en cierta medida imprevisibles, requerir un esfuerzo de imaginación y luego decisión, consiste en *acontecer*, y al mismo tiempo requiere una dosis de estabilidad para que la proyección hacia lo inseguro sea posible.

Cuando decimos que el hombre es persona, hay que aplicar a ello lo que acabo de recordar. No es algo «dado», estático, con lo cual se pueda contar sin más. La persona se realiza, entre posibilidades y dificultades, ensayos y riesgos, con un núcleo —siempre proyectivo— que intenta afirmarse entre múltiples estorbos, tentaciones, caídas. Ser persona no implica que todo lo humano sea personal. Puede oscilar entre ser una fracción sumamente reducida y constituir un máximo de realidad. Esa proporción

sería lo más característico de cada uno, y en un sentido diferente de cada forma de sociedad o cada época. Es sorprendente que se haya solido resbalar sobre tan enorme cuestión, y nos falte claridad sobre este aspecto de la vida individual y también de la colectiva.

Los usos sociales aportan la porción de seguridad que es necesaria para la convivencia y la proyección de cada vida. Son las pautas de conducta con las cuales se encuentra el individuo, que ejercen sobre él presión, no solo en sentido negativo, como limitación, sino también como apertura de cauces para la acción. El trato con el prójimo desconocido es posible por la existencia de un sistema de usos y vigencias sociales, cuya fuerza o vigor se ejerce dentro de un ámbito determinado, que puede ser más o menos amplio, y que tiene una estructura compleja, de unidades saturadas y densas o tenues y de menor presión. He analizado todos estos aspectos con gran detalle en *La estructura social* (1955, nueva edición 1993), y remito a lo que allí digo.

Lo social es el círculo de las relaciones humanas que no son estrictamente personales, aunque tampoco pueden ser impersonales, porque la condición últimamente personal es inevitable. Ortega introdujo una decisiva distinción, que la sociología había desconocido, entre la vida social o colectiva y la *interindividual*: cuando varias vidas individuales como tales entran en relación, su pluralidad no significa todavía lo social; siguen siendo individuales, y conservan los rasgos definitorios de la vida humana en sentido estricto —libertad, inteligibilidad, justificación, responsabilidad, etc.—; para que exista el fenómeno de lo social es necesaria la aparición de los

*usos*, que no tienen por qué ser inteligibles, que ejercen una presión difusa e impersonal, con los cuales cada individuo se encuentra. La lengua, los modos de vestir, de comer, de saludar, de comportarse, las costumbres, en el otro extremo la ley, todo eso es el repertorio de los contenidos propiamente sociales de la vida.

Hay una tensión entre lo social o colectivo y el núcleo originario rigurosamente personal. El dramatismo que encierra el esfuerzo humano por reabsorber la circunstancia, frente a la presión de ella sobre mí, que tiende a cosificarme, se reproduce, ya dentro de las relaciones humanas, entre la persona y los factores de despersonalización.

No es frecuente que se tenga conciencia clara de esa tensión. En ciertas formas sociales, el individuo está inmerso en el repertorio de los usos, que se le presentan como la realidad misma, sin la cual la vida no es concebible, y apenas queda en él un rincón en que germina algo distinto, más propio, y que difícilmente se atreve a reconocer, no digamos a afirmar. Aun en situaciones menos extremadas, por ejemplo en los países actuales del mundo occidental, lo tupido de los engranajes, el crecimiento del Estado y en general de la organización, la invasión de los estímulos procedentes de los medios de comunicación —incomparables con los de ninguna otra época—, innumerables personas se adaptan automáticamente a las formas vigentes de la vida, sin que lo personal aparezca más que en forma de un descontento no confesado o ciertas relaciones privadas a las que probablemente se tiende a no dar importancia, como excepciones particulares que no tienen carta de ciudadanía. Eso que se llama «conformismo» suele ser la renuncia a lo propiamente

personal; y no se pierda de vista que ese conformismo se manifiesta *sobre todo* en formas de aparente rebeldía y protesta, sugeridas desde fuera, pasivamente aceptadas, uniformes e impersonales: lo que hace mucho tiempo llamé «conformismo con la oposición». Se podría advertir hasta qué punto la mayoría de las actitudes políticas han ido perdiendo carácter personal, incluso, y acaso sobre todo, en las que se suelen denominar «personalismo». Casi todas las formas dictatoriales, y desde luego las totalitarias, han brotado de un grado muy alto de despersonalización.

Los fanatismos tienen este rasgo inconfundible: se pierde de vista que los otros son personas, se los reduce a un grupo, clase, raza o lo que sea, es decir, a un conjunto de caracteres abstractos frente a los que se actúa mecánicamente. El trato con el desconocido tiene posibilidades muy diversas. En las comunidades muy pequeñas, en los pueblos, todos son «conocidos», es decir, se sabe quiénes son, aunque sea superficialmente. En las grandes ciudades la mayor parte del trato es con personas desconocidas, pero que responden al mismo repertorio de vicinias. Cuando hay importantes grupos ajenos, por ejemplo inmigrantes de otros países, y especialmente si son muy diferentes y con usos diversos y con los que no se cuenta, la normalidad de la convivencia no propiamente personal se perturba, y pueden surgir actitudes de hostilidad, de xenofobia o, en casos extremos —ayudados por una interpretación ideológica— de racismo.



Lo que podemos llamar mundo personal en sentido estricto es una fracción, de amplitud variable, del mundo genéricamente humano o área de la convivencia. Puede ser sumamente angosto, no solo porque el general ya lo sea, sino porque supone una atención particular. La primera condición es no «resbalar» sobre el prójimo, detenerse en él en lo que tiene de único; esto implica una «generosidad» enormemente variable, y que no se puede dar por supuesta. En formas de vida especialmente utilitarias, ni siquiera en el círculo de la familia: los hijos pueden ser vistos como «bocas que alimentar» o como ayudas para el trabajo unos años después; la mujer acaso es vivida desde el punto de vista de sus diversos «servicios», sin que se perciba *quién* es; análogamente el marido puede reducirse a un repertorio de funciones, entre ellas la de aprontar los recursos.

Memoria e imaginación son factores decisivos en la constitución del mundo personal. Esto quiere decir que depende de las condiciones propiamente personales de los individuos. Sin ellas no es posible la continuidad de las relaciones personales, requisito indispensable para que pueda existir un mundo. La movilidad es un rasgo esencial, y por consiguiente la variación temporal. Las relaciones pueden personalizarse o, por el contrario, dejar de ser personales al cabo de algún tiempo. Por eso hay que revisar y poner al día con frecuencia el mapa humano, en el cual entran o del cual salen diversas personas, cuyo puesto e importancia cambia sin que se pueda dar por supuesto que es permanente.

Cuando se produce el contacto real con una per-

sona como tal, cuando se sabe *quién* es verdaderamente, se puede avanzar en una aproximación más o menos lenta, que requiere una imaginación que hace posible el traslado al punto de vista del otro, para ver las cosas desde su propia perspectiva. Esto incluye la visión de uno mismo, hasta donde es posible, con los ojos de la otra persona. Cuando esto se logra, se cierra el ciclo y se establece una relación rigurosamente personal, que tiene carácter programático y argumental en grado eminente.

Cuando falta la comunidad de supuestos y de vigencias sociales, como sucede con el extranjero, el contacto personal es posible y puede ser muy intenso y vivo, pero siempre es parcial, afecta a algunas dimensiones de la vida, mientras que en otras persiste una dosis de lejanía, de aislamiento. Por eso es perfectamente posible el amor entre personas de distintos países, pero el matrimonio conserva muchas veces dificultades que proceden de la persistencia de esos espacios en que no se logra la plena personalización. Y aunque se conozcan las lenguas de los dos, y acaso otras más, en las relaciones entre extranjeros hay siempre una lengua personal, quiero decir aquella en que se realiza la comunicación entre las dos personas como tales. Cuando, por estar en un medio más amplio, se usa otra, se produce una impresión de distancia y extrañeza, y hay una avidez por volver a la lengua «propia» en que la intimidad vuelve a ser posible.

El establecimiento de una relación personal puede encontrar estorbos, o bien estos pueden sobrevenir a una ya existente. Es difícil que se logre con personas que están «en las cosas», vueltas hacia ellas, perdidas entre ellas. Este es uno de los obstáculos principales en las formas de vida, como las

nuestras actuales, dominadas por la invasión de las cosas, que absorben la atención, el interés, y relegan a un último plano lo personal. Como esta actitud puede sobrevenir a quien antes estaba en otra, se convierte en uno de los más frecuentes factores de despersonalización y alejamiento. Cuando afecta a una de las dos personas, hay un comienzo de decepción y enfriamiento; cuando es doble, provoca el distanciamiento y la volatilización del contenido personal, aunque la relación subsista en otro plano.

Un interés particular tienen ciertos casos en que la relación personal experimenta roces internos o resistencias, a pesar de coincidencias, semejanzas, valores reales o una presión que aproxima fuertemente a dos personas. Se trata de aquellas situaciones en que la persona en cuestión, «en el fondo», no gusta. Puede haber innumerables factores de estimación, analogía, afinidades en opiniones; precisamente cuando se toca el núcleo de la persona, su mismidad, hay un elemento de desagrado o repulsa, que casi todo el mundo se resiste a reconocer porque parece injustificado o irracional. Creo que, por el contrario, es esencial, le pertenece la máxima justificación y es extremadamente racional, pero según la razón vital. El no hacer caso de esa impresión lleva a relaciones falsas, que por su cercanía y probable intensidad son desastrosas.

El fenómeno opuesto es aquel que, ante una persona, quizá todavía poco conocida, de la que apenas sabemos nada, descubrimos una afinidad personal que nos hace sentir «esto es». A veces las circunstancias impiden que esa impresión inconfundible tenga consecuencias; diversos factores, por ejemplo la distancia, pueden hacer que la relación personal no llegue a constituirse; queda siempre el

recuerdo de lo que un momento fue evidente y pudo existir. Cuando las circunstancias son favorables, esa impresión de «esto es» se confirma y puede conducir a las relaciones más intensas, profundas y auténticas.

Un entorpecimiento que afecta a las personas en su proximidad es la existencia de reservas en la comunicación. Entiéndase bien, no se trata de saber mucho acerca de la otra persona, porque puede haber gran intimidad entre los que tienen un mínimo de «información» mutua. Pero es esencial que la comunicación, en el área en que existe, no esté perturbada por la reticencia o el disimulo. Es esencial que cada uno no pretenda saber más de lo que la otra persona manifieste con espontaneidad; precisamente porque la espontaneidad es decisiva, y se pierde si se la intenta forzar. En una relación de este tipo las personas se dan mutuamente, van viviendo de modo que sus vidas fluyen de un modo convergente, lo cual no quiere decir que no haya porciones de ellas que no entran en esa relación. A la inversa, pueden sentir la necesidad de compartir ciertas dimensiones, por ejemplo el pasado anterior al comienzo de su trato próximo; y, por supuesto, los proyectos, que es donde propiamente acontece, como veremos más adelante.

Un importante factor de distanciamiento, más frecuente de lo que se piensa, es el olvido voluntario de experiencias compartidas. A veces por motivos externos, por consideración de relaciones posteriores, alguna de las personas prefiere olvidar fragmentos de vida que habían sido «convividos». Y esto se siente como una especie de «infidelidad» que enajena parte de la propia biografía, proyecta sobre ella una luz distinta y le resta autenticidad. La

impresión de que a uno se le «niega» lo verdaderamente vivido puede ser sumamente dolorosa y obtura el horizonte futuro de una relación personal.

Es una de las muy varias formas de decepción, que son como posibilidad constitutivas de lo humano, consecuencias de la inseguridad que le pertenece. Se puede tener decepción de una persona, de muy diversas maneras: porque pierda cualidades, porque se descubra que no las tenía pero parecía tenerlas, porque no realice lo que se esperaba o no cumpla lo que uno se prometía respecto de ella. Estas decepciones, sin embargo, pueden no afectar, o mínimamente, al reducto personal. En cambio, las que aquí me interesan son las que disminuyen el núcleo más profundo de la otra persona, o la faceta que mira hacia el que convive con ella. Y estas pueden coexistir con la ausencia de las otras, esto es, con la persistencia de las cualidades, valores y éxitos.

Un caso límite, curioso porque muestra la posibilidad de un mínimo de «intimidad» real con un máximo de desconocimiento, es la relación «a distancia», por ejemplo la convivencia en la tertulia. Los miembros de ella pueden sentirse hondamente vinculados, necesitarse con extraña fuerza, aunque no saben casi nada los unos de los otros, se son ajenos en la casi totalidad de sus vidas. Un ejemplo particularmente interesante de esto es el personaje de Unamuno, Don Sandalio, jugador de ajedrez, unido por un vínculo entrañable al narrador, que juega con él un día tras otro, mientras ignora absolutamente todo de su vida real, y no quiere saber nada de ella aparte de las horas silenciosas ante el tablero.



## V

### *El descubrimiento de la persona*

#### *Una realidad nueva*

Nos movemos entre hombres y mujeres —y, como hemos visto, niños con cierta peculiaridad—, y sabemos que son personas, como también nosotros mismos. Normalmente, eso se da por supuesto, sin parar en ello demasiada atención, rara vez de un modo expreso. La convivencia oscila entre extremos cuantitativamente muy dispares. En ciertas sociedades, se vive entre la multitud; con gran frecuencia en los países occidentales, pero de manera más intensa en las grandes ciudades orientales, en la India, en forma distinta en el Japón, probablemente en la China, aunque no tengo experiencia de ello, en algunos países islámicos. Pero al mismo tiempo se da, incluso en los mismos lugares, la experiencia opuesta: la de la soledad. Hombres o mujeres viven solos, o casi solos, sin apenas trato humano, sin que aparezca en su horizonte nadie distinto de ellos o de su mínimo núcleo doméstico,

durante semanas o meses. Por diversas causas, esta situación se está generalizando y empieza a ser frecuente hasta en sociedades en que hace pocos decenios era excepcional.

En grandes ciudades de Europa o América se ha venido a producir un tipo de soledad y aislamiento que se encontraba en los que vivían en una estancia o rancho aislado, en las soledades del Nuevo Mundo, cuando la presencia de otra persona, un extraño o forastero, era una alarma o una fiesta.

Esta soledad afecta sobre todo a los viejos; y como han vivido muchos años y el fenómeno es relativamente reciente, esto quiere decir que *se han quedado solos*, que su soledad es una retracción de una situación anterior de compañía habitual. El contacto con otros es en estos casos mínimo y por lo general breve, ocasional, sin que pase del encuentro fugaz, el servicio, el saludo, tal vez la mirada curiosa sin palabras. En suma, relaciones infrecuentes y casi siempre superficiales.

Aun entre los que tienen una vida que se puede considerar normal, la inmensa mayoría de las relaciones son tangenciales; el grado de locuacidad, variable según países, sexos, edades, niveles sociales, introduce un elemento de demora y cercanía, de expresividad, que matiza de modo decisivo las formas habituales de la convivencia, y con ello el tono de la vida. Dentro de Europa, las diferencias son visibles; y aun se encuentran entre las regiones de un mismo país. La conversación introduce una proximidad que no se da entre gentes taciturnas o demasiado utilitarias, potencia la expresión y permite que, aun sin propósito de intimidad ni confianza, rezume algo de lo que llevan dentro las personas que charlan. La operación de comprar puede ser



muda, como en un supermercado moderno, comunicativa cuando el vendedor y el comprador hablan, hecha de locuacidad o «labia» donde la norma es el regateo. Cuando esto es habitual y consabido, el vendedor se siente frustrado y lleno de decepción cuando se le paga lo que había pedido —es decir, más de lo que esperaba—, sin más, porque se le ha «robado» el sabroso rato de discusión y tira y afloja con que contaba.

Pero en la inmensa mayoría de los casos se trata con personas de una manera relativamente automática, sin impleción de su condición, sin relieve; en cierta medida funcionan como intercambiables, como «cualquiera». No es casual que se acuñara en Italia hace unos decenios la expresión *l'uomo qualunque*.

Sobre este fondo surge de vez en cuando algo profundamente distinto. Se descubre que ese «semejante», miembro de la especie humana, a quien se tiene delante, es *alguien* que no se puede reducir a otro, a quien le pertenece una extraña unicidad. La semejanza con uno mismo no es específica, sino de otro carácter, si se mira bien, paradójico: el otro es «como yo», que soy por principio único, no intercambiable, esencialmente distinto de todo lo demás, de cuanto existe, en polaridad con ello. El más profundo parentesco conmigo brota del descubrimiento de su absoluta alteridad respecto a mí y todos los demás hombres.

Entra en escena una realidad nueva, con la cual no contaba, que se me impone y al mismo tiempo se refleja en mí y me muestra a esa misma luz. El descubrimiento de *una* persona es simultáneamente el mío como tal, y por consiguiente el de *la* persona. ¿Se produce esta situación siempre, en toda vida

humana? Es dudoso. En todo caso, su frecuencia varía enormemente según las formas sociales y las condiciones individuales. El grado de intensidad, la evidencia de esa novedad entre las realidades conocidas, oscila entre un vago barrunto, la sospecha de estar ante algo de otro orden, y la impresión, probablemente maravillada, de encontrarse con algo que no tenía equivalente en la experiencia habitual. Cuando el encuentro rigurosamente personal tiene plenitud, constituye algo así como una revelación.

### *Las etapas del proceso*

El descubrimiento de una persona puede ser instantáneo, una súbita iluminación. El «flechazo», que suele aplicarse al enamoramiento —en su lugar habrá que hablar de ello—, es a veces la forma en que se ve a alguien como tal. Pero es solo el comienzo; el carácter argumental de la vida humana aparece de modo manifiesto en el proceso de realización de la relación personal.

Recuérdese la impresión inmediata de «esto es», que sentimos frente a algunas personas. Su origen más probable es fisiognómico, la expresión en que se anuncia una configuración personal, un proyecto vital. La transparencia es una condición necesaria, a condición de que no sea íntegra, es decir, que la otra persona esté totalmente patente; esto, por lo demás inverosímil, anularía el interés, el elemento de empresa que tiene siempre la aproximación a otra persona.

A esa expresión facial hay que unir la voz como elemento también expresivo, que «interpreta» lo que se está viendo con los ojos. La voz puede pres-

tar un nuevo poder al rostro, pero también puede «contradecirlo», si vale la expresión, desvirtuarlo y anularlo. Todos conocemos la impresión devastadora que produce una voz inadecuada, que desanima de todo intento de aproximación y exploración.

Normalmente, la voz es palabra (*phonè semantiké*, voz significativa, decía Aristóteles); con la voz se *dice* algo, y esto es decisivo, el paso siguiente en el proceso de descubrimiento. En el habla se manifiesta excepcionalmente la persona. Y como la forma normal es la conversación, es decir, que no habla solo la otra persona, sino conmigo, su función de estímulo, de despertar mi propia realidad, es capital. Puede ocurrir que la experiencia se haga desde el silencio propio —cuando se oye hablar a alguien con quien no se habla, un orador o conferenciante—, pero si se advierte que la palabra brota de la realidad personal del que la emite, que está presente en ella, se produce el descubrimiento, y el que la oye se siente como interlocutor que «todavía» no ha contestado.

Van apareciendo luego los diversos registros de la voz —y de la lengua—, las varias distancias de la comunicación verbal; los gestos; la presencia del cuerpo, siempre expresivo de la personalidad cuando se cuenta con ella, cuando se posee la clave que permite comprender lo que el alfabeto visual o auditivo significa. Cuando se ha llegado a un conocimiento de la persona misma, una simple inspección de su apariencia permite adivinar su estado de ánimo, su nivel de presencia o ausencia, el grado de instalación en la personalidad en aquel momento, porque esto es sumamente variable, lo que no se puede perder de vista.

Por esto, en los casos de verdadera relación per-

sonal, por ejemplo cuando existe una amistad profunda, los que participan de ella se entienden con media palabra, con un gesto. Es revelador el hecho de que entre personas que viven en lugares muy distantes y no se ven más que esporádicamente, quizá con largos intervalos de ausencia, cuando el encuentro se produce reanudan inmediatamente la proximidad, como si se hubiesen separado la víspera.

El descubrimiento de la persona es inagotable, envuelve un proceso rigurosamente interminable. Si se lo da por concluso, si se siente el «ya sé», es que ha terminado la vivencia del otro como rigurosamente personal. Es la causa de la disolución o degeneración de las relaciones que exigen el mantenimiento de la tensión argumental, y que por eso son incompatibles con el aburrimiento, cuyo poder destructor suele desconocerse.

Toda relación personal es *proyektiva*, porque las dos personas implicadas lo son, tienen ese carácter de brote o manantial propio de la vida humana cuando no está cosificada, y tiene que pertenecer a la relación misma. Por eso ella también tiene que ser *futuriza*, y consiste muy principalmente en la articulación o engranaje de los proyectos. Cada uno tiene los suyos, y los conserva, y pueden ser muy diferentes; pero hay una comunidad de proyecto en toda relación personal, que deja fuera gran parte del contenido de las dos vidas, pero abre una trayectoria común, por la cual fluye una porción de cada una de ellas.

Es frecuente que los viejos, o simplemente las personas muy maduras, tengan dificultad para iniciar relaciones personales, porque «no tienen porvenir». Esto es un error, porque la vida es futuriza

hasta el final, pero las interpretaciones que se tienen de ella pueden entorpecer y alterar su realidad. Lo que sucede es que la vida está expuesta a procesos de anquilosamiento, y no forzosamente a edades avanzadas; algunas intermedias son quizá más peligrosas; y ciertas dimensiones o trayectorias vitales dejan de estar vivas; pero hay igualmente *rebrotos* a cualquier edad.

Y si se considera una larga relación, que abarca varias edades de sus miembros, se ve que puede haber épocas de entorpecimiento o decaimiento, de disminución de la tensión argumental, pero también esos rebrotos o renacimientos, en que se descubre la novedad de una persona a la que se daba por bien conocida y acaso conclusa, y que de pronto manifiesta un escorzo vital con el que no se contaba, y que hace posible una nueva etapa descubridora.

Esta condición argumental es la decisiva. Hay personas que la mantienen a lo largo de toda la vida, incluso en la extrema vejez cuando no va acompañada de deterioro psicofísico; pero hay casos en que se produce, frecuentemente en la edad madura, una reducción de los proyectos, casi siempre por simplificación o exclusivismo. La ambición, la pretensión de «llegar» y la funesta impresión de «haber llegado», es un tremendo factor de despersonalización. En el aspecto económico, nuestra lengua usa una expresión que me parece extraordinariamente perspicaz: *estar metalizado*; el que reduce su vida a ganar y poseer dinero, adquiere su condición, se convierte en metal, es decir, en cosa.

Una forma no muy distante de ello es el predominio de lo social, que tantas veces acompaña al éxito o la fama. Se pierde el núcleo personal irre-

ductible, se subrayan los elementos que tienen resonancia o relieve en la vida colectiva, por ejemplo la publicidad, aunque sea en detrimento de los aspectos privados, que parecen más modestos y de menor importancia. La expresión usada en inglés *stuffed shirts*, literalmente «camisas rellenas», refleja certeramente esta atenuación o disipación del núcleo personal.

Por último, también puede ser causa de ello el envejecimiento, aun sin excesiva decadencia, cuando provoca un estrechamiento del horizonte, una concentración del interés en las cosas inmediatas, una disminución de la curiosidad y de la imaginación para transmigrar a perspectivas ajenas. Lo que se llama egoísmo de los viejos suele ser ese angostamiento del horizonte vital.

### *Las experiencias compartidas*

Una vez establecida una relación personal, los argumentos de las dos vidas conservan su figura propia, condicionada por múltiples factores. Se puede sentir la tentación de suponer que se realiza entre personas semejantes o comparables —y en algún sentido tiene que ser así—, pero no se excluyen grandes diferencias; ante todo, de sexo: precisamente, las más intensas son entre varón y mujer; además, de edad, que puede ser pareja o con gran distancia; por último, vocación, profesión, formación, todo eso puede diferir cuanto se quiera. Hay, claro está, una comunidad de época, ya que ambas personas conviven; pero aun así las diferencias pueden ser enormes, a causa del nivel de edad y la pertenencia a distintas generaciones.

Esta contemporaneidad —aunque no se dé la coetaneidad— hace que ciertas experiencias sean compartidas, y son factores de convergencia y aproximación; pero más interesantes son las experiencias compartidas en un sentido más estricto, las *personales* —no meramente sociales o históricas— que afectan a los dos, y muy especialmente si han acontecido a ambos *juntos*.

Esto supone que haya algunas trayectorias comunes, y si se prolongan durante un tiempo largo, constituyen *nudos* de la relación personal, que marcan sus articulaciones y sus etapas o niveles. Si se tiene atención y alguna sensibilidad, se da uno cuenta de que la relación con una persona determinada experimentó en algunos momentos variaciones apreciables, que en ellos se alcanzaron niveles más profundos de intimidad, o se superaron dificultades, o se iniciaron trayectorias que «datan» de esos momentos privilegiados, ya que son como arborescencias o ramificaciones que tienen un origen preciso.

Sobre todo, esas experiencias compartidas significan avances en el descubrimiento de la otra persona, que en ellas manifiestan aspectos que hasta entonces estaban latentes y no eran conocidos, o abren trayectorias en las cuales se puede entrar, que son invitaciones a acompañar en ellas a la otra persona, no se sabe hacia dónde y, sobre todo, hasta dónde. El carácter argumental se refuerza en cada una de esas experiencias.

Existen algunas que tienen una condición extraña y sutil, pero cuyo carácter me parece inequívoco. Son aquellas que podemos llamar *unilaterales*, anteriores al establecimiento de la relación y hasta al conocimiento mutuo de las dos personas. Me refiero a

la experiencia que tiene un lector de la obra de un escritor a quien ha seguido muy de cerca y con honda comprensión de su sentido. El lector percibe y recibe las experiencias que el autor expresa y transmite, y que había vivido anteriormente. Son las mismas, originadas en aislamiento, sin conocimiento de la otra persona, en distintos momentos; pero no puede negarse que han sido «compartidas».

Si esas personas llegan a conocerse y entablar relación personal, encuentran que esta databa de una época anterior y que era un contenido desconocido de sus vidas, que se actualiza en el momento de la presencia próxima. Por dos veces, y en ambos casos con mujeres, he vivido esta situación: he encontrado en personas a quienes no conocía algo así como una «amistad previa», con un contenido muy denso y vivo, que permitía una inesperada y súbita cosecha, que daba a la nueva relación una intensidad y concreción equivalente de un largo trato. Y como lector, no digamos.

En qué medida es esto posible entre personas de distintas épocas, en que el contacto personal está descartado, es cuestión delicada, que habrá que tocar en un contexto ligeramente distinto.

### *La ilusión*

Creo que la ilusión es uno de los principales estímulos, si no el primero, del descubrimiento de una persona, y por tanto de la constitución del mundo personal. Recuérdense los caracteres que examiné con precisión hace ya largo tiempo (*Breve tratado de la ilusión*, 1984), y dígame si no tienen extraño parentesco con los requisitos de lo estrictamente perso-



nal. Condición futuriza, inseguridad, anticipación pero persistencia tras el logro, temporalidad y continuidad, carácter fontanal, deseo con argumento, realización en diversas trayectorias, conexión estrecha con la vocación y la condición amorosa. ¿No es asombroso? Y ¿no sorprende que no se haya usado el concepto de ilusión para entender lo personal, y solo muy recientemente y en lengua española?

Esta aproximación explicaría la frecuencia y la importancia de la relación personal con el niño, porque es una realidad apta para provocar ilusión. Y por otra parte el niño se mueve en el elemento de la ilusión, si lo dejan, porque *el niño es todo futuro*, anticipación de lo esperado, que a la vez es siempre inesperado, sorpresa, descubrimiento.

La ilusión está también ligada primordialmente, aunque no de un modo exclusivo, a la tensión o polaridad sexuada, a la proyección mutua entre hombre y mujer, y hemos visto el papel esencial que esto tiene en la existencia de un mundo personal.

Se podría ver cómo la mayoría de las relaciones en que están de verdad envueltas las personas como tales tienen un fuerte ingrediente de ilusión: entre hijos y padres, maestros y discípulos, amigos próximos, enamorados. Es la más enérgica incitación a ver a la persona «por dentro», en su contenido más íntimo y verdadero, y a proseguir incansablemente la exploración.

Hay casos en que se siente por una persona una ilusión *pasajera*, que se extingue pronto, sin que haya propiamente decepción. Es un fenómeno que me parece interesante. A veces se encuentra a una persona que aparece con un carácter ilusionante. La atención se orienta hacia ella con complacencia, pero esa curiosidad, ese deseo de asistir a su vida se

disipa pronto. ¿Por qué? No es que esa persona nos haya defraudado, nos haya hecho una mala impresión, no nos parezca estimable. Es más bien que hemos empezado a acompañarla en una trayectoria vital que ella ha abandonado apenas iniciada, o que no puede ser nuestra, no podemos asociarnos a ella. Sentimos una vaga nostalgia de algo que no ha existido, que no hemos poseído. Tenemos la impresión de que esa persona podría haber seguido esa trayectoria que nos ilusionó un momento, o acaso hubiésemos podido, en otras circunstancias, asociarnos a ella; pero de hecho no ha ocurrido así y nos quedamos con la mera posibilidad de una relación personal que no llegó a existir. De estas experiencias han nacido bastantes obras literarias, y probablemente una gran parte de la poesía amorosa.

Hay otra posibilidad en que la ilusión interviene, y que tiene mayor alcance. A veces hemos sentido ilusión real por una persona que ya no nos la inspira. Tal vez por envejecimiento, pérdida de proyección, estrechamiento del horizonte vital; o bien por cualquier forma de cosificación —por ambición, afán de éxito, versión exclusiva hacia las cosas, invasión del prosaísmo—. Pero recordamos la persona que ha sido, y la asociamos a la que vimos y vivimos con ilusión en otro tiempo. Tenemos una curiosa ilusión por la persona *pasada*, no por la actual, que no la deja renacer. Y vemos con nostalgia la pretérita, que sigue perteneciendo a la memoria de nuestro mundo personal, estorbada por la actual y viviente, que destruye la ilusión.

## VI

### *Relieve del mundo personal*

#### *El pasado y los proyectos*

La configuración del mundo personal es muy compleja, y no debe extrañar que las ideas sobre ella sean muy vagas e imprecisas. Es esencialmente *jerárquico*, y por eso tiene sentido hablar de relieve. Sus componentes, es decir, las personas que lo integran, tienen desigual importancia, y además las relaciones que ligan a cada uno con ellas son muy diversas, cualitativamente y respecto a su intensidad. No olvidemos que los vectores en que la vida humana se proyecta desde el sistema de sus instalaciones están definidos por su dirección y por su magnitud o intensidad.

Por si esto fuera poco, ese mundo no es estático ni está dado de una vez para todas, sino que está en incesante cambio o movimiento; y no solo en el sentido de que varíen las personas que lo componen y su puesto en él, sino que las relaciones mismas están aconteciendo, tienen argumento, más que describirlas hay que narrarlas.

Por eso, es un ingrediente suyo su momento inicial: es menester saber de cuándo datan; más aún, cuándo han comenzado sus distintas fases, concretamente aquella en que han logrado la cualidad que les pertenece, y que probablemente no alcanzaron desde el principio. La temporalidad se introduce desde luego en esta extraña cartografía biográfica.

Imaginemos una relación concreta. Se ha originado en cierto momento, ha atravesado quizá varias fases cualitativamente distintas, ha alcanzado un nivel que es el que le pertenece como su sentido propio. ¿A qué edad se ha producido? Tal vez a la misma para las dos personas, pero pueden tener edades muy distintas. Cada una de ellas es una biografía que llega hasta el presente, con una duración desigual, y por supuesto argumentos que hasta ese momento inicial eran totalmente independientes. Se produce una *convergencia*, como cuando dos ríos confluyen, y suelen surgir remolinos. Hay ciertos balances para conseguir una forma de equilibrio biográfico: los dos pasados necesitan ser en alguna medida comunicados. El problema es precisamente en qué medida. Dije antes que la «información» mutua de personas ligadas por una relación vivamente personal puede ser muy escasa. La medida necesaria es aquella que va a ser esencial para que la relación sea plena, y esto depende de su cualidad.

¿Cómo se decide qué es necesario y qué no hace falta o quizá podría estorbar? La propia relación, en su constitución y despliegue, va aportando la convergencia parcial de los dos pasados, de aquello que en ambos parece relevante, que va siendo requerido por el argumento siempre cambiante de la relación. Porciones de la vida pretérita de las dos

personas van ingresando en una especie de «fondo común» que va siendo un tesoro de la amistad, al cual se puede recurrir cuando hace falta.

Si las dos personas son de la misma edad, su mundo es ya en gran parte común; han vivido una gran fracción de la historia cercana y de las vicisitudes públicas; los nombres que conocen como representativos del mundo son los mismos, y vistos al mismo nivel. Pero si las edades difieren, se descubre que uno había empezado a vivir mucho antes que el otro, en un mundo sustancialmente distinto, que lo que para uno *fue presente*, para el otro no ha sido más que pasado. Hay una necesidad de «puesta a nivel» para que la relación no se resienta de esta diversidad originaria. De la perfección con que esto se haga dependerá la de la relación; ello requiere facultades de expresión e interpretación por parte del que tiene que comunicar una porción de realidad pretérita, y de recepción y asimilación por parte del más joven.

Hay un requisito imprescindible: la veracidad y la apertura, combinadas. Porque pueden producirse deformaciones de la realidad, por partidismo, por prejuicios, por adaptar lo que se recibe a esquemas inadecuados. Si esto sucede, la relación estará afectada por un factor de falsedad que comprometerá su porvenir. Probablemente el ejemplo más visible es el de la relación entre padres e hijos —de la que me ocuparé directamente luego—, ya que en ella el desnivel de edad es necesario y constitutivo.

Más importante todavía es la convergencia de los proyectos. Cuando se inicia una relación que llega a ser personal, dos proyectos —mejor dicho, dos haces de proyectos— confluyen. Ambos quedan modificados, ante todo porque cada uno se va a pro-

yectar hacia el otro. La estructura de la vida, en lo que tiene de más propio, depende del tejido de relaciones personales que la integran. Su pobreza o riqueza, su variedad, el nivel de sus expectativas, todo ello es consecuencia de la contextura de ese mundo. No se olvide que cada nueva relación personal, sobre todo si es particularmente intensa, modifica a las personas envueltas en ella y no menos influye en lo que se podría llamar la constelación de relaciones personales de cada uno.

Son bien conocidas las alteraciones que suele producir el nacimiento de una fuerte relación personal. Lo habitual es que se interprete como envidia o celos la reacción desfavorable de los demás. Puede ser así, pero hay algo más profundo y sutil: la alteración de los proyectos. Si una relación personal es adecuada y valiosa, significa un enriquecimiento para los participantes, una elevación de su realidad. Esto favorece a los demás que forman parte de cada uno de los dos mundos, por la mejoría —precisamente personal— de ambos; es muy probable que esto no se vea, porque cada uno esté atento solamente a su participación en la otra persona, sin verdadero interés por ella misma.

Como estos mecanismos son reales y difíciles de evitar, es conveniente que cada relación mantenga cierta autonomía respecto de las demás; son asuntos esencialmente privados, y deben ser compartidos y aun conocidos solo en la medida en que es posible y no lleva a desenfocos, malentendidos, en suma, a errores.

La participación en los proyectos de la otra persona es sumamente delicada y no muy fácil. No se trata de «explicarlos», sino de mostrarlos en su vida efectiva, en su función real. El arte de la conviven-

cia personal consiste en asociar a la otra persona a los proyectos propios, hacer que, desde diferentes perspectivas, sean de los dos.

En los casos de gran diferencia de edad, el término verosímil de los proyectos es un factor constitutivo: se cuenta, dentro de la inseguridad de lo humano, con que los proyectos de uno seguirán cuando los del otro hayan concluido; y en la medida en que se proyectan el uno hacia el otro, hay un horizonte probable que introduce una forma precisa en la relación. En la medida en que es estrictamente personal, acontece *a nivel*; pero este se altera al imaginar la proyección en su conjunto.

### *Entre padres e hijos*

Creo que, en familias normales dentro de las formas de vida de las sociedades occidentales —no me atrevo a generalizar fuera de ellas—, las relaciones entre padres e hijos *empiezan* por ser estrictamente personales, lo que no prejuzga que siempre lo sigan siendo.

Cuando nace un niño, y aunque se trate de personas que no hayan tenido especial avidez por tenerlos ni los idealicen, sorprende la vehemencia con que el padre, y probablemente más aún la madre, se ponen a quererlo. Es la respuesta —que debería ser normal— a la aparición de una persona nueva, que irrumpe en la circunstancia inmediata. Si esto ocurre, el niño es vivido como algo único, irreductible, en algún sentido procedente de los padres pero enteramente distinto de ellos; es decir, algo que es *alguien* y se agrega a los dos progenitores, que se enfrentan con la nueva realidad.

Si se trata del primer hijo, los padres no saben bien qué hacer con él; no solo los cuidados inmediatos, sino también es inquietante lo que tiene de incomprensible y misterioso. ¿Qué tiene, qué le pasa, por qué llora? Y ¿por qué se aquieta y sonrío sin causa demasiado clara, por la presencia, el paso de la cuna a los brazos, el canto? Todas estas preguntas se van decantando en otra: ¿quién es? Es una incógnita, un futuro intacto y sin pasado, algo impredecible, empezando por la inseguridad de su existencia, por su fragilidad, hasta hace muy poco —y todavía hoy en gran parte del mundo— por la frecuente mortalidad infantil.

A medida que la persona del niño se va despertando y actualizando, que responde, que va explorando y conociendo un rincón del mundo, mostrado, interpretado, explicado por los padres, la relación personal se afianza. No solo en lo que tiene de positivo, sino también en sus aspectos menos agradables: caprichos, inquietud que parece injustificada, exigencias, pataletas, impaciencia o irritación de los padres; todo ello es «personal», distinto de lo cósmico, dominado por la impresión de resistencia de *alguien* que se afirma desde sí mismo, para bien o para mal.

Luego puede sobrevenir la habituación, la rutina, la falta de curiosidad —peligro igualmente de las relaciones entre adultos—. La interposición entre el niño y los padres de otras presencias e influencias, como la escuela, de que antes hablé, disminuye al menos la viveza de la relación personal, aunque no la anule. En cuanto al niño, su atención se concentra en personas nuevas, y los padres, que son lo «consabido», pierden interés y atractivo, aunque los siga queriendo más que a nadie y se vuelva a ellos en cualquier necesidad o dificultad.



Los padres son el gran supuesto de su vida; los ha encontrado ahí al nacer, cuenta con ellos, le parecen algo tan propio que se puede olvidar en el detalle de la jornada. Estaban como el trasfondo, el horizonte de su vida, siempre disponibles; y la verdad es que sabe muy poco de ellos. Es raro el niño que se pregunta alguna vez por la realidad de sus padres, por ejemplo por su vida anterior a su nacimiento: es como si ellos hubieran venido al mundo a la vez. La mayoría de los padres, que viven con sus hijos la vida cotidiana, atentos a los menesteres y problemas inmediatos, no se ocupan de darles una visión de sí mismos, de hacerlos partícipes de su vida pretérita, ni siquiera de la presente en la medida en que no tiene que ver directamente con los hijos. Estos, ni siquiera están en claro la mayoría de las veces acerca de la relación real del padre con la madre.

Los padres creen conocer mejor a sus hijos: los han visto nacer, han asistido a sus vidas día tras día, los han cuidado en todos sentidos, se han preocupado por ellos; pero no siempre han sido capaces de imaginar quiénes empiezan a ser, hacia dónde se orientan, cuáles son los proyectos que van germinando en ellos. Es decir, su condición rigurosamente personal puede escapárseles.

La pubertad es un momento decisivo. El muchacho o la muchacha experimentan una escisión del círculo familiar y sus ampliaciones. Vive desde sí mismo —al menos, lo cree así—. Se desinteresa de sus afectos tradicionales: experimenta la primera gran variación de su mundo personal. Los padres, unas veces no lo advierten y creen que es «el de siempre»; otras, se percatan de ello y lo deploran, porque lo interpretan como «desvío», de ellos mis-

mos y de lo que les parece su mundo transmitido y compartido.

En realidad, el adolescente no vive desde sí mismo sino desde su grupo juvenil, probablemente inspirado o manipulado por algunos adultos influyentes. Si se midieran bien las cosas, se vería que suele padecer una crisis de «enajenamiento» y vive menos desde sí mismo que un poco antes. Pero es un proceso necesario, inevitable y justificado. El joven tiene que *revalidar* sus creencias, opiniones, preferencias, estimaciones, afectos. Que tenga con frecuencia —no siempre— una fase de inautenticidad y error vital no disminuye el sentido de ese cambio.

Si los padres lo comprenden, lo aceptan y obran en consecuencia, la relación personal se puede salvar. Pero quizá es pedir demasiado. Es frecuente que padres e hijos se sientan «ajenos» durante cierto tiempo. Durante él, y esto agrava las cosas, unos y otros han continuado y prolongado sus vidas, sin asistir a su detalle, con cierto despego, y en el fondo las desconocen. Esta pérdida de lo personal actúa muchas veces sobre marido y mujer, que perciben el distanciamiento de los hijos y acaso lo atribuyen a errores o desaciertos del otro, lo cual disminuye también la intimidad de su relación mutua y presenta a los hijos una imagen menos grata y atrayente, un espejo en que prefieren no mirarse. Lo que debería ser una crisis normal, breve y superable, destinada a reforzar las personalidades, puede ser un descenso definitivo del mundo personal de todos los implicados.

En la fase en que los hijos son ya adultos, tal vez casados y a su vez con hijos, las nuevas experiencias los hacen reconsiderar lo que habían dado por supuesto con demasiada ligereza. Se dan cuenta de

que sus padres —como ellos ahora— tenían sus propias vidas, que no se agotaban en la relación paterno-filial; acaso sienten curiosidad, se preguntan *quiénes son*. No es improbable que sientan una estimación que habían perdido. Si no se han vuelto demasiado autónomos, sobre todo si no se han «cosificado» en la busca del éxito o el dinero, los padres pueden renovar el interés por ellos en su condición plenamente personal. Para que esto suceda es inexcusable que no formen un «clan» en que su individualidad se disuelva, que cada uno de ellos siga siendo una persona única e insustituible.

Los abuelos, si los hay y tienen una presencia suficiente, pueden paliar los riesgos de despersonalización y ayudar a salvar los momentos críticos. Su menor responsabilidad directa, su larga experiencia, su «neutralidad» en lo que son dificultades entre padres e hijos, su interés por todos ellos, son factores favorables a la conservación o restitución de ese complejo mundo personal.

### *Cambios de cualidad*

He insistido en la temporalidad, movilidad, variación de intensidad de las relaciones personales; pero se trataba hasta ahora del mismo tipo de relación, podríamos decir de variaciones dentro de una especie. Hay un fenómeno de particular interés e importancia, que es el cambio de *cualidad* de una relación. No se trata de la decepción, del reconocimiento de un error, de la extinción de una relación que deja de ser por agotamiento o por perder su carácter personal y convertirse en algo puramente social, que no afecta al núcleo más profundo de la vida.

Una relación puede cambiar de cualidad permaneciendo en el ámbito de lo personal. La persona misma —o las dos—, en el mismo plano, experimenta una variación que puede modificar el resto de las relaciones, y por tanto la figura del mundo. La novela es quizá el instrumento mental en que se ha explorado mejor esta posibilidad humana y se han descrito —mejor dicho, narrado— sus consecuencias. Las disciplinas propiamente «intelectuales» han solido resbalar sobre esta delicada y difícil cuestión.

He aludido muy de pasada e indirectamente a algunas formas de ese cambio. El nacimiento o disipación de la ilusión por una persona, aunque precedan o pervivan la estimación, el apego, la admiración, el afecto. La «puesta entre paréntesis» o «desconexión» —para emplear los términos de la fenomenología— que ejecuta el adolescente respecto a su mundo todavía infantil y familiar: no es que haya dejado de querer a su tía Elvira, pero la quiere de otra manera y por supuesto en otro contexto; respeta y admira a algunas personas —tal vez sus padres, sus maestros, un escritor—, pero los hace pasar por un nuevo filtro, la aprobación o desaprobación de su grupo juvenil o de un mentor autoritario e influyente.

La forma más usual de cambios personales de cualidad es la alteración de los «puestos», de la localización en el mundo. No solo es cuestión de jerarquía o de distancia. La *importancia* que para uno tienen las personas es cuestión muy compleja. Se puede sentir absoluta predilección por un amigo, incomparable con los miembros de la familia, y sin embargo la muerte de uno de estos afecta más que la del amigo y perturba más la economía vital. Al-

guien se adelanta hasta ocupar uno de los primeros planos, y otros ceden su puesto y quedan en el trasfondo.

Todavía más que la distancia cuenta, y puede cambiar, la posición, la localización en el mundo. Más cerca o más lejos, hay personas que están «delante» de nosotros, por tanto, siempre presentes y, sobre todo, hacia el futuro; otras están «a la espalda», y pueden ser decisivas, porque en ellas nos apoyamos y nos dan una *vis a tergo*, pero apenas las vemos, aunque su fallo sería devastador; otras, por último, están «al lado», como una compañía relativamente homogénea. Los desplazamientos de una posición a otra alteran la configuración de nuestro mundo.

Una amistad puede variar hasta adquirir una fase amorosa, y esta puede no consolidarse y dejar viva la amistad; acaso la persona objeto de esta variación no se ha dado cuenta de ella, pero el cambio cualitativo ha existido, quizá por dos veces. Hay casos en que tal variación no ha existido, pero ha sido ilusoriamente percibida por la persona que se ha creído afectada por ella; entonces el cambio de cualidad ha existido en esta, aunque no en la otra. Una persona que nos ha defraudado o herido puede permanecer presente en nuestro interés y en el reducto personal, pero en forma de «suspensión» o privación, acaso con un crédito a su favor y la esperanza de que vuelva a la situación anterior, mientras la persona afectada por su conducta o su alejamiento se conserve en estado de disponibilidad.

Esta puede ser, debería ser, la actitud de los padres respecto de los hijos cuando las relaciones se alteran; es excepcional que «los den de baja», que los arranquen al mundo rigurosamente personal,

por grave que sea el descontento; pero ciertamente se produce un cambio de cualidad.

### *Presencia y ausencia*

La forma normal de las relaciones personales es la presencia; de ella se nutren, hace posible su continuidad, es lo que permite que se pueda verdaderamente *asistir* a una vida que no es la propia; este concepto me parece esencial, porque va más allá de la percepción —en rigor, una vida no se puede percibir—, e incluye el elemento argumental y narrativo.

Pero la presencia no es posible de modo seguro y permanente; en algunas relaciones se consigue una aproximación a ella —entre marido y mujer, padres e hijos, hermanos que permanecen dentro de la familia—; aun en esos casos, hay interrupciones de la presencia por inevitables ausencias. Estas pueden ser cotidianas —las impuestas cada día por el trabajo, diversas ocupaciones, la escuela, excursiones— o bien de otra magnitud: las que pueden llamarse propiamente ausencias, por viajes, vaciones, etc.

Las demás relaciones están marcadas por ausencias más o menos largas, por los intervalos de separación entre presencias que pueden ser breves. En toda relación verdaderamente personal, las ausencias son sentidas como *privación* y encierran un elemento doloroso, de distinta agudeza. Hay personas que, probablemente por una deficiencia de imaginación, son sumamente sensibles a la presencia, sienten vivamente la complacencia, el afecto por la persona que está delante, pero todo ello disminuye y

casi se anula cuando está ausente, y apenas lamentan la distancia, a reserva de que la vivacidad e intensidad se renueven cuando la persona alejada vuelva a aparecer.

En otras contexturas de la personalidad, la ausencia es particularmente penosa, la persona que no está físicamente presente sigue con una viva presencia en la memoria y en la imaginación, se sigue «asistiendo», en forma de privación, a su vida. Estas diferencias pueden darse en relaciones de varias cualidades, aunque predominan usualmente unas u otras según el tipo de relación. El carácter penoso de la ausencia es más frecuente y fuerte en las relaciones amorosas que en las amistosas o familiares, pero puede haber un equívoco: cuando predomina lo sensual, esto puede confundirse con una tenue e inexistente privación estrictamente personal.

El equilibrio entre presencia y ausencia, y las formas que adoptan en cada caso, son algo decisivo en el contenido de las relaciones, pero su importancia es todavía mayor cuando se trata del *mundo*. Este es un entramado complejísimo de personas ligadas de formas muy diversas, y su *relieve* está condicionado por el estado real de las dos maneras de contacto y proyección, y por cómo ambas situaciones afectan a su contenido. No es posible trazar el mapa que nos interesa sin establecer el sistema real y vivencial de las distancias personales.





## VII

### *Las fronteras*

El mundo personal tiene fronteras. Más allá de su sentido inmediato y directo, las relaciones entre personas concretas que afectan a su núcleo último, a su mismidad, hay zonas en que persiste, en el límite, un contacto parcial que carece de la plenitud necesaria pero que no pierde su carácter personal. Interesa lanzar una mirada a esa cuestión, porque solo así podemos completar la configuración del mapa.

#### *Los muertos*

Las personas con las cuales convivimos van muriendo. Mientras somos jóvenes, esto no es demasiado frecuente; a medida que el tiempo va pasando, las muertes próximas menudean; cuando se va entrando en la vejez, afectan a los coetáneos, sin excluir a los más antiguos o más recientes, y se va haciendo densa la legión de «nuestros» muertos, los

que han sido parte de nuestra vida. Los que no han anudado relaciones con personas más jóvenes pueden llegar a un desolador estado de soledad.

En todo caso, va cambiando la proporción entre vivos y muertos; durante mucho tiempo, los primeros son la norma y los segundos la excepción; hay un momento de «equilibrio», que finalmente se rompe: los muertos son la mayoría. Se vive con la impresión de ser un superviviente, rodeado de un grupo de otros supervivientes que van siendo diezmados por la muerte.

Los muertos ¿dejan de pertenecer a nuestro mundo personal? En modo alguno; pasan a otra forma de relación, la máxima distancia, la ausencia definitiva e irreversible. Probablemente la manera más segura y eficaz de determinar si nuestras relaciones humanas son simplemente eso o llegan a ser estrictamente personales es ver qué significa para ellas la muerte. Las primeras, al morir la otra persona, quedan concluidas, canceladas, persisten en forma de recuerdo que carece de actualidad. En el otro caso, persiste la viveza de la relación, el desgarrón, la herida siempre sentida, en suma, la privación. Todo ello, por supuesto, en muy diferentes grados, que van de lo soportable y capaz de cicatrizar a lo devastador y destructor de la configuración de la vida.

En cierto modo, los muertos descubren cuál ha sido la estructura de nuestro mundo. Su número es decisivo: se ve cuántas personas han vivido como tales para nosotros, y de ello se puede inferir la situación todavía presente. Su significación puede ser muy diversa; en algunos casos, se van pronto alejando hasta borrarse en alguna medida; hay personas que propenden a «doblar la página» cuando al-

guien ha muerto, a dar por conclusa esa relación; otras no quieren, y sobre todo no pueden.

Se podría intentar otra cartografía, un mapa fronterizo del mundo ausente de los muertos de cada uno de nosotros. Si tenemos presente que el hombre es real e irreal a la vez, que vive en un mundo efectivo y perceptible y también, no menos, en el mundo irreal de la posibilidad, concretamente en el futuro imaginado, anticipado e inseguro, se comprende esto muy bien. Los muertos son la otra vertiente: la de un pasado no extinguido, que sigue siendo actual en nuestra vida, acaso con una fuerza superior a la de lo presente.

¿Cómo aparecen los muertos en nuestra memoria? Y ¿puede hablarse siempre de memoria? A veces palidecen, se van haciendo vagos, como una antigua fotografía desvaída; otras veces conservan una vivacidad, incluso sensorial: la imagen, el rostro, los gestos, la voz. En ocasiones privilegiadas, no los recordamos: están perpetuamente presentes, con un extraño modo privativo de presencia.

Esto nos llevaría a la conclusión de que el mundo de los muertos tampoco es estático: hay cambios, alteraciones de la localización, variación de las «distancias». Sigue siendo mundo, porque es parte del nuestro —mundo es siempre *mi* mundo, no hay mundo en general o de nadie—. La condición argumental y dramática es esencial, y persiste a través de todas las vicisitudes. Lo curioso es que cuando nos preguntamos por la realidad de alguien, es improbable que lancemos siquiera una mirada a la estructura y el contenido de ese mundo fronterizo, sin el cual el que consideramos real queda incompleto, más aún, mutilado.

Hay una diferencia radical en la relación que los vivos tienen con los muertos. En nuestra época es bastante frecuente la suposición —más que la creencia— de que los muertos *no existen*, que su realidad concluyó al morir, y que de ellos no queda más que el recuerdo. Pero no siempre es así, y sobre todo no lo ha sido en la mayor parte de la historia bien conocida, en que la situación que acabo de mencionar era excepcional.

Se ha creído que los muertos, de una manera o de otra, según las épocas y lugares, según las religiones, seguían existiendo. En los supuestos cristianos —y no solo en ellos— se contaba con un «desenlace» sumamente dramático, salvación o condena-ción, y por tanto había una preocupación por su destino. Esto mantenía una relación que podía ser en alguna medida «activa»: las oraciones, la referencia tradicional a «las benditas ánimas del purgatorio», todo ello fundado en la creencia en la comunidad de los santos.

Naturalmente esto persiste, tiene actualidad, pero no vigencia. Desde el punto de vista social no se puede sin más contar con ello; dejando de lado la cuestión de cuántas personas creen actualmente en la pervivencia de los muertos, el hecho es que ello aparece por lo general como una creencia *personal*, más *fe* que creencia social. Pero por eso mismo tiene singular relieve en la configuración del mundo que aquí nos ocupa.

Esta consideración tiene consecuencias inesperadas. Por una parte, nos hace pensar en la relación con los *siempre muertos*, quiero decir los que para nosotros lo han sido así, que no han formado parte

de nuestras vidas. Los muertos del pasado, que ya no vivían cuando nosotros hubiésemos podido convivir con ellos. El ejemplo más claro es el de los autores a quienes leemos, pero que pertenecen al pretérito —esto se puede extender a los creadores en otros campos con cuyas obras sentimos una relación personal, que nos llegan a ese reducto o núcleo en que propiamente consistimos.

Nadie lo ha expresado mejor que Quevedo en los versos famosos:

Retirado en la paz de estos desiertos,  
con pocos, pero doctos libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos  
y escucho con mis ojos a los muertos.

Quevedo apunta inequívocamente a una relación personal con autores a quienes evidentemente cree «reales»; no se trata solo de sus obras, como propenderían a pensar muchos de nuestros contemporáneos, sino de algo más profundo y, sobre todo, más personal. Dante cree en la realidad de las personas a quienes encuentra en su itinerario, sea en el infierno, el purgatorio o el paraíso; Virgilio, Paolo y Francesca, Beatrice están ahí, en el otro mundo que forma parte del de Dante.

Y hay otra consecuencia, más sorprendente y de mayor alcance: la religiosidad efectiva, auténtica, condiciona las relaciones personales entre los vivos. Es enteramente distinta la realidad del que vemos como destinado a pervivir que la del que consideramos destinado a la aniquilación. Ante una persona viviente, pero mortal, no nos relacionamos de igual modo si creemos que va a ser *alguien* para siempre, en una forma o en otra, o si pensamos que dentro

de algún tiempo no tendrá realidad —y yo tampoco—, y por tanto nuestra relación desaparecerá en absoluto.

La diferencia es absolutamente radical y da un sentido equívoco a la palabra «personal». Se dirá que la diversidad, en nuestra experiencia cotidiana, no es tan grande, y que las relaciones personales son bastante parecidas, se trate o no de personas religiosas o, en otros términos, que cuenten o no con la perduración de las vidas ajenas y de la propia. La explicación de esto radica en que la profundidad y autenticidad de la creencia en la aniquilación es bastante dudosa, más bien superficial, y que en muchos casos al que la profesa «otra le queda dentro»; y a la inversa, la creencia en la perduración está mitigada o quebrantada por las vigencias sociales, y hace que nuestro trato con los prójimos relegue con frecuencia esa visión a una posición marginal.

Pero todavía esto tiene consecuencias para el mundo personal, y es que es más difícil que tenga la intensidad y consistencia que puede poseer. Las cosas humanas son difícilmente mensurables, pero me parece indudable que hay un descenso de lo estrictamente personal. Esta condición requiere un «para siempre», al menos como deseo y esperanza, para que no sea todo, a última hora, un engaño.

Puede suceder que haya una disimetría en este aspecto: una de las personas puede contar realmente por la perduración, y la otra no. La relación puede ser, ciertamente, personal, pero con una peculiaridad: las dos partes interesadas la ven con distinto porvenir, con diferencia de confianza y esperanza; más aún, una de ellas ve a la otra como fugaz y pasajera; la otra, con una realidad que será —o por lo menos debería ser— indestructible. En la vivencia

de la relación estas dos formas se pueden comparar a las que adquiere el matrimonio cuando se lo contrae contando con la posibilidad del divorcio o como algo irrevocable y para siempre.

### *La personalización de lo no personal*

Cada uno de nosotros es una persona; trata, por supuesto, con realidades impersonales; y con otras personas, pero, como hemos visto, muchas veces, quizá la mayoría, de un modo no propiamente personal, sino meramente social o psíquico, sin que intervengan los núcleos constitutivos de la condición humana.

Consideremos ahora la cuestión desde el punto de vista opuesto. El hombre puede tratar con realidades que no son personales desde ese núcleo, poniendo en ello su fondo personal. ¿Qué sucede? La consecuencia no son relaciones personales en rigor, pero la actitud del que vive de esa manera pone en juego su propia personalidad, y al hacerlo «personaliza» hasta donde es posible lo que por sí mismo carece de ese carácter. Es la inversión de lo que acontece a gran parte del trato entre humanos: aunque son personas, a pesar de serlo, se pone entre paréntesis esa dimensión decisiva, se la rebaja un grado, se la trivializa y a última hora despersonaliza.

Esto es necesario para el funcionamiento del mundo social, que sería imposible si todo su contenido fuera estrictamente personal, lo que requeriría una atención y un grado de tensión literalmente insostenibles. Pero no debemos olvidar el otro lado: la existencia de comportamientos personales ante lo

que no puede poseer ese carácter, o solo de un modo tangencial, indirecto y casi metafórico.

El ejemplo más sencillo, y acaso el más interesante, es el trato con el animal. Mientras con las cosas e incluso con los vegetales estamos relativamente cómodos y sabemos a qué atenernos, el animal es siempre inquietante. Por lo pronto, la inverosímil variedad del reino animal hace que ese nombre ronde el equívoco. Frente a la mayoría de los animales nos sentimos como ante algo absolutamente extraño; he escrito *algo*, y esto produce cierto desasosiego, porque aunque el animal no es *alguien*, tampoco acaba de ser cosa. No hablemos de protozoos, esponjas, termes, medusas y otras formas que están a distancia inmensa de la personalidad. Aun con animales superiores, tenemos la impresión de no poder entendernos en absoluto con ellos: la serpiente pitón, el tiburón, el cocodrilo, hasta ese animal casi mineral que es el rinoceronte. Pero en la inmensa mayoría de los animales se perciben acciones que para nosotros al menos pueden ser inteligibles, que vemos como propósitos, que acusan un parentesco, por remoto que sea, con nosotros. Esto es lo que introduce una dosis de inquietud en la caza, a pesar de sus múltiples justificaciones, y la prueba de ello es que varía decisivamente según las especies.

Pero lo que aquí me interesa es el *trato* con algunos animales, la convivencia con ellos, el caballo o el asno, el gato, sobre todo el perro. Cuando el hombre los trata —por su parte— personalmente, poniendo en juego su persona, el perro, por ejemplo, se «contagia» de la vida humana, adquiere una que no es meramente perruna sino «inducida» —en un sentido parecido al que esta palabra tiene en



electricidad—. Posee lo que no le es propio, tiene «prestada» una condición que podríamos llamar humanoide. Las relaciones entre el hombre y su perro no son personales pero tienen ciertos caracteres de las auténticas: aquellos que el animal puede recibir y soportar. No solo hay comprensión, expectativa, afecto, admiración, obediencia; el amo es para el perro el análogo canino de la felicidad. A esto llamo personalización.

En una dirección completamente distinta —lo humano es más complejo y rico que lo que se suele suponer—, cuando interviene la *vocación*, posibilidad rigurosamente personal si las hay, el comportamiento del hombre, aun no tratando con otros hombres sino con realidades enteramente distintas, implica la personalización.

El cultivador vocacional —no meramente profesional— de la ciencia, del arte en cualquiera de sus campos, de la historia, el escritor, hasta en algunos casos especialmente intensos el coleccionista, ponen su persona inconfundible en eso que hacen, lo convierten en asunto personal, aunque están en soledad, y su persona rezuma y se vierte sobre todo lo que tocan.

Un tercer aspecto de la cuestión es la relación con algo que no es propiamente personal, aunque sí suprapersonal: el país, diríamos mejor la patria, palabra que refleja ese carácter. El estudioso, el intérprete artístico o literario, el defensor con sacrificio y riesgo de su vida, el político con vocación, el promotor de su realidad —piénsese en el labrador, por ejemplo—, tienen una relación personal, por parte de ellos, con una realidad que no es en sentido estricto persona, aunque no sea impersonal.

Esta es una de las posibilidades más originales y

valiosas del hombre. Es la forma suprema de humanización del mundo, de conversión en verdadero mundo de lo que empieza por ser mera circunstancia. En estos ejemplos heterogéneos se puede descubrir el carácter *efusivo* de la persona humana, capaz de verse fuera de ella en algo que es como una imagen recibida y finita de lo que llamamos con rigor creación.

### *El gran Ausente: Dios*

Todavía tenemos que lanzar una ojeada sobre otra frontera del mundo personal, aquella que es la forma suprema de ausencia y a la vez envuelve la realidad más personal imaginable: Dios. No está patente ni manifiesto, no lo percibimos, excede en todo sentido de nuestra realidad y, lo que es más, de toda realidad conocida. Pero existe una relación, cuya forma más frecuente y más importante se llama religión, y que es la personal por excelencia.

No siempre ha sido así, ni se puede llamar religión en sentido estricto a toda creencia en poderes superiores a los visibles, ni el nombre «dios» o «divino» es unívoco, y en muchos casos no le pertenece el carácter personal. Incluso en una cultura tan próxima a la nuestra y origen de lo más sustancial de ella, como la helénica, he observado hace mucho tiempo que el que su religión fuese mitológica le confería carácter personal. Los mitos, los cuentos sobre los dioses hacían que fuesen para el griego «alguien», con quien por eso se podía tener una relación personal, más allá de ser meras «consistencias» o modos de ser, o bien poderes eficaces.

Incluso en el cristianismo, no es evidente que la

religión sea siempre y forzosamente personal. La mera creencia en la existencia de Dios, la sumisión a su poder, la obediencia a sus mandatos, no basta. Hace falta algo más: la confianza, la esperanza, la oración, que es una invocación a Dios como persona, la iniciación de un diálogo con él. Sobre todo, el amor, clave de lo personal. Se habla muy a la ligera de «amor de Dios», y con frecuencia se nos dan «equivalentes» suyos: ciertas formas de comportamiento. Pero habría que decir que son indicios o pruebas de amor, no el amor mismo. Cuando se lo identifica con el cumplimiento de los mandamientos, se me ocurre un reparo: *cumplir* los mandamientos (no meramente «no faltar» a ellos) significa hacerlo por el primero, «amar a Dios sobre todas las cosas», es decir, por amor de Dios.

Se han buscado formas de convivencia satisfactorias *sin amor*, y esto puede tener varias justificaciones; pero si lo que nos interesa es la dimensión *personal*, es el amor mismo lo que cuenta, y es insustituible. En las grandes figuras que han sido capaces de tener religión personal y *expresarla* encontramos esto inequívocamente. Se pensará en los místicos, con razón; pero la mística es una relación muy especial y privilegiada, no al alcance de la inmensa mayoría de los hombres, y el amor es otra cosa.

Para que exista una relación que merezca llamarse personal con el Dios ausente, no es suficiente tener fe y confianza; hace falta imaginación, aunque esté inmediatamente desmentida por la evidencia de que Dios no puede ser como lo imaginamos; sin ella, la personalización es ilusoria. La noción de Padre es analógicamente una posibilidad, porque nos remite a una de las más poderosas y evidentes relaciones personales vividas.

Lo decisivo, sin embargo, en el marco del cristianismo es Cristo, hombre en quien transparece la condición divina, y que es la justificación interna del antropomorfismo inevitable en toda idea de Dios. En el cristianismo no es un error, sino el camino efectivamente practicable.

Repárese, por último, en que la imaginación sigue siendo condición inexcusable. Incluso los que vieron a Cristo, hasta los discípulos que largamente convivieron con él, tenían que imaginarlo, y no siempre lo hacían, como Jesús recuerda, por ejemplo, a Felipe. Pero los demás hombres tenemos que imaginar a Dios, no solo en Cristo y a través de él, sino a Cristo mismo, a quien no vemos. Hacen falta todos los recursos de la persona puestos en juego para mitigar la máxima ausencia y establecer la suma relación personal.

## VIII

### *Los amigos*

El volumen mayor del mundo personal, al menos en las sociedades occidentales de nuestra época, está constituido por los amigos en sentido lato. Los vínculos familiares son muy restringidos en nuestro tiempo; si se dilatan mucho, como ha ocurrido y puede suceder excepcionalmente, las relaciones dejan de ser personales. Con mayor motivo, las amorosas son extremadamente infrecuentes o carecen de carácter personal. La amistad, en cambio, ocupa un espacio abierto, en principio ilimitado, afecta a todas las edades y admite, incluso en principio exige, el encuentro real de las personas. Si no en cuanto a la intensidad, le corresponde el primer puesto en extensión dentro del mapa buscado.

#### *Conocidos y amigos*

La palabra amigo, como tantas cosas, ha experimentado cierta inflación y la consiguiente devaluación.

ción. Hasta hace poco tiempo, el uso lingüístico y social distinguía bien entre «conocidos» y «amigos». La primera de estas palabras apenas se usa, y todos quedan englobados en la segunda. El «conocido» era la persona de la que se sabe quién es, algunos detalles de su vida, con quien se habla en ocasiones, a quien se trata eventualmente, pero nada más. Es decir, no existía cercanía, ni contacto personal, ni lazos de afecto, salvo una vaga simpatía, que ni siquiera era necesaria ni segura.

Cuando esta existía, creaba una disposición para una posible amistad, acaso un deseo de ella, que sobrevinía si había una aproximación mayor y circunstancias favorables. Entonces, el mero conocido ingresaba en el círculo más estrecho de la amistad y se producía un cambio de cualidad en la relación.

Las personas «sociables» suelen tener bastantes «amigos» en el sentido actual de esta palabra. Las insociables o solitarias por situación tienen muy pocos. Pero si se toma el concepto en serio, si se pregunta por los verdaderos amigos, su número se reduce mucho, aun en situaciones favorables. Es decir, son pocos los que llegan a la intimidad, al contacto verdaderamente personal, de quién a quién.

Los vecinos, los clientes, los compañeros de trabajo, el médico y el paciente que tienen una relación que va más allá del reconocimiento y el diagnóstico, el profesor y los alumnos, son en el mejor caso amigos *tangenciales*, cuyas vidas se tocan por algún punto pero en conjunto permanecen aisladas y quizá indiferentes. Si queremos seguir la imagen, podemos hablar de amigos *secantes*, cuyas vidas tienen punto de intersección, lo cual puede dejar una huella; sobre todo, esta relación determina en ellas

*zonas* comunes, que pueden ser estables, o al menos duraderas, y que son una forma más real de amistad; pero lo decisivo es que no afectan a los *centros*, es decir, a los núcleos personales. Estas formas quedan en rigor fuera del mapa que nos interesa —a lo sumo, serían sus «islas adyacentes».

### *Simpatía y antipatía*

El suelo sobre el que suele fundarse la amistad real es la simpatía, así como la mayor dificultad nace de la antipatía. El racionalismo —que corre riesgo de no ser muy racional— tiende a desvalorar estos conceptos, que juzga superficiales y de poca entidad. Lejos de ello, suelen radicar en los estratos profundos de la persona, y es aconsejable tomarlos en serio. Simpatía y antipatía se basan en una aprehensión global de una persona, más allá de los detalles, los datos, incluso las cualidades que se pueden enumerar y analizar.

Por supuesto pueden no ser definitivas, se pueden revisar y rectificar; la simpatía puede parecer mero efecto de ciertos gestos, del atractivo físico, de las formas sociales, sin más alcance; a la inversa, la antipatía puede responder a timidez, a una situación de inferioridad, a un estado de ánimo deprimido o contrariado. Pero en conjunto esas impresiones primarias y generales tienen gran valor y casi siempre se justifican a la larga. Cuando se establece una amistad personal *a pesar de la antipatía*, es probable que no tenga demasiado porvenir o tropiece con dificultades que pueden cruzar la vida entera. Las que se fundan en simpatía podrán tener incon-

venientes, crisis, decepciones, pero vuelven a reverdecir y tienen un núcleo inmarcesible.

La razón de ello es que la simpatía y la antipatía son normalmente relativas, quiero decir recíprocas, entre dos personas concretas; cuando decimos de alguien que es «simpático» o «antipático», queremos decir que muestra esa faceta o vertiente a muchas personas, porque su contextura personal tiene rasgos que encajan o dejan de encajar con *cada una* de muchas personas.

Cuando alguien *me* es simpático, descubro una configuración que permite una aproximación a la mía y puede llegar al encuentro efectivo. Existe la posibilidad de que esta situación sea unilateral, pero lo más probable es que la simpatía o la antipatía sean mutuas. Cuando parece otra cosa, si se mira bien se encuentra que uno de ellos, por cualquier razón, ha «negado» lo que experimentaba, no ha reconocido la verdadera situación, y al hacerlo ha fundado la amistad sobre un terreno falso y move-dizo.

La forma extrema de lo negativo puede afectar a lo personal. Hay formas abstractas y genéricas de hostilidad, hasta de odio, fundado en las opiniones políticas, en los intereses, en cualquier forma de fanatismo; pero hay otras concretas, estrictamente individuales, y que se dirigen a la persona misma. La envidia es acaso la más frecuente y peligrosa, y puede brotar «dentro» de la amistad y sin destruirla enteramente.

Está minada, roída por la envidia, pero subsiste; puede haber admiración, afecto, gusto por la compañía, pero a la vez hay algo que *no se le perdona* al amigo, y es precisamente que sea quien es. Esto es lo que da gravedad a la situación, porque es algo así



como una corrupción del verdadero núcleo de la amistad, que es la adhesión a la persona del amigo, la complacencia en ella, la alegría de que exista.

Se puede llegar al odio, que cuando es absolutamente personal tiene extraño parentesco con la amistad, es una especie de parásito suyo. Por eso se habla, un poco en broma, de algo que en modo alguno lo es: «enemigos íntimos». Hay personas a quienes otra, tal vez próxima y ligada por fuertes vínculos, «les quita el sueño».

### *Injertos*

Los cambios de cualidad pueden darse dentro del mismo tipo o especie de relación, por ejemplo de la amistad. Una amistad relativamente lejana, tangencial, en ciertas ocasiones se transforma en personal. No es probable que este cambio proceda solamente de una mayor proximidad o frecuencia; más bien al contrario: estas se producen porque se ha operado el cambio de cualidad. Lo normal es que se trate de un descubrimiento: la persona muestra alguna dimensión o faceta en que no habíamos reparado y que tiene una conexión desconocida con nuestra propia contextura, o bien con nuestros proyectos más auténticos.

Al decir descubrimiento no me refiero solo al que puede ejecutar, por mirar mejor o con mayor atención, el amigo, sino que puede ser para el sujeto mismo: algo nuevo ha germinado, o ha sido aceptado y reconocido, o la desaparición de algún obstáculo ha permitido la liberación de posibilidades que ni siquiera conocía el interesado, y que son percibidas, vividas, estimadas por la otra persona.

Lo más probable es que esta última tenga parte activa —lo cual no quiere decir voluntaria— en esa transformación. El papel de catalizador o despertador de esas posibilidades es frecuente. Cada persona estimula en las demás unas cosas u otras, lo bueno o lo malo, lo profundo o lo frívolo, lo verdadero o lo falso; y recibe las facetas o dimensiones que ha favorecido. A esta función llamo *injerto*, porque introduce en otros algo propio, pero siguen siendo lo que eran, modificado.

Si ese influjo es benéfico, sobre todo en el sentido de estimular y reforzar lo que el otro auténticamente es, se puede decir que es liberador; si se ejerce en sentido contrario, si aparta de sí mismo al que lo recibe, es el ejemplo máximo de corrupción. El Diablo es el gran corruptor, que nos tienta a no ser quienes somos.

Otra forma distinta de injerto amistoso es la que se realiza sobre otro tipo de relación, por ejemplo la familiar o de parentesco. Normalmente, los parientes no son amigos: no se los elige, no proceden de una predilección mayor o menor, se los encuentra, unidos por vínculos de sangre o en otro caso por matrimonio. Incluso entre hijos y padres no es seguro que exista amistad en sentido riguroso; pero pienso sobre todo en la familia más lejana, en los parientes.

No soy demasiado sensible al vínculo familiar fuera de sus límites inmediatos; he dicho a veces, un poco en broma, que tener un bisabuelo común con otra persona me deja frío. Pero puede suceder que a una relación meramente familiar le sobrevenga un injerto amistoso, y sobre la habitualidad y cercanía convencional, que se da por supuesta y a veces se vive como enojosa, se añade una proximi-

dad rigurosamente personal y de carácter distinto del parentesco; esa persona, que puede no ser de la misma sangre, se convierte en amiga con toda la intensidad posible.

### *Amistades fraccionarias*

Existen amistades que, aun siendo de carácter personal, es decir, que consisten en un contacto de los núcleos más propios de los participantes y alguna convergencia de proyectos, son parciales en el sentido de dejar fuera grandes porciones de la vida. Dos son las formas principales en que esto sucede: una afecta al tiempo; la otra, a las diferentes dimensiones de la vida.

Se dan amistades que poseen gran autenticidad e intensidad, pero cuya duración es breve. Corresponden a una fase de la vida, por ejemplo la juvenil. Compañeros de estudios, ligados por una amistad muy viva, se separan luego y la amistad decae o se desvanece enteramente. Análogamente sucede con relaciones de trabajo o vecindad que se interrumpen sin dejar demasiada huella. Una forma especialmente interesante es la que se establece entre maestro y discípulo, y que no dura más que el tiempo en que funcionan como tales —en otros casos, la amistad puede ser perdurable y mantenerse viva durante decenios.

Un fenómeno interesante es el de las personas que viven muchos años en una ciudad y luego se trasladan a otra o, más aún, a otro país. Es frecuente que las antiguas amistades queden «canceladas» o reducidas a un residuo, y se vayan contrayendo otras nuevas en el lugar de residencia. Es posible

que estas nazcan afectadas por un curioso «pesimismo», causado por la experiencia de la caducidad de las anteriores.

La otra forma de amistades parciales o fraccionadas no es temporal, sino que corresponde a la diversidad de trayectorias vitales. Pueden ser muy reales y vivaces, pero restringidas a una faceta en que las dos personas convergen. Una afición profunda, la coincidencia en una profesión ejercida poniendo en ella lo personal, una afinidad ideológica o religiosa sentida con entusiasmo, pueden llevar a una amistad que liga fuertemente a dos personas, pero solamente en ese aspecto, sin que entre en ella el resto de sus vidas. Este tipo de amistades permite con facilidad su ampliación a más de dos personas, con el resultado de la constitución de grupos de amigos que convergen en una trayectoria, mientras todas las demás permanecen separadas, sin contacto y posiblemente divergentes.

En las primeras que he considerado es esencial la edad; sobre todo, hay un tipo de amistades esencialmente juveniles, ligadas a esa fase de la vida y que solo excepcionalmente sobreviven a ella. Las del segundo grupo dependen más bien de la contextura de la personalidad. Si la cohesión entre las diversas trayectorias no es muy fuerte, es probable la disposición a esas amistades fraccionarias; si la persona es enérgicamente unitaria, no se contenta fácilmente con relaciones en que no interviene su integridad, porque le parecen abstractas y en alguna medida irreales. El grado de sistematismo *de la vida* es decisivo; y subrayo esta expresión porque precisamente los que pretenden ser sistemáticos y viven «por principios» y no en espontaneidad son los más aptos a llevar una vida escindida en secciones relativamente independientes.

Si se descartan las formas deficientes de amistad, por fugacidad, parcialidad o tibieza en varios sentidos, se ve fácilmente que las amistades saturadas, plenas, intensas, no son muy frecuentes. Hay una gran diversidad entre las personas en cuanto a su disposición para la amistad; las hay bien dotadas, capaces de apertura y efusión, consistentes y fieles; en el otro extremo están las que tienen dificultad para adquirir y conservar amigos, hasta el punto de que pueden no tener esa experiencia en ningún momento de sus vidas.

La amistad estrictamente personal significa el encuentro de dos personas como tales, en su condición única, no intercambiable, proyectiva, capaz de imaginación y apertura. Esta amistad es intrínsecamente duradera; se dirá que puede terminar pronto, por cualquier azar, y entre ellos nada menos que la muerte de uno de los partícipes; pero, por el carácter futurizo que pertenece a la amistad, esta tiene vocación de permanencia, y su interrupción es una violencia accidental. Y hay que añadir lo que antes dije sobre el puesto de los muertos en nuestra vida, decisivo en el ámbito de la amistad.

Esta forma plena de relación hace posible el extraño fenómeno de la compañía. Entre la gente se pierde la soledad, pero no se consigue la compañía —es lo que individualmente produce, según aquella afortunada fórmula, el «latoso»—. El amigo, por el contrario, nos permite gozar de la compañía sin destruir nuestra soledad. Con el amigo se «está» verdaderamente, en presencia y comunicación, tal vez en silencio, mientras fluye la vida «solitaria» de cada uno. Por eso la amistad tiene una posibilidad

*de remanso* en que la vida se aquieta y sedimenta; por eso es la forma más eficaz y feliz de *descanso activo*.

Si se hacen las cuentas, si se examina con rigor la vida propia, al intentar trazar el mapa que nos ocupa, se advierte, aun en los casos más favorables, la escasez de amistades plenas y saturadas. ¿Cuántas veces, con cuántas personas, se ha hecho la experiencia de participar en otra vida, de entenderse con media palabra o sin palabras, de tener acceso real a las trayectorias de una vida que no es la nuestra?

A lo largo de los años, quedan los recuerdos de algunos momentos en que fue así; pasaron, y en alguna medida, no siempre, quedaron, y son un ingrediente de lo que podríamos llamar la sustancia de nuestra vida. En los casos más favorables, han durado desde que se iniciaron, y perviven incluso en las relaciones cortadas pero no destruidas por la muerte. Hay amigos a quienes no es que se «recuerde», sino que, después de haber vivido, nos acompañan de manera habitual, seguimos contando con ellos en la forma de la ausencia definitiva, como una forma extraña y penosa de convivencia.

La amistad en este sentido riguroso hace posible la expansión de la propia persona. La superación de la soledad, sin anularla, es el milagro que se logra algunas veces. La soledad es tan necesaria como terrible. *Vae soli!*, ¡ay del que está solo!, dice el Eclesiastés. «No es bueno que el hombre esté solo», decía ya el Génesis. Entre las más admirables posibilidades humanas se encuentra la superación de las contradicciones, el ir más allá de condiciones opuestas de la vida.

Estas amistades permiten la realización de lo que

parece una imposibilidad: la interpenetración de dos vidas, sin que se altere su unicidad; es la forma en que verdaderamente acontece algo esencial en esa realidad que es la vida humana: la comunicabilidad de las circunstancias.

El entender la amistad exclusivamente en los niveles social o psíquico, sin ver su significación rigurosamente personal, impide comprender su verdadero alcance y la reduce a algo trivial y de escasa consecuencia. Por el contrario, si se ve el contenido de la amistad que afecta al núcleo de las personas, se descubre que responde a una posibilidad antropológica no bien estudiada. Lo decisivo es que se trata de una realidad distinta de todas las demás, la que llamamos *quién* y corresponde a los pronombres personales. Las demás relaciones pertenecen al área de los recursos con que se hace la vida humana, incluidos, por supuesto, los «humanos», es decir, los psicofísicos.

La amistad *personal* significa una *metábasis eis állo génos*, un paso a otro género; se dirá que en eso coincide con la relación profunda con el niño, sobre todo con el hijo, en que se toca el fondo de quien cada uno es; efectivamente, pero en la amistad hay una diferencia: los dos «quienes», por ser adultos, son rigurosamente actuales, y además hay un ingrediente de elección, nacido de una afinidad, simpatía o preferencia. La amistad es *libre*, aunque le pertenezca un elemento de forzosidad: dos personas tienen que ser amigas, pero pueden no serlo si no quieren; el precio que se paga es el de la inautenticidad, la renuncia a una de las formas de la vocación, siempre propuesta, nunca impuesta, a la cual se puede ser o no fiel.

Lo que acabo de escribir es válido para la relación entre personas del mismo sexo o de los dos. Las más frecuentes a lo largo de la historia, y las más estudiadas, han sido las amistades entre personas del mismo sexo, y sobre todo entre hombres. La amistad intersexual —o, mejor, intersexuada— no ha sido muy fácil ni frecuente, salvo en condiciones sociales minoritarias e improbables. Sin embargo, desde mi primera juventud he tenido la experiencia de amistad con mujeres, y siempre he creído que son las más importantes, la forma suprema en que la amistad se realiza. «Nuestros mejores amigos son nuestras amigas», escribí hace más de cuarenta años, y no he cesado de confirmarlo.

Sobre la amistad entre hombre y mujer he escrito muy largamente, sobre todo en *La mujer en el siglo XX*, *La mujer y su sombra*, *La felicidad humana*, *La educación sentimental*. No voy a repetir lo ya dicho. Baste con añadir lo que en la perspectiva de este libro es necesario: las diferencias estrictamente personales que agrega la condición femenina a la realidad de la amistad.

La mujer para el hombre —se puede ensayar la postura inversa— significa una apelación inmediata a lo personal; ante la mujer vivida como tal el hombre reacciona de una manera global o conjunta, no en una dirección particular y abstracta; percibe la diferencia polar, la referencia mutua de dos maneras de ser persona. El hecho de que de manera inmediata se advierta el atractivo —o su ausencia— implica una movilización de la propia realidad total. Se dirá que no precisamente personal, y así es, ya que la atención a lo sexual predomina muchas ve-



ces y oscurece el resto; pero en ello va incluida la persona, lo que no pasa con los comportamientos abstractos o utilitarios, tan frecuentes entre hombres o entre mujeres.

El elemento de ilusión, existente en toda relación personal, es esencial en la sexuada, y funciona como una potencia de personalización. Por esto, si el atractivo y la ilusión no se confirman en el trato o por cualquier motivo se desvanecen, desaparece también la falsa personalidad que por un momento se había creído ver. Esto hace que sea más fácil la decepción en estas amistades que en las masculinas, pero al mismo tiempo hace improbable que perduren en hueco y sin veracidad.

En las formas auténticas y logradas de amistad intersexuada se potencian los rasgos característicos de la personal en su forma genérica. La comprensión mutua es mucho mayor, la apertura y receptividad aumentan, la compañía se eleva al más alto grado posible. Sobre todo, la recíproca proyección argumental llega al máximo, porque se superpone a la que ya significa la disyunción polar entre dos formas de vida que *consisten* en mutua referencia. Lo que la amistad hace es dar condición rigurosamente personal a lo que ya sucede en niveles inferiores. Hay además en esta amistad un rasgo interesante: la «suficiencia», el hecho de que no necesita otra justificación que la mutua presencia, sin que sea necesario «hacer» nada; ella misma es su proyecto.

Por estos rasgos que he mencionado brevemente, la presencia es más deseada y más necesaria que en ningún otro tipo de amistad. En cuanto a la duración o permanencia, el atractivo, una vez percibido y vivido, perdura a lo largo de muchos años, aun-

que sea en una curiosa forma «retrospectiva»: se lo sigue viendo en la amiga, interpretada a esa luz, diríamos con esa clave, cuando los demás ya no lo descubren.

## IX

### *El núcleo personal de las experiencias*

#### *Experiencias radicales*

Desde sus remotos orígenes griegos, sobre todo aristotélicos, la noción de experiencia ha tenido una larga historia, no siempre afortunada. El haber sido utilizada, y con gran éxito, por la ciencia natural moderna ha sido en parte causa de una desviación que la ha lanzado en una dirección poco fecunda. El llamado «empirismo», desde comienzos del siglo XVII hasta al nuestro, ha sido responsable, porque ha concentrado esa idea en la referente a las cosas; o, lo que es peor, cuando no se ha tratado de ellas las ha asimilado a su forma de realidad. Hay algunas excepciones, como el «empirismo» de la psicología de Brentano o el de Dilthey, y lo que William James llamó *radical empiricism*, más prometedoras, pero tampoco suficientes.

Un sentido más rico y más cercano a lo que aquí nos interesa es el que tiene en la expresión *experiencia de la vida*, sobre la cual he escrito en otras ocasiones. En *Razón de la filosofía* he hablado de algo que

no es lo mismo, pero que tiene bastante alcance: las «experiencias radicales», que no se insertan simplemente en la estructura de la vida, como contenido de ella, sino que la determinan y afectan a su raíz —por eso son radicales.

Entre ellas, he distinguido las *constitutivas*, que condicionan, al menos dentro de amplios círculos, la configuración vital, de las *eventuales*, que no son necesarias y por tanto carecen de toda universalidad, aun restringida, pero modifican decisivamente las vidas afectadas por ellas.

Atribuyo tal alcance a estas experiencias, que veo en ellas, cuando se trata, no de cosas, sino de algo tan absolutamente distinto de ellas como es la vida humana, el verdadero *principio de individuación*, lo que hace que una vida sea esta y no otra. En el contexto de este libro, sin embargo, se puede dar un paso más.

Estas experiencias afectan a la persona que las vive, proceden primariamente de otras personas, del mundo «humano», pero pueden ser, y en su mayoría son, de carácter social o meramente psíquico, y no pertenecer a ese reducto parcial que es lo estrictamente personal. Las experiencias entran en la vida de los individuos de un modo inercial, muchas veces azaroso; en todo caso, se entrecruzan con los acontecimientos cotidianos, con las acciones realizadas por el sujeto, sin distinción clara; no es evidente en principio la radicalidad de las experiencias que resultarán después tenerla; sobre todo, la máxima parte de los contenidos de la vida aparecen recubiertos por las *interpretaciones* recibidas, de origen social, que en principio son tomadas como la realidad misma.

Mientras esto es así, las experiencias, sea cual-

quiera su importancia y su alcance, aunque afectan a la vida en su sentido propio, biográfico, no meramente biológico, no llegan a lo rigurosamente personal. La paternidad o maternidad, el nivel biográfico de la pubertad, el descubrimiento de la condición sexuada, el de la muerte ajena y, con ello, de la mortalidad que se extiende a la propia, todo eso, que sin duda es personal, con gran frecuencia es vivido sin darse cuenta de que lo es, a reserva de que deje su huella en la persona, que alguna vez lo descubrirá.

Hay ocasiones, sin embargo, en que no es así. La misma experiencia, cuando se produce, va acompañada de la impresión de que afecta al *quién* que es cada uno: algo estrictamente individual, no solo en el sentido de ser «propio», sino de que es a *mí* a quien acontece la experiencia, de tal manera que desde entonces, y a causa de ella, *soy otro*.

Esto es lo decisivo: a raíz de esa experiencia me siento modificado en mi realidad; no es simplemente que «me ha pasado» algo, sino que *ha quedado en mí*, como algo que me constituye, que está desde ahora incorporado a mi persona, y va a condicionar el resto de lo que iré viviendo.

No hace falta que esto tenga un carácter espectacular o particularmente dramático. Tales experiencias pueden deslizarse en la trama de la vida cotidiana y ser incorporadas a ella. Por ejemplo, la de tener un hijo. Puede tomarse con naturalidad y sin más complicaciones; pero si ello es vivido como «ser padre» o «ser madre», adquiere una condición personal ajena a toda rutina o trivialidad. Lo mismo podríamos decir de encontrarse intrínsecamente referido al otro sexo, descubrir que se *consiste* en eso, o hallar en los demás y en uno mismo la condición

mortal, que va a afectar a la manera de verlos y de verse a sí mismo, de proyectar, etc.

### *El origen humano de las experiencias*

La mayoría de las experiencias radicales —constitutivas o eventuales, quizá más aún estas últimas— proceden de otras personas, del trato con ellas, de su encuentro o descubrimiento, de su aparición como tales realidades, en el caso del hijo. Cuando son vividas desde la propia persona como tal, con la evidencia de ser modificada o transformada por ellas, las personas que son su origen aparecen con esa condición, como *quiénes* irreductibles, con plena unicidad, no intercambiables. Surgen, pues, en la vida como personas inconfundibles, con las cuales se está en relación absolutamente personal.

Esto hace que ingresen desde luego en el *mundo personal* que estamos indagando, y que se compone indiscutible y primariamente por los hombres y mujeres de quienes proceden las experiencias radicales. Y dije antes que acaso más explícita y enérgicamente las eventuales, porque la universalidad que corresponde a las constitutivas puede oscurecer en alguna medida su carácter único, y ser vistas como elementos de la condición humana. Así se puede tomar en algunos casos el tener un hijo o saber que se ha de morir, pero no el enamorarse o tener que enfrentarse con una situación angustiosa y que lo pone a uno a prueba, como la guerra o la prisión.

Las experiencias se van escalonando a lo largo de la vida. La primera de ellas es el encontrarse con los padres —o al menos con la madre—, al comienzo mismo, antes de sentirse como «yo». Las sucesi-

vas experiencias se alojan, si vale la expresión, en una vida que va tomando forma, consistencia y conciencia de sí misma, a distintos niveles, y las personas que las originan se van incorporando con distintos puestos, determinados, entre otros factores, por las experiencias anteriores.

Esto va dando un carácter temporal y biográfico al mundo personal, desde el nacimiento hasta la muerte. Y puede uno preguntarse por la «densidad de población» de ese mundo, por la frecuencia de los ingresos en él —y las salidas, por muerte o por decepción o ruptura del vínculo personal.

Es notorio que el mayor número de personas que entran en el mundo personal corresponde a la niñez y la juventud. La madurez suele imponer un enrarecimiento, tanto por la «corteza» de que el hombre o la mujer maduros suelen rodearse para disminuir su vulnerabilidad como por la retracción a una situación que se considera estable y suficiente. En la vejez lo más frecuente es que apenas ingrese nadie en el mundo personal, por pérdida de elasticidad vital, sensibilidad y capacidad de proyección; pero no es forzoso que sea así, y el mundo personal puede dilatarse mientras dura la vida.

### *Las acciones personales*

Hay acciones que, aun siendo indudablemente humanas, brotan de la periferia de nuestra realidad. Otras, por el contrario, emanan del fondo de la persona. Son las que reconocemos como verdaderamente *nuestras*, las que dan nuestra medida, las que permiten palpar nuestros límites, posibilidades, de-

ficiencias, amenazas, tentaciones; en suma, saber a qué atenernos respecto a nosotros mismos.

Frente a la creencia, tan difundida, de que los hombres tienen una alta idea de sí mismos, exagerada y en gran parte falsa, siempre he tenido la impresión de que se conocen bastante bien, y si tratan de dar una imagen más favorable a los demás, es sobre todo con la esperanza de que lleguen a convencerlos de ella.

Se considera patética la situación del que, siendo muy poca cosa y con valores muy limitados, cree que es una maravilla de enorme importancia; pienso que es más aún la del que está persuadido de su mínima realidad pero arrastra la imagen de un personaje eminente y extraordinario.

Esas acciones que emanan del centro de la persona, del «fondo insobornable» de que hablaba Ortega, que precisamente por eso no admite engaño, son aquellas en que más propiamente somos quienes somos; a condición de quitar a esta expresión «somos» todo sentido fijo y determinista, que chocaría con la libertad en que la vida humana consiste, de manera que no se la puede dar nunca por vista y conclusa.

Lo que me interesa aquí es que las experiencias radicales son las que nos ponen frente a nuestra última realidad, y a la vez ante la de las personas que las originan y con las cuales entramos en una relación verdaderamente íntima, que es el contenido más próximo y dramático del mundo personal.

Hay algunos aspectos en que el hombre toma posesión de sí mismo y descubre quién verdaderamente es. Entiéndase bien, quién pretende ser, quién aspira a ser, y a última hora quién decide ser. El valor o la cobardía son dimensiones decisivas, en



las cuales en algunas épocas se prefiere no pensar. La multitud de sus formas no hace fácil ver claramente en qué consisten, y eso ayuda a una confusión que muchas veces es voluntaria. Para los demás podrá ser difícil juzgar de ello, pero es muy improbable que el hombre —o la mujer en otra forma y con diferentes contenidos— se engañe respecto a sí mismo.

Hace falta valor —en diversas formas y contenidos— para enfrentarse con las experiencias de que hablo, desde la paternidad hasta el amor o el riesgo de la vida, y cada uno ha mostrado su nivel en las ocasiones correspondientes; y, sobre todo, sabe a qué está dispuesto en el porvenir, ante las situaciones en que puede encontrarse. Y sus relaciones están cualificadas por el balance tácito que hace de la decisión —sin duda abierta— que haría en cada caso.

Tiene alguna relación con esto el sentido de la responsabilidad. Se sabe sin lugar a duda que se es responsable de los propios actos u omisiones —esa noción tan difundida de que «todos somos responsables de todo» es una argucia falaz para desentenderse de las responsabilidades propias e ineludibles—. Cada uno tiene a su espalda la experiencia de las responsabilidades que ha asumido o eludido, y esto lo ha puesto en una posición determinada respecto a las personas implicadas en ello. Y un aspecto particularmente grave es el que no se refiere a lo inmediatamente individual, sino a la responsabilidad respecto al propio país, por ejemplo, o a la responsabilidad intelectual, a la capacidad y disposición a decir lo que se considera verdadero, sean cualesquiera las consecuencias. Hay personas cuyas experiencias pasadas gravitan sobre ellas y les dan

desconfianza respecto a su realidad futura. Como el personaje de Unamuno, murmuran en voz baja y procurando que no se entere nadie: «Caíste y volverás a caer.»

No se puede pasar por alto la existencia del odio, condición de tantas acciones; y cuando es concreto y no abstracto, automático, tiene carácter personal. Se puede sentir como una tentación —siempre evitable—; se puede consentir a él, complacerse en él, solidarizarse con él. La envidia, de la que ya hablé antes, es una de las formas más frecuentes, y más personales, del odio, y puede coexistir con la amistad y el afecto, por la estructura compleja y de bulto, con espesor y recovecos, de la vida humana y sobre todo de su entraña personal.

Frente a esto, hay la posibilidad capital de la misericordia, que puede ver con absoluta claridad las limitaciones, los errores, las maldades del otro, pero distingue de todo eso a la persona misma, al *quién*, que no se agota en sus conductas, que está por debajo de ellas y siempre en posibilidad de rectificación. El perdón personal, que nace de la persona, no de juicios, opiniones o razonamientos, y se dirige a la otra persona en su mismidad siempre salvable, nunca «dada», inconclusa hasta la muerte, es una de las posibilidades más radicales de la relación personal, una de las vías que hacen posible la circulación biográfica por ese mundo.

Una de sus determinaciones principales es la estimación o desestimación que se siente por las personas. Por ellas, no tanto por sus cualidades o sus actos. Hay personas cuya conducta es irreprochable, casi perfecta, porque se someten a normas y principios, y sin embargo tenemos la impresión de que no son buenas. Otras, por el contrario, cuya

conducta deja mucho que desear, nos parecen «buenas personas» —la expresión usual española es certera.

La estimación o su opuesto pueden referirse a muy diversas dimensiones: la sinceridad, la veracidad, la posibilidad de confianza, la lealtad, la verdadera inteligencia, la afectividad real. Pero sería un error creer que la estimación versa definitivamente sobre las cualidades. Cuando se ha llegado a ese contacto de persona a persona, se descubre la fuente de la que brotan las posibilidades, facultades o limitaciones. Y la estimación afecta a ese núcleo; se puede tener la más alta por personas en nada extraordinarias, decididamente modestas. En el trato con ellas se toca fondo, se hace pie en lo más propiamente humano, se descubre, tal vez en la mediocridad, el más alto valor.

Finalmente, no se pierda de vista que lo que decimos de los otros se aplica sobre todo a nosotros mismos. Al tomar nuestra medida, al hacer balance de lo que hemos hecho y podemos hacer, sentimos un grado mayor o menor de estimación; si somos discretos y medianamente inteligentes, nunca será muy alto, porque las deficiencias, ignorancias, tentaciones y flaquezas, aun en los ejemplares más admirables de la especie humana, son considerables.

Lo decisivo y que no se puede olvidar es que nuestra realidad, mientras vivimos, no está cerrada, sino siempre abierta a la proyección, la rectificación, el comienzo de nuevas trayectorias. Hay una posibilidad humana esencial, que es el arrepentimiento. Se lo suele entender en sentido religioso, y por supuesto es de suma importancia; pero hay un sustrato inmediato, natural, en el hombre, sobre el cual puede superponerse lo religioso. El hombre

puede volverse sobre su pasado —entiéndase bien, que llega hasta el presente, sobre todo lo que en él es real—, y decirle «no». Está en su mano, no desentenderse de ello, sino tomarlo en peso, y total o parcialmente rechazarlo, negarlo, iniciar otra trayectoria que envuelve una radical rectificación.

También es posible que al volverse a mirar su realidad, después de ver sus limitaciones, errores, defectos y pecados, el hombre la vea como propia y se solidarice con ella. No quiere esto decir que la apruebe, sino que la considera *suya*, y acaso comprende que los elementos negativos formaban parte del conjunto sistemático que hace inteligible su vida.

# X

## *El amor personal*

Lo que suele llamarse «amor» en estos años finales del siglo XX está a tal distancia de lo que me interesa en este libro, que hay que evitar el equívoco. He señalado alguna vez que las enciclopedias actuales casi nunca tienen un artículo sobre este concepto, que parece indigno o imposible de ser tratado. Hay que agregar que la palabra «amor» se usa, en parte por inercia, por el peso de una tradición milenaria, pero con gran frecuencia es sustituida por otras, sobre todo «sexo». Este concepto ni siquiera es propio de la vida humana, sino que se extiende a la animal y aun a la vegetal. Los que tratan de ello rara vez llegan a esta última, pero se concentran en la animal —no en vano la mayoría de los «sexólogos» son zoólogos—. Será menester, por tanto, una previa delimitación de nuestro asunto, que en otras épocas no hubiera sido necesaria.

El hecho de la atracción sexual entre hombres y mujeres es tan elemental —y por ello tan importante—, que es lo que parece reclamar la atención del que piensa sobre tales asuntos. Desde cierto momento de la vida hasta otro muy lejano —si es que este último existe—, el hombre y la mujer sienten atracción mutua, en muy diversos grados, y que tiende a individualizarse.

Es decir, se concentra y hace más intensa sobre una configuración que despierta la sensualidad y hace que se concrete en forma de deseo. Habría que preguntar: Deseo ¿de qué? Pero esta pregunta, de no fácil respuesta, casi siempre se omite; se da por supuesto que ya se sabe, con lo cual se lleva a cabo una primera y enorme simplificación.

Ese vago —y, si se mira bien, múltiple— deseo que hombre y mujer experimentan, de dos formas muy distintas —lo que también se suele olvidar—, es inmediatamente *interpretado* por la sociedad: conversaciones, lecturas, espectáculos, etc. Lo cual nos lleva la conclusión de que ese impulso «primario» no es primario, sino muy principalmente social.

En lo que tiene de espontáneo y más real, muestra una variedad considerable. ¿Qué despierta e individualiza ese deseo? Depende de cada uno, de su contextura psicofísica, de sus experiencias vitales, de la que tenga, por su familia, ante todo de sus padres, de la relación entre hombre y mujer. No menos de la época, de las vigencias sociales, de los «modelos» que presenta, por ejemplo, el cine, de las modas. Tal vez los andares, para los cuales ha sido sensible el varón durante largo tiempo, y hoy desatendidos, o las piernas, que hicieron su aparición

hace unos setenta años, o el busto, o la nuca, o la cabellera, o la boca. Me es más difícil llegar a alguna precisión desde la perspectiva de la mujer.

Todo eso es «impersonal», pero da la casualidad de que está adscrito a una persona, sostenido por ella, lo cual introduce un elemento personal en lo que todavía no lo es. La atracción sexual es respecto del amor lo que Ortega expresó con una metáfora, y por tanto con insuperable concisión y precisión a la vez: como *el viento en las velas*. Ahí empieza y termina la historia.

Esa interpretación que el hombre y la mujer muy jóvenes reciben de la sociedad en su conjunto es una de las grandes condiciones históricas de la vida. Probablemente nuestra época ha llegado a uno de los niveles más bajos durante siglos. La insistencia zoológica en el «sexo», el predominio del lenguaje más rebajador, confinado a ínfimos registros, para nombrar todo este grupo de cuestiones, la pedantería de las interpretaciones «científicas», fisiológicas, psicológicas, psiquiátricas, que disuelven en «mecanismos» todo contenido vital, todo ello hace que nuestros contemporáneos, principalmente los jóvenes, se encuentran con un repertorio de interpretaciones prefabricadas que en gran medida condicionan las suyas propias y su conducta misma.

Hemos visto —es el núcleo de este estudio— que no todo lo humano es personal, pero todos los humanos son personas; incluso cuando se hace un esfuerzo por eliminar esto, se desliza de alguna manera. La más impersonal y mecánica tendencia o relación sexual tiene lo que podríamos llamar su «punto de aplicación» en *alguien*, que es persona. Es improbable que no intervenga la caricia, personalización del cuerpo; a poco de humanidad que haya

sobrevivido a las interpretaciones, el afecto, la simpatía, la benevolencia, la admiración de la belleza, la ternura, hacen su aparición, aunque sea furtivamente y a pesar de las vigencias y de los sexólogos.

No digamos si las personas se comportan normalmente, quiero decir dando cauce libre a su espontaneidad. Hombres y mujeres se ven, se contemplan, se saludan, hablan —algo estrictamente humano—, se toman cariño, disputan, se reconcilian, se echan de menos, creen que se aman —y puede ser verdad—, a veces se casan, tienen hijos, forman una familia. Entramos ya en un terreno que va más allá de la biología, que no se puede entender sin tener en cuenta la condición humana.

Todo esto «tiene que ver» con el amor, pero todavía no lo es estrictamente. Por lo menos, no llega a la zona de realidad en que puede acontecer el amor estrictamente *personal*.

### *La adivinación de la persona*

Creo que el origen del amor, lo que hace que las actitudes de orientación hacia el otro sexo adquieran un carácter amoroso, es la adivinación de que la realidad sobre la que se dirigen es una persona. La impresión de «unicidad» que el amor lleva consigo, aun los más fugaces y destinados a ser uno de tantos, se debe a que en su vivencia va incluida la condición personal que es constitutivamente única e irreemplazable. Que la experiencia desmienta luego esto probará el error o la falsedad de ese supuesto amor, pero en la medida en que se anuncia como tal, brota y empieza a realizarse, no solo incluye lo personal, sino que es su verdadero estímulo.



El hombre, ante una mujer concreta —o la mujer en presencia de un hombre— adivina o entrevé a una persona que se le presenta como tal. La concentración de la atención no es un efecto meramente mecánico —puede serlo, ciertamente, la atracción que despierta o provoca el deseo—; es el resultado de que esa mujer, por ejemplo, se desprende del conjunto anónimo de «las demás» y aparece como alguien que no es intercambiable. El que los que empiezan a enamorarse pretendan que el amado o la amada son «únicos», y también su modo de amar, por tópico y recibido que realmente sea, no es mera vanidad o jactancia, sino el descubrimiento de ciertas características del nacimiento del amor.

La persona «entrevista» despierta el apetito de seguir viéndola; la curiosidad, la avidez de aproximación, de trato, son consecuencias del descubrimiento de una realidad *nueva* —la persona en cuanto tal siempre lo es y lo sigue siendo toda la vida— que es huidiza y se escapa.

La forma en que se da esa adivinación es la *promesa*. Esa persona que se anuncia, se muestra de una manera esquiva y se hurta al pleno conocimiento, a la aprehensión, promete algo nuevo, una configuración de vida humana que incita a verla, comprenderla, poseerla. Por eso la relación inicial amorosa tiene un matiz predatorio o venatorio, que en la mujer no es menos real, pero adopta formas diferentes, que consisten principalmente en despertar la iniciativa del hombre, que así descubre su propia realidad y la hace accesible.

Con esto se inicia una empresa que parece en principio interminable, que incluye esta «exigencia», a pesar de que en tantos casos no se cumpla; que en algunos, muy interesantes, esté excluida.

La figura de Don Juan es compleja, más de lo que han supuesto muchos que han tratado de perfilarla. Es, por una parte, el seductor, que conquista fácilmente a muchas mujeres, las abandona y olvida; pero por otra es el rebelde, que desafía a la sociedad, a los padres, maridos, hermanos, a la justicia, al mismo Dios; es el jugador, que se juega su vida terrena y la otra. De Don Juan se enamoran las mujeres; es problemático que se enamore él —en Zorrilla ocurre así, y todo se transforma—; hay en él una incapacidad de quedar prendado de la mujer a quien ha seducido, lo cual produce una consecuencia de decepción o descontento.

Lo que en este contexto me interesa es la fugacidad de los amores de Don Juan, lo que René Clair llamó *les amours sans lendemain*. El elemento de *ilusión* que el amor encierra queda reducido en él a la «conquista». La gran delicia para Don Juan es asistir al proceso en virtud del cual la mujer lo individualiza, lo considera único, se prenda de él, le abre su intimidad, se le entrega. Ahí termina la historia. El Don Juan de Zorrilla, que es el mejor, al partir los días del año por el número de sus conquistas y hallar que corresponden seis días a cada una, escasos, tiene buen cuidado de añadir: «y una hora para olvidarlas».

¿Mala memoria? ¿Atracción imperiosa de la seducción siguiente? Se podría pensar que más que escasez de memoria se trata de pobreza de imaginación. ¿Por qué no sigue Don Juan? ¿Es que deja de interesarle la mujer ya rendida? Ese descubrimiento de la mujer, que lo ha ilusionado en el proceso de enamorarla, no tiene por qué terminar. Se supone

que Don Juan abandona a las mujeres, pero podría pensarse que no sabe retenerlas —es lo que parece ser el caso de los hombres que tiene múltiples «amores»—. Es posible que las aburran, precisamente por falta de imaginación, por incapacidad de imaginarlas, transmigrar a su punto de vista, descubrirles su propia realidad a la vez que les hacen donación de la suya, la del hombre.

Las cosas humanas son, como era de esperar, bastante complejas, y la simplificación impide entenderlas. El rasgo positivo y más humano de Don Juan es la capacidad de sentir el atractivo de diversas mujeres, de entusiasmarse por ellas y dedicarles su atención y sus esfuerzos. Su limitación consiste precisamente en su inconstancia, en contentarse con poco, en no poder retenerlas, quedando a su vez prendado de ellas, prendido en ellas. El viejo aforismo *non multa sed multum* es el reverso de la actitud de Don Juan.

La posibilidad de que se enamore, como sucede en *Don Juan Tenorio* con Doña Inés, es lo que salva esta figura del cambio de condiciones en nuestra época. El elemento de peligro, de desafío, de «jugarse la vida», esencial en la figura tradicional de Don Juan, es precisamente el riesgo de enamorarse, lo cual significa un radical cambio, una «conversión» de la vocación originaria.

### *La corporeidad*

El amor nace normalmente de la presencia, a través de la corporeidad. Lo que cuenta el viejo romance,

Prendóse de Montesinos  
de oídas, que no de vista,

es poco probable, y bastante irreal. Pero hay que precisar un poco lo que se entiende por corporeidad. En la literatura y el cine actuales, parecen condiciones inexcusables el desnudo y el contacto carnal, en todos sentidos. No ha sido así a lo largo de casi toda la historia. El amor ha brotado normalmente a distancia, con dificultades sociales y mucha ropa por medio. Eso se entendía como presencia, y por supuesto como corporeidad.

Pero era visual o auditiva más que táctil, por lo menos en principio. Lo perceptivo era solo un ingrediente; el principal era la imaginación, puesta en marcha, espoleada, incitada por un mínimo de percepción, acaso fugaz. De ahí el papel decisivo de la belleza, pero hay que precisar de qué se trata.

Sobre todo, la del rostro, los ojos, la expresión; también la voz, y no menos la palabra; en el hombre, la apostura, el gesto y la elocuencia. Es notorio el interés y la función amorosa de la corporeidad íntegra, pero no ha solido ser, ni en rigor puede ser lo primario, si se trata de amor. En esas formas de corporeidad y de belleza se anuncia aquello de que son representantes o anuncios, con lo cual se cuenta aunque no sea inmediatamente presente.

El descubrimiento progresivo de la persona que podrá ser amada, que va a ser amada, se realiza en la corporeidad, pero va más allá de ella. Si la persona es *alguien corporal*, es el cuerpo lo que se encuentra, allí donde «reside», si puede hablarse así, el alguien a quien el amor va a dirigirse. Expresión y significación pertenecen al cuerpo humano en la dimensión del amor; en su realización efectiva hay

que añadir la referencia a la persona que ama y puede ser amada. Adviértase que aparecen aquí los rasgos esenciales del lenguaje. La semejanza entre él y el cuerpo en cuanto amado o amante es reveladora. ¿De qué? Del carácter intrínsecamente personal de ambos.

Esto explica que se haya acumulado tanto lirismo, tanta poesía, sobre el cuerpo, especialmente el femenino. Lo cual, paradójicamente, desaparece cuando se reduce el amor a corporeidad. Una simplificación trae la otra, y el cuerpo pasa a ser asunto de anatomía y fisiología, con olvido de lo que he llamado sus funciones «lingüísticas», expresivas y representativas, en suma, personales. Cuando el cuerpo es vivido sobre un supuesto amoroso, sus menores detalles «dicen» algo, son recorridos por la percepción, retenidos en la memoria, interpretados en la imaginación.

La atención exclusiva o primaria a las llamadas «zonas erógenas» es indicio de la inexistencia o volatilización del amor, especialmente interesado por las zonas *eróticas*, que pueden ser mínimamente sensuales pero son intrínsecamente personales.

Lo que se llama «cultura» o «culto» del cuerpo suele ser primitivismo, reducción a lo infrapersonal. Lo más grave y destructor es la alianza de esta actitud con una supuesta visión «científica» de todo ello, porque esto da un prestigio falso a lo que en rigor es una degradación de lo humano.

Imagínese lo que significa la reducción de la corporeidad a «datos», por ejemplo medidas; o, por otra parte, a estadísticas como las que se prodigan ahora, y que son directamente la anulación de la personalidad. Hablé de la caricia a propósito del niño y de la forma normal de tratarlo; entre hombre

y mujer tiene también una función capital, ciertamente distinta, pero con un aspecto común: su carácter personal. La caricia, a diferencia de otras formas de contacto, no es sexual, sino sexuada, no es sensual, sino más bien sensible. Se dirige al cuerpo, pero precisamente en cuanto es de alguien, inconfundiblemente personal. Y es igualmente personal el que acaricia; no es su cuerpo el que lo hace, sino él mismo, la persona que es, desde su instalación corpórea y por medio de ella. Por eso, la caricia recíproca es una de las formas culminantes de relación personal.

Los actos sexuales significan el paso a otro género. Como todo lo humano, pueden tener un sentido —es decir, una realidad— variable. Si son meramente sexuales, vienen «desde fuera» y son impersonales; si proceden de una relación entre personas corporales, son el grado máximo de proximidad que esa corporeidad permite, una forma de presencia que significa la mínima distancia, a la vez que se conserva la esencial distinción entre las dos personas que se proyectan la una hacia la otra.

La actitud, tan frecuente entre las ideas pasivamente recibidas hoy, de que son algo «obvio» y sin importancia, acaso el punto de partida de una relación, elimina de raíz toda posibilidad personal, y probablemente destruye en los que aceptan esa manera de ver las cosas toda una zona, de capital importancia, de su personalidad, y sus consecuencias se extienden a trayectorias que a primera vista nada tienen que ver con ello. Pero es que no puede uno contentarse con una primera vista.

Una de las consecuencias de la condición sexual, del hecho de que la vida humana exista en dos formas, varón y mujer, distinguidas y vinculadas por una disyunción polar que es referencia recíproca, es la tensión o campo magnético de la convivencia, que caracteriza la necesidad que una persona tiene de otra. El hombre y la mujer necesitan al otro para ser lo que son. Y como es la persona en cuanto tal la que experimenta esa necesidad, la condición sexual se mueve en el ámbito de una instalación definida por un temple que es precisamente el amoroso.

Adviértase que todavía no se trata de amor. La relación entre hombre y mujer *como tales* —insisto en ello, no los precipitados sociales y abstractos que pueden sustituirla— se mueve en el «elemento» del amor. En la inmensa mayoría de los casos no hay amor entre ellos, pero es esencial que *podría* haberlo. La vivencia del otro sexo aparece en una instalación dentro de la cual acontece la condición amorosa. Las relaciones reales, en su mayoría, no son amor, pero es porque son *otra cosa*, que incluye la posibilidad no realizada. Es decir, se sigue una de las trayectorias posibles, y a ellas les pertenece la presencia más o menos vaga de las demás que no se han seguido.

Ahora bien, esta situación afecta a la persona y se moviliza desde ella. Si esto no parece evidente es porque, en nuestra época, la multiplicidad de contactos constantes entre hombres y mujeres puede relegar a la esfera de lo social esas presencias, que se vuelven alusivas o tangenciales, sin apenas realidad ni relieve; y además la presión de la interpretación sexual, que en sí misma y aislada es impersonal, os-

curece el hecho de que, en circunstancias normales y no perturbadas, son las personas las que se necesitan y proyectan mutuamente.

Y como la persona no está nunca «dada», no está «ahí», sino que está *viniedo*, ese temple es por fuerza argumental, dramático, expectante, orientado hacia el futuro; en suma, inequívocamente personal. Y va acompañado de sentimientos —aunque el amor no es un sentimiento—, con una tonalidad que podemos llamar lirismo y que es clave de toda una forma de interpretación de las personas a quienes ese temple se refiere.

Cuando se actualiza individualizándose, es decir cuando se produce, aunque sea incoativamente, el contacto amoroso, esto acontece en la zona personal de la vida. Esto es lo que sucede en la adolescencia, cuando no está perturbada por interpretaciones inyectadas sobre el hombre o la mujer que empiezan a serlo en plenitud y que ejercen violencia sobre su realidad espontánea. Cuando esto ocurre —con enorme frecuencia en la actualidad—, se perturba la aproximación amorosa, a la que sobreviene una devastadora despersonalización, de la que los ejemplos son innumerables.

Si el temple amoroso se intensifica y concreta, si se concentra en una persona, lo primero que sucede es que su personalidad emerge y se afirma con los atributos de unicidad, irreemplazabilidad y permanencia que le son propios. El que empieza a enamorarse, o simplemente cree que se puede enamorar, se instala en su propia condición, considera que todo aquello es un privilegio excepcional y que su amor es o va a ser algo original y nuevo.

Se puede ironizar sobre la ingenuidad de esta actitud y pensar que se está repitiendo un gesto mile-



nario ensayado innumerables veces; pero significa la toma de posesión de una actitud que pertenece esencialmente al amor. Su universalidad no la descalifica: es la consecuencia de su necesidad, del cumplimiento de ciertos requisitos imprescindibles y sumamente valiosos. Si se piensa que todo eso falta de raíz en gran parte de las relaciones que pasan por amorosas en nuestro tiempo, se ve cómo en estas se efectúa una absoluta suplantación de lo que es comienzo de una relación amorosa, intrínsecamente personal.

Se podrían entender las diferentes formas sociales, en diversos países o épocas, por el estado y el nivel del temple amoroso, que condiciona el ámbito en que surgirán y madurarán las relaciones amorosas efectivas. Y esto mide con bastante precisión los grados de personalidad o despersonalización de las formas de vida.

### *La zona personal de la vida*

El amor, cuando lo es, y no una realidad distinta que usurpe su nombre, acontece en la zona personal de la vida. La operación primaria de todo pensamiento teórico, y muy en particular del filosófico, es situar aquello de que se ocupa en un puesto preciso dentro de lo real, lo cual significa al mismo tiempo una determinación de su forma de realidad. Desde que empecé a pensar sobre esta cuestión me he opuesto a considerar el amor como un *sentimiento* —la primera palabra que se ocurre cuando se habla de él—. Por supuesto, los sentimientos amorosos no están excluidos y acompañan siempre al amor; pero no se lo puede confundir con ellos.

Consiste en una modificación de la realidad de la persona, se origina en ella y se dirige a otra persona como tal. Creo que es la experiencia inmediata e inconfundible de lo que es esa forma de realidad, que, por ser tan radicalmente distinta de las cosas, casi siempre se pasa por alto.

Quizá esta condición sea la causa de que tantas veces el amor sea fugaz, se evapore o degenera en formas rutinarias de convivencia. Esto confirmaría mi opinión de que lo personal es una zona bastante limitada de lo humano. Vivir *personalmente*, desde la propia mismidad y proyectándose hacia otra, imaginándola y trasladándose a ella, supone una tensión, un esfuerzo, que por una parte es delicioso —cima de la delicia—, pero también puede ser fatigoso y difícil de mantener.

Esto explicaría una paradoja: que el amor, que en sí mismo postula la unicidad y «eternidad», en tantas ocasiones sea pasajero y decaiga de una manera o de otra. A veces se rompe y anula; otras, se transforma en convivencia rutinaria y superficial. La idea, tan difundida, de que el matrimonio, al cabo del tiempo, transforma el amor en cariño más o menos inerte, me parece fundamentalmente falsa, pero la observación tiende a confirmarla en innumerables casos. La clave reside probablemente en que lo que se toma por amor y se interpreta así es con frecuencia algo bien distinto y que no tiene su lugar en esa zona personal.

Se podría seguir el nacimiento, la consolidación, las posibles alteraciones del amor, incluso su desvanecimiento, al hilo del *argumento* de las vidas de las personas implicadas. Hemos visto que en todo momento acechan riesgos de despersonalización, de abandono del núcleo central para orientarse hacia lo que podríamos llamar zonas periféricas de lo hu-

mano. Esto, que puede afectar ya al niño, se mantiene a lo largo de la vida entera.

El amor supone una *instalación*; no se reduce a «actos»; desde ella se ejecutan muy diversos, algunos de los cuales son amorosos, pero otros no; y sin embargo el amor permanece a través de todos ellos, porque en él está instalado el sujeto que los realiza. Si ocurre así, todo lo que el hombre vive y hace está impregnado por esa condición personal; sería apasionante examinar las formas de vida desde esta perspectiva: cómo ven y viven los más diversos aspectos de la realidad los que están o no instalados en el amor.

Esto nos llevaría a la conclusión de que la zona personal tiene una «extensión» variable, dentro de la cual se incluyen diversas trayectorias vitales, que aparentemente poco o nada tienen que ver con el amor. Este aparece como un condicionante, que lleva a la zona personal aspectos de la vida que en otro caso permanecen fuera de ella.

Desde este punto de vista, los caracteres más profundos no serían los psicofísicos, sino los biográficos, y por eso no estarían dados de una vez para siempre, sino que se modificarían según el argumento de la vida, el azar de los encuentros y la convivencia, la autenticidad de la aceptación de la condición verdaderamente personal. No se me oculta que esta visión de las cosas va en contra de la predominante, que «reduce» lo humano hacia lo que no lo es; lo que intento es precisamente descubrir en el hombre lo que es, no ya humano, sino radicalmente personal, y mostrar que hay que entenderlo todo *desde ahí*. No cabe mayor «heterodoxia» respecto de las vigencias imperantes.

Se podría entender la vida humana como una lucha entre dos impulsos contrapuestos: el afianza-

miento y extensión de la zona personal, y la invasión y reducción de esta por lo impersonal, en último extremo por la cosificación. En cada situación histórica, como en cada individuo, se puede asistir a esa lucha y al estado de la pugna en un momento determinado. Se dirá que es difícil apreciar y medir esta situación; pero no se siente como una objeción que no sea fácil estudiar la estructura del átomo, los desplazamientos de las galaxias o el código genético; ¿por qué ha de ser más sencilla la comprensión de la realidad humana?

### *La presencia y la figura*

La fórmula de San Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*, aunque directamente referida al amor entre el alma y Dios, es un fragmento de diálogo entre esposo y esposa, y tiene un sentido humano, precisamente en el planteamiento más estrictamente personal:

Mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura.

Presencia y figura, inmediatez de lo que se ve como distinto pero inteligible; en suma, proyección de un *quién* hacia otro *quién*; precisamente, el *Cántico* insiste en la ausencia de «intermediarios»; visto en términos meramente humanos, diríamos que esto quiere decir la omisión o eliminación de todo lo que no es personal.

Lo cual no quiere decir la supresión de las condiciones reales de la persona para convertirla en

una realidad abstracta, sino todo lo contrario: la presencia y la figura de la persona *misma*, tal como es, con todo lo que le pertenece, sin lo que la oculta o borra. Si recordamos la fórmula *alguien corporal*, reconoceremos la inclusión esencial de la corporeidad, pero no cualquiera, o aislada y despersonalizada, sino aquella en que la persona amada se *presenta* y adquiere *figura* perceptible.

El cuerpo no es «cualquiera», sino justamente el de alguien, y por ser suyo, no por cualidades somáticas, es insustituible; de ahí la concentración en el rostro, clave del cuerpo en su conjunto, lugar en que se muestra propiamente la persona.

El amor, cuando no está plenamente cumplido y realizado, es «dolencia»; así ocurre en la ausencia, que niega la presencia y la figura, y en forma radical la muerte, en que esto adquiere carácter definitivo y, al menos en este mundo, irreversible. No por ello tiene por qué cesar el amor, en la medida en que es personal, pero le sobreviene una situación de privación que es dolencia, con el solo recurso, insuficiente, a la memoria y la imaginación.

El elemento de *ilusión* es inseparable; no solo en el deseo o la expectativa, sino en la plenitud y el logro, porque lo esencial de la ilusión, como mostré ampliamente, es que es un deseo con argumento, que no cesa con la satisfacción, sino continúa sin limitación, con probable incremento.

Pero hay que ver esta situación desde la otra perspectiva: la del que ama. Los vectores de cualidad amorosa parten de una instalación en la rigurosa condición personal; quiero decir que se ama desde la persona que se es, y precisamente con una previa posesión de ese modo de ser. La actitud propiamente amorosa significa una concentración en la

condición personal, frente a la habitual dispersión de la vida en otras dimensiones secundarias.

No todos son capaces de realizar esta operación, no voluntaria, sino más profunda, y eso explica que el amor en sentido riguroso no sea frecuente. Los usos, las presiones sociales, las interpretaciones vigentes, pueden hacerlo muy difícil, y llevan a todo género de sustituciones o suplantaciones, que pueden hacer sumamente improbable la aparición del amor.

En estos casos, y quizá en todos, se tiene la impresión de que *sobreviene*, siendo lo más propio e íntimo, en un sentido cae sobre el sujeto desde fuera; lo decisivo es la aceptación de ello, la conversión de ese azar en vocación. El que empieza a amar siente que le ha acontecido una transformación que no siempre sabe explicar, porque suele aplicar las interpretaciones recibidas, sin ponerlas a prueba y contrastarlas con lo que de verdad experimenta.

Se siente «más suyo», a la vez que «enajenado» —el amor está lleno de paradojas—; hay como una llamada al centro, que precisamente se dispara hacia otra persona, que se convierte en centro de la atención, en blanco de los vectores nacidos de esa nueva forma de instalación.

El que ama se percibe como más real; ha experimentado un incremento ¿de qué? No de sus dotes, facultades o recursos, sino de sí mismo, de su realidad; el quién que es le parece intensificado. Y la impresión primera suele ser de sobresalto, inquietud, inseguridad. Normalmente es una experiencia en alguna medida dolorosa, porque significa una poderosa necesidad, de problemática satisfacción.

Acaso el núcleo más vivaz de esta nueva situa-

ción sea la adivinación de un sentido nuevo de la felicidad, el descubrimiento de su posibilidad, unido a la evidencia de no haberla alcanzado. Se presenta como algo que se entrevé y se necesita, sin lo cual la situación anterior, que parecía satisfactoria, resulta inaceptable. Una inseguridad de tipo desconocido afecta a la persona que empieza a amar, una impresión de estarse jugando su propia realidad, con una agudeza antes desconocida: oscila entre la promesa de algo muy superior y la reducción a un estado menesteroso de privación y fracaso.

Lo que acontece, por ambas partes, es una traslación a la perspectiva estrictamente personal, la suprema intensificación de la vida humana.

### *La persona amada*

El primer efecto del amor, incluso incipiente, sobre la persona que es objeto de él es una extraña iluminación. Se la ve a una luz distinta de las habituales; más aún, diferente de la que se vertía sobre la misma persona cuando la visión era relativamente indiferente o, aun siendo intensa, de otra cualidad.

Esta iluminación, resultado de una atención intensa y desde una perspectiva nueva, no acaba de aclarar las cosas. Más bien al contrario, en las primeras fases lo que descubre es problemas, acaso misterios. Y, sin embargo, hay que hablar de iluminación.

En efecto, se ven muchas cosas; la mirada, más aguda, oprime la realidad y la hace rezumar detalles, aspectos, sobre todo, sentido. No es que se entienda a la otra persona, pero se la ve como inteli-

ble, lo que acaso antes no importaba demasiado; y al no ser entendida, aparece como un arcano. La nueva luz descubre oscuridades.

A través de todo lo que la persona es, y que podía ser bien conocido, se necesita saber *quién* es, y no se consigue. La nueva relación que se anuncia va dirigida al reducto de la persona, y esta es una incógnita; por eso se siente la zozobra de cuál podrá ser su respuesta. A veces puede haber un amor muy apreciable, de considerable intensidad, que no llegue a saber nunca quién es la persona amada. Esto afecta, por supuesto, a su cualidad e impide que alcance su plenitud; pero no se le puede negar realidad.

Cuando la iluminación logra disipar, en la medida en que esto es posible, las oscuridades, cuando se llega a saber quién es aquella persona, aunque conserve esenciales porciones arcanas, se descubre que se la conoce como nunca se había conocido a nadie. Se ha pasado a otro orden de conocimiento, de proximidad, de presencia. Se advierte, por ejemplo, que no se había conocido de manera semejante a ninguna persona del propio sexo, por cercana que sea la relación. Hay cierta analogía con las personas muy próximas, sobre todo mujeres, si se trata de un hombre, acaso con la madre o una amiga especialmente cercana, pero si no media la visión amorosa se permanece a otra distancia, sin llegar a un íntimo contacto.

Insisto en que el conocimiento de la persona amada no es «exhaustivo», que conserva siempre zonas de oscuridad y aun misterio, cuya exploración va a ser el asunto de la convivencia. De otras sabemos acaso más que de la amada, pero parece así porque necesitamos menos y las damos fácilmente por «sabidas».



El problema es si se llega al núcleo personal o no. Cuando se logra, se tiene la plenitud de percepción o, si se prefiere, intuición de una persona. Es una experiencia que no tienen muchos, que acaso ni siquiera entienden, pero que representa algo fascinador, de una intensidad incomparable con ninguna otra forma de convivencia.

A veces no se llega al último reducto, no se sabe en definitiva quién es la otra persona, y esta es la causa más frecuente e importante del fracaso amoroso cuando se trata de esto y no de la confusión con otra cosa. Puede suceder que se descubra en cierto momento que la persona amada no es quien se creía, que el amor iba dirigido a «otra» persona, que era un equívoco, una especie de error ontológico. Y entonces puede ocurrir que el amor se extinga, pero también es posible que perviva en forma equívoca y sin duda angustiada, que arrastra una perturbación de la persona misma que ha cometido el error.

Por esto cabe la duda acerca de si se está o no enamorado, y puede uno equivocarse, porque no se trata de nada psíquico, de sentimientos, sino que afecta a la realidad personal. Esa luz que se vierte sobre una persona, cuando no se dirige a su núcleo último, por distracción sobre otros aspectos, en lugar de iluminar, ofusca y conduce al error.

La condición de que la luz cumpla su misión propia es que la persona que mira «sepa» quién es, lo cual no significa un conocimiento teórico, sino la plena instalación en su propia persona, desde la cual, y solo así, se proyecta hacia la otra.

Desde el nivel del amor, como desde una cima, se perciben los diversos grados de personalidad. Si no se posee la experiencia plena, hay el riesgo de

que se tomen por tales otras que tienen algo que ver con ella, pero que desorientan. Los «amores» falsos por una u otra causa, las relaciones afectivas que pueden ser vivísimas y auténticas pero de otra especie, no digamos las formas inerciales de convivencia, todo eso enmascara lo que es la relación máximamente personal, en que se logra la evidencia de lo que es persona.

### *El amor no correspondido*

Hay cierta probabilidad de que el amor, sobre todo si es auténtico, sea correspondido. Sobre un fondo de simpatía, que suele ser recíproca, algunas afinidades de configuración, el efecto que el amor del hombre suele ejercer sobre la mujer, es frecuente que la atención sea mutua, que se produzca una iluminación doble y brote un amor personal logrado. Pero esto no es seguro, ni mucho menos. Diferencias de valor y atractivo, secundariamente sociales, otras veces de edad, principalmente divergencia de la última vocación, disparidad de trayectorias, o bien que el amor de uno afecte a una persona ya enamorada y sin capacidad de responder, son causas diversas de que el amor sea unilateral, en un solo sentido y con una dimensión de frustración.

A veces la falta de respuesta debilita el amor, sobre todo si parece «injustificada»; no se piense que esto es la norma, que todo el mundo cree merecer lo que desea. Mi impresión muy arraigada es que la mayoría de las personas, aunque sea en el fondo, muy en el fondo, saben a qué atenerse sobre sí mismas y conocen sus defectos o limitaciones, sus lados nega-

tivos; es probable que no lo confiesen, ni siquiera a sí mismos, pero otra les queda dentro. En algunas ocasiones, sin embargo, la impresión de que la falta de respuesta no se justifica es muy viva, y hace pensar en carencia de percepción o sensibilidad en la persona amada, lo cual entibia el entusiasmo, encierra una dosis de desvaloración, hace pensar que se había cometido un error. Entonces, el amor se cura, al menos hasta cierto punto, y deja al amador en franquía para otras relaciones.

Pero puede suceder que sea incurable. El que ama, a pesar de no ser correspondido, sigue amando; ha percibido la realidad de alguien, ha sentido su necesidad, ha quedado afectado por esa relación incompleta y deficiente, y adhiere a ella. Junto a la plenitud de su proyección amorosa hacia la otra persona se da la privación. No puede, o no quiere, renunciar a la situación en que se encuentra, por dolorosa que sea. Podríamos llamar a esta forma de relación lo doloroso irrenunciable.

Por penoso que sea, ese amor parece valioso, digno de ser conservado. Creo que la más honda explicación de esta actitud, que puede parecer poco razonable, es que el que ha hecho a fondo la experiencia personal en un amor desventurado siente que en ella reside su verdadera condición, que la pérdida de ella significaría una mengua, una disminución de su persona, de lo que más propiamente ha querido ser. Ha puesto su vida a una carta, y ha perdido; pero le queda el haberse atrevido a intentar ser fiel a su vocación, es decir, a su realidad.

El amor recíproco es la forma más intensa de relación personal. La proyección hacia otra persona se encuentra con la de la otra que *sale al encuentro*. La complacencia mutua adquiere su más alto grado. El quién y el cuerpo mantienen su doble papel sin que pueda producirse la disociación que existe en otras relaciones. Es, por último, la forma suprema de compañía, la superación de la soledad sin que se pierda su necesaria función.

No consiste —lo he dicho muchas veces— ni en posesión ni en fusión. Es algo bien distinto: donación. ¿De qué? Ahí reside la mayor originalidad: no de ninguna cosa, ni siquiera de apoyo, servicio, calor humano, sino de *uno mismo*, es decir, donación de la persona que cada uno es. Se produce una traslación a las instalaciones del otro, lo cual solo es posible mediante la imaginación; y desde esa paradójica «doble» instalación se proyectan los vectores.

Los principales van del uno al otro, porque cada uno de los que se aman es el argumento capital del otro. Pero todavía hay más: las trayectorias de los dos, en buena proporción —no todas, ciertamente— se asocian, son conjuntas; cada una de las vidas tiene su propio argumento, pero hay un argumento de ambos, en el cual confluyen los que ahora se sienten como parciales.

El amor compartido se nutre de *entusiasmo* recíproco, factor esencial, cuya ausencia suele ser indicio de falsedad. Y esto implica la exaltación de la realidad de cada uno, el incremento de la tensión vital, que no es en modo alguno permanente a lo largo de la vida. El concepto biológico de *vita minima*, que se aplica a algunas especies animales duran-

te la hibernación, tiene su equivalente biográfico humano: los grados de la vida son variables, oscilantes entre la mínima y la máxima. Creo que de una manera colectiva esto puede aplicarse a la diversidad de sociedades y épocas. La intensidad de la vida en el Romanticismo, ¿no tiene que ver con el incremento del amor?

El intento de reducir el amor a sentimiento ha impedido ver su dimensión más profunda, que afecta a la realidad misma de las personas. Su existencia, su contenido efectivo, descubre la contextura de esa forma de realidad, irreductible a ninguna otra. La íntima asociación de dos personas, su inseparabilidad, el entrelazamiento de las trayectorias, la proyección conjunta, todo eso es conciliable con la persistencia de la personalidad de cada una, que es preciosa para la otra, ya que es el objeto de su amor. Inténtese pensar esta situación, evidente en nuestra experiencia, con los conceptos aplicables a las cosas, y se tropezará con la imposibilidad. La consistencia del amor nos obliga a revisar las ideas recibidas sobre los modos de lo real y nos lleva al planteamiento adecuado de eso que es persona.

He distinguido hace mucho tiempo «amar» de «estar enamorado», forma suprema y radical del amor. Amar es proyectarse amorosamente hacia otra persona; estar enamorado significa que la otra persona *se convierte en mi proyecto*. Ya lo primero implica una transformación de mi realidad: yo soy *el que ama a tal persona*; en el segundo caso se ha producido una extraña transmigración, en que la condición proyectiva es dual, sin posibilidad de separación pero sin que la distinción se anule, porque es precisamente el contenido del proyecto.

Cuando el enamoramiento es recíproco, se cons-

tituye en él una nueva forma de realidad personal, irreductible a cualquier otra y que solo se puede entender con los conceptos y categorías propios de la zona más honda y radical de lo humano.

Con ellos puede resultar inteligible el hecho de que esta situación pueda sobrevivir a todo acontecimiento. Lo entrevió Calderón cuando, en *La vida es sueño*, puso en boca de Segismundo, enamorado de Rosaura, cuando todo ha desaparecido y ni siquiera está seguro de la existencia de la mujer, los versos famosos:

Sólo a una mujer amaba.  
Que fue verdad veo yo  
en que todo se acabó  
y esto solo no se acaba.

En la vida real, en el enamoramiento mutuo, esta situación puede sobrevivir a la más radical ausencia: la de la muerte.

### *Formas de la proyección amorosa*

El esquematismo de los conceptos ha empobrecido increíblemente la interpretación del amor, y ha hecho que se pierda de vista su dimensión personal. La literatura, por usar la imaginación, ser principalmente narrativa y perseguir los argumentos de la relación amorosa, ha contribuido de modo eminente al esclarecimiento de las formas en que el amor acontece.

En mi libro *La educación sentimental* mostré un vasto panorama en el que intervienen las experiencias de la vida real, el pensamiento teórico y la ima-

ginación literaria; es evidente que la aproximación mayor corresponde a esta última. Pero cabe considerar la cuestión desde la perspectiva de este estudio: lo rigurosamente personal.

En muchas épocas, es difícil percibirlo; no se lo ha tenido en cuenta, no se lo ha visto como tal. A veces se desliza, casi a pesar del que escribe, algo que revela la intervención de las personas como tales. No se olvide que para que esto aparezca con un mínimo de claridad y relieve es menester que la noción de persona entre en la comprensión, aunque no sea de un modo explícito. Sería interesante perseguir los resquicios en que aflora, en contextos improbables, la visión personal del amor.

En la *Celestina* se encuentra ya un ejemplo eminente, obstinadamente pasado por alto en la mayoría de los comentarios. *El Cortesano* de Baldassare Castiglione tiene extraordinario interés, porque en sus diálogos se contraponen la visión nada personal del amor, en boca de Morello de Ortona, y la asombrosamente perspicaz y personal de Pietro Bembo. La transición de una forma de amor a otra es la sustancia misma de *Romeo y Julieta*. El paso del siglo XVIII al Romanticismo muestra una decisiva variación en la vida colectiva, con inmediata repercusión en la individual, tanto real como imaginaria en la ficción.

Dentro del marco de cada época, de los modelos vigentes, de las interpretaciones que el individuo encuentra y que por lo pronto le dan la pauta, incluso el cauce, de su vida amorosa real, hay una multiplicidad de trayectorias, de argumentos, con gran diversidad en el coeficiente de personalidad.

Una creencia muy difundida, funesta en sus consecuencias, ha sido la de que el matrimonio es un

«fin», de tal manera que las historias felices acaban en boda. Esto ha contribuido increíblemente a que se abandone la imaginación, se crea «haber llegado», se atribuya una estabilidad inerte a la relación amorosa. A ello ha contribuido la suposición de que la fidelidad conyugal exige la ausencia de toda relación personal ajena al matrimonio; pero una cosa es la *monogamia* y otra la *monoginia* (o el reverso en perspectiva femenina): la suficiencia de una esposa no implica la de una sola mujer, en relación bien distinta pero que puede ser estrictamente personal.

Dentro de un mismo amor perdurable cambian, deben cambiar, las formas de proyección, precisamente para que se conserve vivaz. Cada edad reclama su matiz propio; la acumulación de experiencias, si no se limitan a «pasar», si quedan y forman la persona, van transformando los proyectos. Si esto no sucede, lo probable es que el amor se estanque, languidezca, se convierta en un apego que puede ser muy sólido pero queda afectado de monotonía y acaso aburrimiento.

Precisamente la variedad de relaciones personales entre hombres y mujeres es causa de un enriquecimiento que refluye sobre el amor permanente y básico, por ejemplo el matrimonial. El peligro mayor del carácter personal del amor es la tentación de *dar por supuesta* a la otra persona, creer que ya se sabe quién es, sin darse cuenta de que sólo se es argumentalmente, perder el esencial dramatismo de la convivencia, dejar de imaginar y de imaginarse a uno mismo, de inventar el quien que se va siendo.

En el amor cotidiano, muy especialmente en el conyugal, esta imaginación, esta proyección argumental, no puede limitarse a los «grandes recorri-



dos», a las etapas reconocidas de la vida, sino que tiene que afectar a cada día, al proyecto de cada mañana y al balance al final de la jornada.

### *El amor en la constitución de la persona*

Hemos visto la importancia extraordinaria del amor en la vida propiamente personal. En él se alcanza el máximo de intensidad, proximidad, compañía, proyección. Se es más persona en la medida en que se ama más profunda y personalmente.

Ahora bien, cada uno de nosotros se encuentra a una determinada altura de la vida, resultado de la edad; pero no hay que tomarla de un modo meramente cuantitativo, como los años transcurridos desde el nacimiento, sino que está constituida por los acontecimientos que la han ido llenando, por su grado de permanencia, por la función que siguen desempeñando en el presente.

Cada persona tiene una historia amorosa, de riqueza muy desigual y que adopta muy diversas configuraciones. No solemos tener una idea demasiado clara de ello; menos aún sabemos cuál ha sido la significación que cada ingrediente ha tenido en la constitución de nuestra persona.

Antes de que el amor haga su presencia en una vida, hay su presentimiento, su anuncio, sus primeros barruntos, que todavía no pueden llamarse amor ni son reconocidos como tales, pero que condicionan su modo de aparición, el ámbito interpretativo en que vendrá a alojarse. Luego podrá haber todas las modificaciones y rectificaciones que se quiera, pero el condicionamiento me parece evidente.

El primer interés por la mujer —o por el hombre— puede ser inmediato, espontáneo, nacido de una experiencia real, o bien «inducido», provocado por conversaciones con otros niños o adolescentes, por lecturas, hoy, quizá principalmente, por el cine y, más aún, por la televisión. De esto depende algo de capital importancia y sobre lo que casi siempre falta claridad: que el amor irrumpa en un contexto personal o no.

Si brota de una experiencia real, del relieve que en un momento adquiere una persona del otro sexo, el carácter personal es sumamente probable, y va a abrir un cauce por el que, en principio, transcurrirán las experiencias posteriores. Si es algo inducido en conversaciones, es fácil que estas adopten una actitud de «cinismo», sobre todo entre chicos, de exhibición orgullosa de saberes, frente a la ingenuidad e ignorancia del «iniciado», y por supuesto sin la dimensión personal. En la actualidad, los medios de comunicación mostrarán probablemente una imagen degradante, que puede ser aceptada y quedar ya como norma, o provocar repugnancia y el consiguiente desvío de lo «amoroso».

Más adelante, pasada la infancia, en toda biografía hay una serie mayor o menor de apariciones de la perspectiva amorosa. A veces son meras vislumbres: una persona entrevista un momento, tal vez en la calle, de la que no se sabe nada ni se sabrá nunca, es vivida como una «posibilidad» amorosa, y tal vez su imagen quede adherida a la memoria para siempre.

Hay otras experiencias con mayor realidad y alcance. Una persona puede ser vivida en un escorzo que la muestra como una promesa: se tiene la impresión de que de aquella persona podría uno ena-

morarse; la duración, contenido y desenlace de esta impresión son muy variables, pero tiene su importancia, aunque luego no sea reconocida: forma parte de quien realmente se ha llegado a ser.

Cuando sobreviene un amor intenso, inconfundible —no digamos si se trata de un verdadero enamoramiento—, acontece un *eclipse* de todo lo demás; el ejemplo clásico es el descubrimiento por Romeo de Julieta en el baile de los Capuleto. La impresión es que la realidad ha oscurecido las posibilidades. Pero en esto puede haber un error de óptica: no eran meras posibilidades, tenían alguna realidad, aunque fuese incomparable con la que ha invadido el alma del sujeto.

Y la historia no termina aquí, no termina nunca hasta la muerte. A lo largo de la vida entera la convivencia va introduciendo en el mundo del hombre diversas mujeres, en el femenino varios varones, en distintos contextos y perspectivas. Como toda relación intersexuada se mueve en el «elemento» del amor, aunque este casi nunca se realice, es una perspectiva que interviene inevitablemente: la persona del otro sexo es vista desde el punto de vista de la posibilidad del amor, por muy excluido que esté en el caso concreto.

Todo esto se va depositando en la persona, se va acumulando y sedimentando. Somos todo eso que hemos vivido o estamos viviendo. ¿Lo tenemos presente? ¿Lo interpretamos con fidelidad? ¿Lo aceptamos en su realidad efectiva, o lo desfiguramos, acaso lo negamos? Esto modifica profundamente la cualidad de la persona, su riqueza o pobreza afectiva; más aún, su grado de autenticidad. La manipulación o el olvido voluntario, el rechazo de las experiencias personales introduce una falsedad en el seno de la persona.

Aunque sea con carácter retrospectivo, es el equivalente de los «sacrificios humanos», inaceptables y que se pagan siempre. Puede ocurrir, es claro, que la realidad pasada o presente signifique algunas dificultades. Casi siempre son superables desde el reconocimiento, la aceptación de la verdad. Naturalmente, es esencial la jerarquía de los ingredientes de la vida. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, su carácter personal o la ausencia de este. Cada uno de nosotros, si es internamente veraz, reconoce el grado y forma de realidad de los múltiples contenidos de su vida. Y toma posición frente a ellos, poniéndolos en su lugar, en el que efectivamente les pertenece, aprobándolos como propios, rechazándolos como falsedades o espejismos.

En esas cuentas personales estriba la posesión de la realidad que como personas hemos acumulado y nos constituye.

## XI

### *La instalación en el mundo personal*

#### *Los mundos limitados*

Una enorme parte de la humanidad en largos periodos de su historia ha vivido en mundos muy limitados. El aumento de la población ha sido vertiginoso en Europa en los últimos dos siglos, y hasta hace unos años con aceleración. Una parte principal de los hombres vivía en medios rurales, en aldeas o pueblos muy reducidos, donde todos eran «conocidos», tenían nombre y se sabía más o menos qué eran —aunque no se supiese propiamente *quiénes* eran.

Incluso en las ciudades, no muy grandes, porque las «enormes», como Londres, tardaron mucho en llegar al millón de habitantes, la fuerte personalidad de las clases sociales, acentuada por las diferencias de residencia, hacía que se viviera en mundos parciales y reducidos, dentro de los cuales el conocimiento superficial era la norma.

Salvo excepciones, el mundo no era «público»,

compuesto de desconocidos, anónimo, como sucede en los países occidentales en la actualidad. Fuera del mundo occidental las diferencias son demasiado grandes para que pueda generalizarse y dar una configuración precisa.

Había momentos de contacto y hasta mezcla de los pequeños «mundos aislados»: en las ceremonias religiosas, en algunos espectáculos —teatro, corridas de toros, en las fiestas populares. Los pertenecientes a esferas de convivencia aisladas se veían, admiraban o envidiaban, tomaban modelos de vida —en ciertos lugares y épocas, como en España en los siglos XVII y XVIII, en ambos sentidos.

También individualmente se producían aproximaciones semejantes. Los criados y los señores eran con frecuencia muy cercanos, confidentes, en algunas ocasiones amigos. En los últimos tiempos se ha generalizado la interpretación negativa del servicio doméstico, de la afirmación de las diferencias sociales, la explotación, etc. No se ha visto —no se ha querido ver— el lado positivo, la elevación a niveles superiores de cultura, maneras, uso del lenguaje; la adquisición de destrezas, útiles para la vida personal de los criados; la convivencia real y a veces muy próxima entre personas de niveles sociales distintos.

Los mundos limitados no eran en su integridad personales, pero rara vez eran enteramente impersonales, como ha sucedido después. Diríamos que eran más probables las relaciones entre personas, entre otros motivos porque su número era muy reducido, y era probable que se concentrara la atención. Es este un factor de suma importancia y que rara vez se tiene en cuenta: si hay pocos objetos —asuntos, sucesos, personas— sobre los que recaí-

ga, el relieve que adquieren en la vida es mucho mayor que cuando el individuo desparrama su atención sobre una multitud de puntos de referencia, respecto a los cuales es solo tangente.

Añádase a esto que en tales mundos la presencia de los demás era casi siempre «real», incluso corpórea. En nuestra época eso está sustituido en proporción increíble por la imagen o la mera mención. El hombre urbano de nuestro tiempo conoce innumerables *nombres* de personas a quienes nunca ha visto, mientras ignora los de aquellas que ve en la calle, en los lugares de trabajo, en los espectáculos. A esto hay que agregar las voces descarnadas de los oídos por la radio, las presencias en imagen y voz de la televisión.

Este tipo de relaciones no están limitadas a un círculo reducido de convivencia efectiva, sino que se extienden a ámbitos amplísimos que no tienen relaciones directas entre sí, y de este modo se establecen extrañas «comunidades» que nunca habían existido, con un curioso coeficiente de irrealidad.

Lo que me interesa señalar es que en esas formas de vida, que han sido las normales en la mayor parte de la historia humana, las relaciones personales podían partir de otras que, sin serlo, eran estrictamente humanas y no surgían en un mundo caracterizado por el predominio de lo impersonal.

Los cambios técnicos y sociales son de tal modo enérgicos en nuestro siglo, que hay que evitar dos riesgos: uno, el de aplicar los caracteres actuales a toda situación humana; el otro, el de olvidar la profunda transformación que está aconteciendo.

## *Las proporciones dentro de lo humano*

Vimos al comienzo de este estudio que el mundo humano o de convivencia presenta tres niveles: el propiamente social, el psíquico o de trato interindividual sin efectiva intimidad y el personal en sentido estricto. La porción que cada uno de ellos ocupa en cada vida —o en cada forma de vida— es un factor decisivo en su configuración y sentido.

Lo que acabo de decir sugiere que en los últimos tiempos, digamos en un par de siglos, y progresivamente, se ha producido un gran incremento del nivel social, tal vez a expensas de los otros. Las presiones sociales, las más fuertes y precisas del Estado, los estímulos procedentes de la vida colectiva, sobre todo de los medios de comunicación, todo eso ha aumentado de tal manera, que el equilibrio entre los tres niveles se ha alterado profundamente. Y esto quiere decir, no solo un descenso de volumen de los otros dos, sino una alteración de su función y de su relación con el primero, que resulta invasor y acaso abrumador.

Por lo pronto, hay una disminución de la espontaneidad. La vida humana no es solo reactiva a los estímulos, como la animal, sino que lo que la caracteriza es la *iniciativa*, las acciones que brotan del individuo y se dirigen a lo que no es él. En las circunstancias actuales, podríamos decir que la iniciativa pertenece al mundo social, que acosa al individuo con tal número de estímulos, que su capacidad casi se agota en recibirlos, absorberlos y, en el mejor de los casos, enfrentarse con ellos y reaccionar a ellos.

El crecimiento del número de personas con las que se convive superficialmente, de las acciones



que diariamente se ejecutan, significa también un incremento del nivel psíquico: se ve a muchas personas, se las encuentra en lugares públicos, se oyen sus conversaciones, se habla ocasionalmente con ellas, al comprar o vender, usar los medios de comunicación, utilizar sus servicios.

Queda un estrecho margen —de tiempo y de atención— para las relaciones propiamente personales. Si se compara esta situación con otras, frecuentes en épocas pasadas, residuales en la actual, en que las personas que estaban presentes eran escasas y sobraba el tiempo, se ve la diferencia. El círculo familiar, estable, con presencia casi constante, largas horas de convivencia en la casa, en las comidas compartidas, a veces en el trabajo del campo o del taller familiar, fomentaba las relaciones personales, que podían fácilmente extenderse a algunos amigos próximos, a las personas vistas desde una perspectiva amorosa, a los nuevos matrimonios resultantes de ello y normalmente estables.

En estas formas de vida, que puede parecer «primitiva», la proporción de lo personal respecto de los otros ingredientes resulta predominante. Rara vez se tiene esto en cuenta, no se suele preguntar por ese equilibrio —o desequilibrio— de las tres vertientes o fases de la vida. Es improbable que se tenga esto en cuenta para definir el contenido de la vida y las posibilidades reales que cada individuo encuentra. Los conceptos, decisivos, de «dilatación» o «contracción» de la vida se aplican casi siempre a los recursos. Si se atiende a los contenidos *biográficos*, el resultado del examen puede ser bien distinto.

Esto afecta sobre todo al grado de autenticidad de cada vida singular, y secundariamente al que cada forma colectiva permite. ¿En qué medida puede

cada persona considerar que su vida es *suya*, propia, no intercambiable, vivida desde sí misma, diríamos de dentro a fuera?

Una mirada atenta a nuestros contemporáneos, a las personas con las que convivimos, mostraría una diferencia considerable según las edades o las generaciones. Se entiende que se trata de la diferencia *media*, ya que las excepciones individuales en uno u otro sentido pueden ser muchas. Los viejos o muy maduros dan con frecuencia una impresión de mayor «realidad», de personalidad más acusada, de consistencia; en edades más juveniles se tiene a veces la extraña impresión de que son personas «de plástico» o hechas en serie, con individualidad atenuada. No me refiero a los realmente muy jóvenes, que no están todavía maduros, lo que puede desorientar, sino a adultos ya formados pero en los cuales pesa excesivamente lo recibido y venido de fuera.

Instalación es aquella estructura *en que se está*. Nuestra lengua, al distinguir entre ser y estar, permite ver esto con excepcional claridad. No se está «en lo mismo» aunque se esté en el mundo. Varía enormemente en qué porción de él, y por tanto qué es el mundo para cada uno —no se pierda de vista que mundo es *mi mundo*—. Hay que preguntarse cuál es la forma y la intensidad de instalación en el que podemos llamar con precisión personal.

### *Frecuencias de amistad*

Hace mucho tiempo he sentido deseo de que los que se ocupan de hacer estadísticas intenten establecer una que me parece del mayor interés. Se tra-

taría de conseguir una «tabla de frecuencias de amistad». Quiero decir lo siguiente. Prescindiendo de las relaciones familiares de convivencia y de las personas a quienes se ve de manera normal, acaso cotidiana, por motivos de trabajo o de ocupación rutinaria —en el mercado, en las tiendas habituales, en la escuela, en los medios de transporte—, habría que determinar el número de personas con las cuales cada uno tiene un trato amistoso —en el sentido amplio del término— y con qué frecuencia.

Hay personas a las que se ve una vez cada seis meses, o cada mes, o todas las semanas, o cada dos o tres días, o a diario. Si se toma un periodo concreto, por ejemplo un año, y se multiplica el número de personas en cada categoría por la frecuencia de su trato, se obtiene una tabla cuantitativa de las relaciones vagamente amistosas.

Creo que las diferencias son considerables según los países, las edades, las profesiones, y por supuesto los caracteres de cada individuo. Pocas cosas pueden dar una idea más certera y eficaz de la configuración de la vida. Por supuesto, creo que es uno de los factores determinantes de la probabilidad de felicidad, incomparablemente más importante que la posición económica —salvo casos de pobreza extrema, que limitan la vida en casi todos los aspectos, o el estado de salud.

Sin demasiada seguridad, diría que en esto consiste una de las más importantes riquezas españolas, que no se refleja en las estadísticas y que compensa de muy varias limitaciones y deficiencias. Es posible que esta riqueza esté menguando, al menos en ciertos medios, pero todavía está en un nivel envidiable.

Se dirá que esas relaciones que he llamado

«amistosas» con deliberada vaguedad no son *personales* en su sentido pleno. Es muy cierto pero algo tienen que ver con ellas. Por lo pronto, la condición personal actúa por ambas partes, aunque no se llegue, en la mayoría de los casos, al contacto entre lo que se puede llamar los *núcleos*. Hay una clara individuación: las personas de ese tipo de convivencia no son *cualquiera*, sino concretas y con ciertos caracteres o atributos precisos. Son en alguna medida objeto de elección, hay una motivación de ese trato. Si la frecuencia de él es grande, si se acerca a lo cotidiano, poco a poco se va percibiendo la realidad, y es difícil que no se manifieste el reducto personal.

Por eso me parecen particularmente relevantes las relaciones muy frecuentes, más que las esporádicas. De ahí que lo interesante no sea el número, sino la frecuencia global. Por otra parte, la proporción entre los tratos infrecuentes y los diarios o poco menos revela una forma o contextura de la vida, que sería uno de los rasgos más importantes para entender cada país, época o grupo social.

La perfección de esta estadística llegaría a su cima si se añadiera a lo cuantitativo un elemento más propiamente biográfico: el *deseo* de esos contactos humanos. Habría que averiguar con qué apetencia, impaciencia, ilusión son esperados en cada caso. Es bien conocida la avidez de los solitarios, viejos, impedidos, por la aparición de una compañía que altera la coloración de la vida, acaso la hace tolerable y hasta en alguna medida y momentáneamente feliz. Pero, aparte de estas situaciones extremas, la actitud frente a esas formas de trato es decisiva y es uno de los factores que facilitan o dificultan la existencia de un mundo personal.

## *El centro de gravitación*

Hay gentes que están vueltas sobre sí mismas, concentradas sobre sus propios asuntos, «cluecas», solía decir Ortega; es muy improbable que se abran a los demás, que se interesen de verdad por ellos; si acaso, en la medida en que tienen que ver con el que entra en relación con ellos; y es una relación casi siempre abstracta, mínimamente personal.

Los que están atentos a su «yo social», a su figura, prosperidad o fama, gravitan hacia eso que se llama ahora, con un anglicismo que ha prendido a causa de su realidad, «relaciones públicas», y que no es «lo público» en el sentido de lo referente a la sociedad en su conjunto, a la vida colectiva. El que de verdad se interesa por esto, el historiador, el sociólogo, el político con auténtica vocación, tienden a personalizar, como ya vimos, lo que en rigor no es personal.

Otras personas se mueven de preferencia en el ámbito de lo «privado»; les interesa el trato individual, la conversación, la tertulia, acaso el chismorreo o cotilleo, las historias de sus prójimos. Su centro de gravitación es lo humano a cierta distancia, sin llegar a la intimidad ni poner en ello la propia.

Finalmente, hay casos en que lo característico es un enérgico sentido de lo personal. Los requisitos para ello son principalmente dos: imaginación y generosidad. La primera condición es ver a *alguien* tras la corporeidad, el yo social o los actos. Esto hace posible la transmigración imaginativa a la perspectiva del otro, el intento de ver las cosas, el mundo y a uno mismo con sus ojos. Para que esto pase de una mera curiosidad humana, hace falta que el otro sea visto como persona insustituible, y esto re-

quiere generosidad, capacidad de salir de uno mismo y verterse efusivamente sobre la realidad ajena.

Esta tercera forma de gravitación se concentra en lo personal con preferencia a los otros aspectos de lo humano. Lo que verdaderamente cuenta, lo que importa, lo que da las mayores alegrías o tristezas, aquello de que depende la felicidad, son los asuntos personales. Las personas que participan de esta manera de vivir provocan probablemente la confianza: los que las tratan de cerca, lo suficiente para adivinar su configuración, su centro de gravitación, se dan cuenta de que lo que les confíen será recibido, entendido, no divulgado; esperan recibir por su parte compañía, acaso orientación o consuelo.

Imagínese hasta qué punto estas formas de «gravitación» afectan al ejercicio de algunas funciones, incluso profesiones. El maestro, el médico —especialmente el psiquiatra—, el sacerdote, sobre todo en su función de confesor, el psicólogo; por supuesto, el amigo, y el padre respecto de los hijos. No es probable que este aspecto, que concierne a la configuración biográfica, se tenga especialmente en cuenta; pero es evidente que tiene más alcance que la mera competencia académica o profesional.

No es fácil determinar el grado de frecuencia de esas tres contexturas o formas de vida. Lo que parece claro es que hay situaciones sociales, temples nacionales, vigencias predominantes en las diversas épocas, que favorecen una u otra instalación. Otro punto de vista que parece necesario incluir en la investigación sociológica o histórica, y que rara vez se encuentra.

La caracterología y la psicología han concentrado de preferencia su atención sobre las dotes o los recursos; creo que sería esencial poner en primer pla-

no lo *biográfico*, las diversas configuraciones de la vida, esto es, lo que se hace con las dotes o recursos. Tal vez una de las escasas ocasiones en que se ha tomado en serio esta perspectiva ha sido la noción de «hombre-masa» que puso en circulación Ortega hace más de sesenta años en *La rebelión de las masas*. Insistía en que no se trataba, ni mucho menos, de «clases sociales», sino de «clases de hombres»; todavía esta expresión no era suficiente, porque se la podría interpretar desde los caracteres psíquicos; pero el tratamiento histórico del asunto ponía en claro que se trataba de modalidades de la vida humana, de elecciones, decisiones o preferencias abiertas a los hombres y no impuestas a ellos. Insisto en este ejemplo porque es un caso particularmente claro de un concepto certero e innovador, obstinadamente mal entendido desde supuestos incapaces de comprender su sentido.

Aparece como un atractivo e incitante *desideratum* una sociología unida a la historia —son inseparables—, una de cuyas primeras metas fuese la indagación de los centros de gravitación dominantes en las diversas situaciones y su manera de condicionar las posibilidades de la vida de los individuos.

### *Inestabilidad*

Paradójicamente, la instalación primordial en el mundo personal, la gravitación hacia esa dimensión de la vida, que le da normalmente mayor estabilidad y coherencia, le confiere una peculiar forma de inestabilidad. Intentaré explicarme.

La vida humana incluye ciertos elementos mecánicos, que proceden de las presiones sociales o de

los caracteres psicofísicos; se los encuentra, se puede contar con ellos, mantienen relativa independencia respecto al curso efectivo de la vida. Por el contrario, lo que es estrictamente biográfico tiene un carácter argumental; no solo variable, sino dispuesto en una sucesión de acontecer, que por eso reclama una versión narrativa.

Lo que es personal es algo que se puede contar; más aún, cuya única forma de presentación o enunciado es la narración. Por eso las relaciones personales no son estáticas —si lo son, pierden su personalidad, y es la causa de la degeneración de muchas de ellas—. Toda inercia afecta a los contenidos personales, y esto les da una constitutiva labilidad.

Se ha hablado mucho de la probabilidad de crisis en ellas a ciertas edades, sobre todo cuando se alcanza la madurez. En los matrimonios, se atribuye por lo general a la habituación, al deseo de novedad, a las preferencias por una mayor juventud. Sin duda estos factores son influyentes; pero me pregunto si no hay otro, más bien «estructural» y biográfico a la vez, que podría ser decisivo. Me refiero a la «corteza» de que se suele revestir el adulto maduro, sobre todo si ha alcanzado cierto grado de prosperidad o importancia, y que disminuye su sensibilidad, su flexibilidad, su capacidad de salir de sí mismo; y sobre todo su *vulnerabilidad*, el temor a la cual suele ser el motivo determinante de la «corteza».

La vulnerabilidad aumenta con los años, no por ningún misterio sino porque la vida se va complicando, se hace más coherente y trabada, y por tanto las repercusiones de cada punto sobre el conjunto se intensifican. Esto es inquietante, peligroso, con frecuencia doloroso y de largas y profundas conse-



cuencias. Un impulso de defensa lleva a muchos a segregar eso que llamo corteza, como una envolvente que protege a la vez que aísla.

Esto causa inevitablemente un desplazamiento hacia las otras formas de gravitación; en el hombre, más bien hacia el nivel social; en la mujer, con predominio de lo psíquico, del trato relativamente despersonalizado. En ambos casos, el núcleo personal entra en regresión.

Si esto no sucede, si la persona acepta la creciente vulnerabilidad y arrostra sus consecuencias, que pueden ser muy graves y en ocasiones muy penosas, si se atreve a intentar ser feliz —y la única manera en que esto es posible es la personal—, el mundo personal, cada vez más complejo, más trabado, con una estructura biográficamente cada vez más sistemática, aparece en movimiento.

Sus ingredientes cambian de posición, se desplazan de uno a otro plano; varía su intensidad; al funcionar de otra forma, ingresan en diferentes contextos, que quedan afectados. Las trayectorias nuevas, iniciadas en cierto momento —es decir, a un nivel concreto de la vida— interfieren con las más antiguas y refluyen sobre ellas, con la consiguiente alteración.

Como el mundo personal tiene esencial *reciprocidad*, quiero decir se compone sobre todo de relaciones bilaterales, su variación no procede solo del sujeto, sino también de las múltiples personas que lo integran, y que experimentan por su parte otros cambios. Uno de los más importantes es el que afecta a la comprensión e interpretación del movable o movedido argumento de la vida con que se relacionan. Una de las causas más frecuentes de perturbaciones en las relaciones personales es la mala inteligencia de las variaciones de los demás.

No es operación fácil la de vivir; y la dificultad aumenta con el incremento de lo más propia e irreductiblemente humano, el núcleo personal. El otro lado, que no se puede olvidar, es el soberano atractivo —y el valor— que tiene una vida rigurosamente centrada en lo que tiene de más propio y único, en la apertura a lo que en otros es análogo y a la vez no tiene equivalente.

### *La recapitulación como sustancia*

Creo encontrar en las experiencias radicales el verdadero principio de individuación cuando no se trata de cosas, sino de la vida humana. Análogamente, el concepto insustituible de sustancia, injustamente restringido desde los comienzos de su utilización, puede tener un nuevo sentido, acaso el más fiel a su significación originaria, en esa realidad cuyo descubrimiento es la gran hazaña intelectual de nuestro tiempo.

La condición argumental del mundo personal hace que sea posible, más aún, necesaria, su *recapitulación*. A lo largo de la vida, de modo creciente, de manera principal cuando ha tenido ya un largo recorrido, se van depositando las plurales historias de las relaciones verdaderamente personales, aquellas en las que ha intervenido como tal la persona que cada uno es, y no menos las otras que han participado desde su mismo centro. En eso consiste primariamente el *contenido* de la vida.

La *ousía* aristotélica era el «haber», la hacienda, los bienes o propiedades de cada cosa. Este sentido, trasladado a otra forma de realidad, es el que encontramos ahora. Aristóteles veía en ello la suma

propiedad, *he ídios hecástou*, «la propia de cada cosa»; si no se trata de cosas, sino de una realidad dramática, argumental, que acontece, el contenido más propio se posee en la recapitulación del tejido cambiante de esas historias vividas.

Es lo que intenta apresar la biografía, lo que de manera más profunda y veraz puede alcanzar el que narra su propia vida si le es fiel y sabe establecer la jerarquía de sus importancias y la conexión de sus episodios. No es tarea fácil, ni aun para el mismo sujeto, porque para ello se requieren dosis considerables de memoria vital —no simplemente de «hechos»—, imaginación y actualización de la función de los demás.

Esto quiere decir que esa recapitulación no puede ser «egoísta», menos aún narcisista, porque entonces se pierde esa sustancia que se trata de salvar. Al contrario, el que recapitula los ingredientes y acontecimientos de su mundo personal, se encuentra inexorablemente ligado a las personas con las cuales ha hecho o está haciendo su vida. Y esas personas aparecen en su puesto efectivo, con sus variaciones de posición y distancia, con sus diversas cualidades, con su relieve vario y cambiante. Por eso puede hablarse de un mundo y un mapa.

Un mundo en el que verdaderamente se ha vivido, el *dónde* radical en el que ha acontecido la vida, y que «vuelve» a actualizarse, desde otra perspectiva, si se hace la recapitulación. Y el mapa, si se llega a trazar, es el instrumento de la posesión de ese mundo, en el cual se puede de nuevo vivir.



## XII

### *Trayectorias*

No es necesario insistir en el concepto de trayectorias, del que hago uso metódico hace ya muchos años y en diferentes contextos. Baste con recordar que el plural es esencial, ya que la vida humana no se puede reducir a una, sino que comprende una arborescencia de trayectorias de diverso origen, desarrollo, posible interrupción y sentido. Es un concepto de máxima amplitud y que encontramos en cualquier exploración de lo humano; aquí, sin embargo, nos interesa solamente la realidad de las trayectorias estrictamente personales, en cuanto integrantes del mundo también personal.

#### *Un mundo transitable*

El mundo es el escenario en que la vida humana acontece. No es, por tanto, una estructura inerte, sino que ejerce su presión sobre mí en la medida en que yo lo oprimo con mis proyectos. El verbo espa-

ñol *estar* permite comprender adecuadamente la situación: *estoy en el mundo*. Pero con la condición de evitar toda interpretación estática: *estoy viviendo*, haciendo algo en y con ese mundo, aprovechando las posibilidades que ofrece, superando o esquivando sus dificultades, moviéndose en él a lo largo de toda la vida.

Esto exige que el mundo cumpla una condición absolutamente necesaria: que sea *transitable*. Las trayectorias se *abren camino* en un mundo que se deja penetrar y recorrer. Como el hombre es proyectivo, tiene propósitos, imagina y anticipa lo que va a hacer y ser, las resistencias o facilidades que el mundo le presenta, el mundo tiene —o va adquiriendo— cierta dosis de *transparencia*, siempre limitada.

Estas cualidades son imprescindibles cuando se trata de las trayectorias personales, porque en ellas está en juego la realidad misma de quien las imagina y recorre. La justificación, esencial en todo acto humano, y que por eso requiere el uso de la razón vital, adquiere un máximo de exigencia cuando no se trata de la periferia social o convivencial, sino del centro o núcleo de la persona. En él se originan esas trayectorias, y lo que en ellas se intenta realizar es precisamente el proyecto fundamental en que la persona consiste.

Esto tiene una consecuencia inesperada: las trayectorias no se «siguen» sin más, en un sentido, se interrumpen o acaso abandonan. Como en ellas se ventila la realidad de la persona, su propia consistencia, que se mantiene a lo largo de todas las variaciones, hay que poder recorrer estas trayectorias en ambos sentidos, es decir, volver sobre ellas, tomarlas a otra altura, perseguir sus conexiones con otras. La mera marcha lineal está totalmente excluida. Po-

demos decir que ninguna trayectoria propiamente personal está nunca conclusa, se vuelve sobre ella, rebrota o reverdece, no deja de formar parte *actual* de la persona, que es siempre la misma, aunque ciertamente no sea lo mismo. La posibilidad antropológica del arrepentimiento —o su reverso la solidaridad total— se funda en esta condición.

Ahora se ve que la exigencia de que el mundo sea transitable adquiere su máxima agudeza cuando se trata del mundo personal. Lo cual muestra hasta qué punto la noción de persona es inconciliable con todo intento de cosificación, sea cualquiera el tipo de cosa que se finja. Y adviértase que, como se trata de *relaciones* personales, y el mundo es siempre el de cada cual, el carácter transitable se extiende a los mundos de las otras personas a las que como tales se refiere la mía, lo que obliga a un esfuerzo de imaginación que no se limita a los proyectos ajenos, sino que incluye los mundos en que acontecen. Puede medirse la complicación efectiva de la vida personal: parecería imposible si no se tuviera en cuenta que a la complicación de los procesos que intervienen en la vida acompaña la sencillez de los resultados, de las acciones vitales efectivas. Todo eso, que parece inaccesible cuando se lo analiza, se ejecuta con espontaneidad cuando intervienen las personas desde su núcleo íntimo.

### *Pasado y presente*

La vida humana es *futuriza*, orientada o proyectada hacia el futuro, lo que incluye la posibilidad y la irrealidad en su misma contextura. He insistido hace ya mucho tiempo y desde diversas perspectivas

en que *yo*, a medida que voy viviendo, voy dejando de ser estrictamente eso, voy pasando a formar parte de la circunstancia: con el *yo* pretérito me encuentro *yo*, el *yo* actual y proyectivo, como una posibilidad o por el contrario como una obturación de una posibilidad.

Pero la consideración del mundo personal y sus relaciones obliga a introducir una perspectiva distinta. La persona que *yo* soy está constituida por el que he sido en ese nivel; mientras lo que podríamos llamar la periferia de la vida va pasando y se transforma en circunstancia, las experiencias radicales se van acumulando como elementos constitutivos de la persona desde la que se vive y se proyecta. Hay una extraña conservación de ciertas porciones del pasado, que *no pasan*, sino que *perviven*; esta es la palabra adecuada, porque siguen viviendo, no ya en forma de recursos para nuevos proyectos, o de recuerdo, sino en el núcleo mismo desde donde se vive.

Esto introduce un punto de vista nuevo en la comprensión de la temporalidad. Independientemente del *sentido* del tiempo y de su fluencia, del carácter sucesivo y fungible de la vida, cuando se miran las cosas desde la persona se encuentra que eso no es suficiente. El pasado perdura o pervive porque se «vuelve» a él, precisamente para proyectarse. Cuando ejecuto una acción rigurosamente personal, cuando entro en relación con una persona a la que vivo también personalmente, no puedo limitarme a hacerlo desde «hoy», sino que tengo que dar marcha atrás y actualizar la realidad del *yo* que he sido.

En el amor es donde esto aparece con mayor claridad. En un amor nuevo, que surge cuando se está



más o menos avanzado en el camino de la vida, es evidente que se tiene la impresión de amar «desde siempre»; ya mostré en *Antropología metafísica* que este aparente espejismo —se acaba de conocer a la persona amada— tiene justificación, porque la ama *el de siempre*. Puede ocurrir que se desee olvidar u ocultar el pasado, pero se recurre a él *para ser quien se es*. Hay, pues, una singular acumulación de realidad en la persona que se va constituyendo a lo largo del tiempo, sin pérdida en lo que se refiere a las experiencias radicales en que va envuelta la persona.

Esto llevaría a una distinción entre la *persona* y su *vida*, tan interesante como peligrosa. Y digo esto porque existe la tentación de deslizar de alguna manera la noción de «cosa» o sujeto (*subjectum*) que vive, lo cual sería un craso error. Es menester entender la persona como aquella realidad cuya forma consiste en vivir, lejos de toda cosa, realidad dramática en la que acontece lo que parecería una contradicción ontológica: la inclusión de la irrealidad por la condición futuriza, la persistencia del pasado a pesar de haber transcurrido.

La persona es, pues, una extraña «condensación» de temporalidad, que se actualiza —es decir, que es real— en cada momento. Se podría decir que la persona está «cargada» de temporalidad, que se va descargando en cada uno de sus actos, el cual no sería inteligible de otra manera. Le faltaría la justificación, que es la que lo hace *posible*, porque lo que el hombre hace personalmente, desde sí mismo, desde su unicidad irreductible, no brota de ningún impulso externo o de un mecanismo psíquico, sino de una motivación en que interviene la totalidad de la persona. Y al decir motivación no se entienda un

proceso psíquico de «deliberación», que puede faltar, y especialmente cuando el acto es auténtico e intenso, sino una movilización de la persona misma en su conjunto, desde sus raíces y con la íntegra distensión temporal. La presencia de estos caracteres, tan poco usuales, tan distintos de los que la psicología y aun la filosofía ha solido considerar propios del hombre, es lo que permite reconocer la condición personal que se manifiesta en ciertos hechos humanos y no en otros.

Esta estructura de lo que es personal es el fundamento de un fenómeno bien conocido, y que se suele entender desde niveles más superficiales: la supervivencia biográfica de ciertos momentos privilegiados. Al considerar una vida, la propia o una ajena, se descubren en ella algunos jalones de particular relieve, que establecen su articulación. Se tiene la impresión de que son actos o sucesos «importantes», ligados a las edades o algunas decisiones de largas consecuencias.

No es que esto no sea verdad, pero no es la primaria. Tales momentos privilegiados son aquellos en que ha funcionado con plenitud la persona como tal, los vividos desde ese centro, sobre todo —aunque no forzosamente— cuando en ellos ha estado implicada otra persona desde el mismo nivel. Cuando esto último falta, se produce un equívoco que suele traducirse en un grado mayor o menor de inautenticidad. Es la explicación de muchas relaciones que, planteadas en el nivel de lo personal, encierran un elemento de falsedad y frustración.

Es muy frecuente que el hombre oculte, hasta para sí mismo, sus motivos personales, recubriéndolos con otros que parecen «objetivos» y más justifi-

cables. En nuestra época, el utilitarismo, la conveniencia, sobre todo económica, parecen lo decisivo, la justificación inteligible y aceptable. ¿Es siempre así? Creo que no. Por debajo de esa apariencia, se toman decisiones cuyo verdadero motor es otro, estrictamente personal, del que el sujeto casi se avergüenza. Y, sin embargo, es el verdadero, el que permite comprender; y el que dará ese carácter de momento privilegiado a ese acto, que perdurará como uno de los puntos de articulación de una trayectoria vital.

La elección de profesión o carrera, el vivir en una ciudad u otra, la orientación política, tienen motivos enteramente diferentes de los que parecen condicionar la decisión. Tal vez el porvenir económico, el prestigio social, el juicio que merecen unos políticos, quedan subordinados al apego a una ciudad, a la resistencia a no ver un paisaje determinado, al deseo de ver con frecuencia a algunas personas, o conservar su estimación.

Cuando esto es así, el suceso biográfico tiene dos caras: la aparente, dependiente de las vigencias o de los motivos reconocidos, y la real y más profunda, que puede no ser clara ni para el propio interesado, pero que seguirá iluminando su biografía, con un relieve desproporcionado a la importancia que se le concede. Y puede ocurrir que esa motivación personal, pasado cierto tiempo, deje de ser sentida como válida y auténtica, lo cual implica una descalificación de la decisión tomada en virtud de ella. Esto produce una situación de inseguridad y vacilación, en que el tiempo pretérito vuelve con otra faz y otra significación, y ello obliga a enfrentarse con él de nuevo desde otro nivel, a tomar posesión de la trayectoria y revisarla a la altura en que la perso-

na se encuentre y, claro es, en conexión con otras iniciadas y desarrolladas después de aquel momento inicial. La articulación del tiempo personal es sobremodera compleja si se la ve en su realidad efectiva.

### *Importancias y eclipses*

La capacidad de atención es limitada. El número de relaciones personales es variable, pero se mueve siempre en cifras reducidas. En algunos casos, mínimas; en otros, bastante considerables, pero que no pueden rebasar lo que podríamos llamar el estado de saturación. Esas relaciones se ordenan biográficamente en una jerarquía de importancias que tiene poco que ver con las objetivas, oficiales o reconocidas en el mundo en que se vive. Es muy posible que se deje sin contestar una carta de una persona sumamente «importante», o que se cree tal, y se apresura uno a responder a otra que parece insignificante, pero que en la vida efectiva tiene singular relieve.

El reconocimiento y aceptación de las importancias verdaderas es un factor decisivo en la autenticidad de las vidas; y no es fácil, porque las presiones exteriores son tan fuertes, que no es probable tener claridad, a menos que se tenga notable lucidez y se haga el esfuerzo requerido.

Agréguese a esto la variación de la escala de importancias, que no se puede dar por establecida de una vez para siempre. Pocos están alerta para percibir esos cambios, menos aún los que les dan «entrada» y obran en consecuencia. El grado en que esto sucede, la claridad de cada uno respecto a la

importancia que para él tienen las diferentes personas de su entorno, es uno de los rasgos más constitutivos de una vida.

Uno de los fenómenos más característicos de estas variaciones es que causan *eclipses* en los elementos del mundo personal. Pueden producir una especie de «mala conciencia» y son difícilmente aceptados; se los interpreta acaso como «infidelidad» respecto a la persona eclipsada, tal vez ingratitud o desvío. Puede ser, pero no es forzoso, y usualmente no envuelve nada negativo, sino simplemente la limitación de la atención. Lo negativo es no reconocerlo, porque eso introduce un elemento de falsedad.

Es muy posible que la estimación, afecto y contacto verdaderamente personal con alguien no se altere, pero quede desplazado a un segundo plano porque la atención se concentra con particular intensidad sobre otra persona. Esta última es tal vez desconocida para la primera, y de ahí nace su interpretación negativa, probablemente dolorida, del cambio.

El ejemplo más claro y elemental es la modificación producida por el nacimiento de un hijo —en ocasiones, de un nieto—. Como se trata de algo «normal», se reconoce y acepta fácilmente. Pero no siempre por los hijos anteriores, que tienen la impresión de ser preteridos, de que sus padres quieren más al nuevo, y este es el origen más frecuente de la envidia entre hermanos. Es verosímil que no sea así, que los primeros hijos sean queridos como antes, y acaso preferidos al recién llegado, pero la atención, diríamos la iluminación, se concentra sobre este, con la consecuencia del eclipse momentáneo.

En otras situaciones, es más problemática la aceptación y el reconocimiento, pero es esencial que ocurran por parte de la persona cuya atención e interés se han desplazado hacia otra nueva; y que puede no ser «nueva» en el sentido de haber ingresado en el contorno humano, sino que el eclipse está motivado por el descubrimiento más pleno de ella, por haberse modificado el vector de la proyección hacia ella, y no menos el de respuesta de esa persona. ¿Cuántas veces se tiene esto en cuenta para entender las vidas, y aun para orientar y conducir la propia?

### *Relaciones conclusas*

Hay relaciones personales que, a pesar de haberlo sido, pertenecen definitivamente al pasado. Se pensará en las interrumpidas por la muerte, pero puede no ser así, como ya hemos visto: el puesto de los muertos en nuestra vida puede ser rigurosamente actual. Se trata más bien de otras formas de alteración.

Algunas relaciones quedan adscritas a una edad, pasada la cual se extingue su cualidad, a menos que sean renovadas o «revalidadas», con otro signo, a otro nivel de la vida. Por supuesto esto sucede con las infantiles, y la ausencia de esa renovación es la causa del deterioro que las afecta a veces, entre padres e hijos, entre hermanos.

En grado menor, concluyen también muchas relaciones juveniles, que han sido vivas y auténticas pero palidecen desde la madurez, cuando cada uno ha entrado en una trayectoria principal que no incluye al otro. A veces la divergencia es tal, que la

atención de los dos sigue caminos enteramente independientes; y esto puede afectar también a relaciones de la madurez.

Si se es sincero, se confiesa que no se tiene relación personal con alguien que indudablemente fue término de ella, con posible reciprocidad. Si esta persona aparece de nuevo en el horizonte, se tiene la impresión de que es casi un extraño. Y se puede obrar en consecuencia o fingir una reanudación de la vieja relación inexistente.

Acaso sean dos errores. Hay relaciones inequívocamente extinguidas pero que, al evocarlas, despiertan una inconfundible resonancia de proximidad. *Fueron* personales; afectaron a la persona que se era en cierto momento, y que da la casualidad de que es «la misma» que está evocando, aunque se haya transformado decisivamente. Forman parte de la realidad pretérita, que se conserva subterránea en la presente. Negar esto es una falsificación; darle la actualidad que perdió, otra no menor.

Si se traslada esta consideración a la vida colectiva, nos puede orientar sobre la visión de la historia. El pasado no es presente ni puede serlo; pero lo que es absolutamente real es que *nos ha pasado*, y si lo olvidamos nos despojamos de parte de nuestra realidad y nos falseamos. Aquello que fue sigue estando, en el pretérito, con esa extraña forma de presencia que es el haber sido. Las relaciones concluidas lo son, pero queda de ella la huella indeleble de su realidad pasada, más aún, localizada en un punto preciso de la biografía. A veces han dejado de ser personales; pero puede ocurrir que conserven ese carácter, en forma espectral; podríamos decir que conservan su «cualidad», pero puestas entre paréntesis o desconectadas de la actualidad de

nuestra vida, por el paso del tiempo y la alteración de las perspectivas.

Puestas en su lugar, con respeto a sus cualidades a lo largo del tiempo, son porciones irrenunciables de esa recapitulación que es, cuando se lleva a cabo, la plena toma de posesión de la propia vida.

### *Las ramificaciones*

En cada momento de la vida hay un equilibrio entre las diversas direcciones de la proyección y las respuestas correspondientes. La vida se articula en una pluralidad de trayectorias, originadas en diferentes momentos, de distinta intensidad, en fase de incremento, estabilidad o declinación. Solamente parte de ellas tienen carácter personal. Estas, sobre todo, tienen casi siempre como punto de referencia a otras personas, cada una de las cuales no agota su vida en esa función, sino que tiene un haz de trayectorias igualmente variadas y con otros puntos de referencia. Todo ello está en movimiento, con desplazamientos más o menos frecuentes por parte de todas las personas implicadas. Esto puede dar una idea de la complejidad real de este mundo que intentamos describir y comprender.

Las ramificaciones de las trayectorias se ordenan en torno a un argumento principal de la vida. La persona gravita en cada momento hacia una empresa, proyecto o meta, que puede ser otra persona o algo distinto. Esto introduce ya una diferencia esencial en la configuración de la vida.

La importancia de las ramificaciones en comparación con la trayectoria principal es muy variable y es otro de los rasgos capitales. Hay personas defini-



das por un propósito, una ambición, el logro del poder, una obra que se intenta realizar; otras reparten la atención, el «peso» de su vida, entre una variedad de fines; las primeras son enérgicamente unitarias; las segundas tienden a la dispersión.

Esta caracterización se cruza con la que antes mencioné: el grado en que algunas personas son el término o punto de aplicación de las trayectorias. Es siempre personal aquello en que se pone el núcleo originario y más propio de la vida, aunque sea impersonal —o transpersonal— lo que se busca. Pero hay casos en que el *terminus ad quem* es también personal, a veces literal y exclusivamente, cuando lo único que verdaderamente importa son ciertas personas —por ejemplo, la mujer concentrada sobre su familia, tal vez sus hijos, de forma que todo lo demás es mera periferia—. Hay otra forma distinta, y es aquella en que los fines no directamente personales —los del político, el hombre de empresa, el artista, el escritor, el religioso— están matizados por la referencia a una o varias personas, para las que se hace eso que se hace, y cuyo alcance real va mucho más allá.

Sería de apasionante interés poder ver en las figuras cuya comprensión buscamos la fórmula de su contextura proyectiva. Vistas a esta luz, serían mucho más inteligibles, descubrirían el relieve efectivo de su configuración personal, se podrían descubrir los motivos reales de las conductas, los resortes más íntimos de la creación. Y, por supuesto, sería menester asistir al decurso de estas vidas con sus variaciones internas, con los desplazamientos del equilibrio, los nacimientos o declinación de las vocaciones, el ingreso en sus vidas de unas u otras personas decisivas.

Imagínese cuánto falta para el conocimiento real de cualquier persona —sin excluir la propia— y compárese lo requerido con la tosquedad de los instrumentos intelectuales que suelen aplicarse, y muy especialmente los que tienen pretensión científica, la mayoría de los cuales ni siquiera rozan el verdadero problema; quiero decir que no se llegan a plantear las preguntas que habría que hacerse, sea cualquiera la probabilidad de encontrarles respuesta adecuada.

Y no se pierda de vista que al distinguir entre el argumento principal y las ramificaciones no se quiere decir que estas sean secundarias o desdeñables, porque, en primer lugar, el central se nutre de ellas, que constituyen en gran parte la riqueza de la vida —por eso los hombres unilaterales y de un propósito único propenden a la sequedad y a veces a lo maniático o a cualquier forma de fanatismo—; y, por otra parte, porque puede ocurrir que alguna de las ramificaciones se adelante hasta el primer plano y se convierta en el cauce por donde transcurrirá lo más hondo y propio de la vida.

### *Persistencia de la opacidad*

El contacto de persona a persona, que rebasa la convivencia social y va más allá de la superficie, ilumina la realidad hasta el punto de saber *quién* es la persona así conocida. Pero la opacidad constitutiva de lo humano no desaparece enteramente.

Hay diversos grados entre la total opacidad y la transparencia, que nunca es absoluta. La impresión que se tiene en lo que afecta a ese grado se refleja en diversas expresiones de la lengua, depósito de

antiguas experiencias vividas. A veces se dice —o al menos se piensa— que no se sabe «de qué es capaz» alguien. Es la fórmula de inquietud que ha producido siempre el desconocido, y que ha llevado muchas veces a vivir en estado de desconfianza; pero puede darse frente a personas bien conocidas, con las que se tiene verdadero trato personal, que no excluye una oscuridad respecto a ciertas dimensiones.

Una forma atenuada de esta situación, menos cargada de desconfianza, que no envuelve un matiz negativo sino que está abierta también a lo favorable, es la que corresponde a la expresión «tiene más dentro que fuera». Se adivina una hondura que no se hace patente, un reducto en el que no se penetra, que puede producir cierta zozobra o bien prometer cualidades y valores que no están a la vista. Es uno de los factores que inspiran interés, que impulsan a adentrarse en el conocimiento de alguien, a frecuentar y hacer más cercano su trato.

A veces predomina la transparencia: se siente seguridad respecto a la conducta de una persona, más aún, sus expresiones responden a su realidad interna. Esa transparencia no excluye la profundidad, como un agua clara, y permite entrever riquezas que son la más fuerte invitación a una exploración que puede ser inagotable. Esta situación no es frecuente; tiene carácter recíproco: una persona es transparente *para otra*, mientras acaso es un arcano para otras muchas. Supone una afinidad entre dos contexturas personales, que permite una cercanía excepcional y da a la convivencia un argumento delicioso e inagotable. Sin embargo, aun en este caso persiste un ingrediente de opacidad, un último reducto en el que es difícil penetrar y que invita a ha-

cerlo. Esto puede ser voluntario, pero probablemente no lo es, sino que responde al elemento de arcano e incertidumbre que la persona posee hasta para sí misma. Sobre todo, por su carácter esencialmente *futurizo*, por no estar dado sino viniente, hacia una realidad hecha de inseguridad.

No coincide este aspecto con otro, muy importante en las relaciones humanas, que pueden ser apacibles o borrascosas. Algunas, y entre ellas muy intensas y próximas, envuelven un elemento de *lucha* que les da cierto sabor pero las compromete y dificulta. Tal vez dos personas «no se entienden» pero puede suceder que se entiendan demasiado bien y por ello choquen. Es posible que en alguna o en las dos haya una resistencia a dejarse comprender, a descubrir su intimidad, a entregarla. Uno puede sentirse «sorprendido» por la perspicacia del otro, que parece leer en su interior. Tal vez, por el contrario, el malestar y la lucha proceden de una incapacidad de comunicar lo más propio, que se desea compartir. Finalmente, puede darse una divergencia o antagonismo de los proyectos, conciliable con una profunda vinculación, estimación y afecto en el nivel estricto de la persona.

Es probable y frecuente que los hijos, pasada la niñez o la primera juventud, se vuelvan opacos para los padres, que no saben «por dónde andan» o «qué ha sido de ellos»; los hijos pueden percibir la opacidad de los padres, por falta de curiosidad, y en ese caso la aceptan con naturalidad, o porque no les resulte accesible su vida, especialmente la anterior a ellos, por no saber biográficamente «de dónde vienen».

Las relaciones amorosas, sin exceptuar las matrimoniales, están llenas de ejemplos de lucha o bo-

rrasca, acaso permanente, y que puede convertirse, en casos extremos, en el principal argumento de las vidas. Los celos pueden ser un factor importante, y su fuente principal es la impresión de opacidad, el no saber a qué atenerse respecto al otro, en un aspecto decisivo.

Transparencia y apacibilidad no disminuyen el interés; al contrario, permiten la holgura, tan necesaria para la plenitud de la vida, y con el clima en que se lleva a cabo con especial intensidad la exploración del otro, el ahondamiento en su persona, que puede ser ilimitado si una de ellas tiene riqueza y la otra imaginación —o si las dos poseen ambas cosas, lo que lleva a la última perfección de una relación humana.

### *Lo incondicional*

Cuando se siente un interés vivo y cercano por alguien, existe el peligro de la «idealización». El ejemplo más famoso es la teoría de la *crystalización* que formuló Stendhal en su libro *De l'Amour*, según la cual el que ama deposita perfecciones sobre la persona amada, hasta recubrirla, como ocurre con una rama en las minas de sal de Salzburg. Si esto sucede, en la relación personal se esconde un error, una desfiguración.

No parece necesario, ni mucho menos. La atención que se dirige a una persona, en la amistad intensa o en el amor, redobla la perspicacia. La mirada se hace más aguda; sobre todo, el interés por esa persona aumenta y, de no haber voluntad de engañarse, no deja escapar nada. Lo normal es que se sepan muy bien los defectos de las personas queri-

das, por ejemplo de los hijos; que no se quieran ver es otra cosa.

Precisamente lo que caracteriza lo verdaderamente personal es que, por referirse a la persona *misma*, es conciliable con la percepción de rasgos negativos, con decepciones parciales, hasta con descalificaciones en algunos aspectos. Usando los dos sentidos de esta espléndida palabra, se puede decir que aunque «no se haga uno ilusiones» con una persona, se puede «tener ilusión» por ella.

Esta es la razón de que las amistades, los amores, los matrimonios cuando proceden de amor, puedan sobrevivir a multitud de dificultades y descontentos, que se pueden tener muy presentes, pero que no destruyen el núcleo de la relación personal. El hecho, de tal frecuencia que pasa de lo cuantitativo a lo cualitativo, de los fracasos amorosos en nuestro tiempo es indicio de que muchas veces falta toda implicación de las personas como tales, y las relaciones existentes son periféricas, superficiales o simplemente inauténticas.

Hay, por tanto, en las relaciones personales un núcleo que se puede llamar *incondicional*, de variable extensión y profundidad. Si no existe en ningún grado, se puede afirmar que tal tipo de relación no existe —es un excelente criterio para identificarlas o filiarlas—. Un fondo irreductible de *adhesión*, que supera descontentos y dificultades, un elemento de «a pesar de todo», es el rasgo que define lo personal.

Pero esa dimensión *incondicional* puede tener otro sentido, no mínimo o residual, sino plenamente positivo. En algunas ocasiones, sin duda poco frecuentes, se descubre a una persona de tal manera que la propia se orienta hacia ella sin reservas, con

un «sí» abarcador, que no significa una ceguera para las limitaciones o defectos —por el contrario, la mirada puede ser «implacable» en su agudeza, por la importancia que todo adquiere—, sino una confianza radical en el núcleo de la persona y en la posibilidad de llegar a él y acaso de ser igualmente comprendido desde ese centro.

No es menester encarecer la dificultad de que se den todas las condiciones requeridas. Cuando se dan, todavía hace falta algo más: la audacia de intentar esa aproximación, la efusión de la propia realidad, requisito indispensable, la imaginación necesaria para darse cuenta de la contextura de esa persona que ha ingresado en el mundo propio.

Aunque parezca absurdo, hace falta una condición previa más: la creencia de que tal relación es posible. Si esta no se da, es casi imposible que esa situación de donación y recepción incondicionales llegue a existir. Por eso, casi todas las relaciones personales son penúltimas, gran limitación humana.





## XIII

### *El fondo de la persona*

#### *Puertas abiertas y puertas cerradas*

El mundo, por ser transitable y articulado, presenta aperturas y cierres respecto a las posibles trayectorias. Las circunstancias de todo orden condicionan esa estructura y permiten o impiden las posibilidades biográficas. La época en que se vive, y por tanto el nivel; las diferentes configuraciones sociales; los elementos étnicos, familiares, económicos; la lengua en que se está instalado; las dotes psicofísicas; por supuesto el sexo a que se pertenece; todo eso es el punto de partida —nada menos, pero tampoco nada más— para la realización del haz de trayectorias de cada vida.

He hablado de «articulación» del mundo, porque este no es amorfo; el individuo encuentra una estructura social e histórica, ciertas líneas en la que la penetración es fácil, otras en las que se tropieza con montañas infranqueables, ríos que no se pueden cruzar, desiertos desalentadores. Por eso se

puede hablar de *puertas* abiertas o cerradas; el mundo, en principio transitable, tiene que ser además «practicable».

Lo que hay que tener presente es que esta disposición no está dada de una vez para todas, no es permanente. El hombre se pasa la vida abriendo puertas cerradas, y algunas veces cerrando las que estaban abiertas. Se podría reconstruir la historia desde este punto de vista. La técnica —incluyendo en este concepto también las «humanas»— es el gran instrumento de apertura y dilatación del mundo, pero también puede ser una tentación para su oclusión.

En la perspectiva que aquí primariamente nos interesa, la de las relaciones personales, hay que advertir que están siempre en movimiento, como ya hemos visto; ese mundo constituye un sistema *viviente*, dentro del cual se ensayan trayectorias por parte de todos sus miembros, que unas veces se logran y otras no, y que van alterando la posición de sus elementos.

Por esto no se puede uno contentar con un punto de vista único, ni siquiera el propio. Hay que partir de él y referirlo todo a él, porque es desde donde se vive, por la condición inevitablemente central del yo —central respecto a su circunstancia, incluida la humana—; central, pero relativamente «excéntrica», porque a la vida le pertenece desde luego una orientación o sesgo, que establece direcciones privilegiadas.

Si a esta condición se añade la de reciprocidad, se ve que hay que hacer entrar en la consideración las otras perspectivas que integran el «mundo» humano, y más especialmente el personal. En mecánica son notorias las dificultades del llamado «proble-

ma de los tres cuerpos»; imagínese cuáles serán las de una pluralidad de *quiénes* o centros de proyección, y por tanto las de la cartografía que estamos intentando. Es inevitable —el lector lo está viendo— la introducción de multitud de perspectivas y, lo que es más, la vuelta a ellas desde los distintos niveles: la estructura *espiral* es inseparable de lo humano, y por eso es la que pertenece al pensamiento filosófico.

### *Actualización*

Nada propiamente humano es «dato» o «dato»; el carácter de acontecer, y por tanto el dramatismo, es inseparable, y cuanto más propiamente humano es algo, más intrínsecamente le pertenece. Por esto, la condición personal requiere su actualización; el hombre es persona —he explorado largamente esa condición, ligada a la de *criatura*, es decir, la creación vista en su resultado, tanto en *Antropología metafísica* como en *Razón de la filosofía*—, pero no siempre vive como tal: una gran parte de su vida está sujeta a diversas formas de despersonalización, y solo en momentos privilegiados la persona es plenamente actual.

Ahora bien, la persona se «nutre» de personas; despliega su realidad al verterse efusivamente sobre otras; y cuando está en *soledad* —algo esencial e indispensable—, esto significa una retracción respecto a las otras personas, una soledad *de ellas*, en la cual siguen presentes.

Creo que esto permite medir los grados de *intensidad* de las personas, que difiere enormemente. Si se tiene alguna sensibilidad para ello, ante una per-

sona se percibe en qué medida lo es; mejor dicho, lo está siendo, y por eso hablo de actualización. Esa intensidad está estrechamente ligada a la capacidad de efusión, porque la personalidad es *transitiva*.

Hay un aspecto de la vida que siempre me ha parecido de extraordinario alcance: su carácter cíclico, cotidiano, el que empieza por la mañana y termine por la noche, con la interrupción mayor o menor del sueño. Me he preguntado muchas veces *a qué* se despierta el hombre. Al mundo, ciertamente, y a un mundo muy concreto —véase la diferencia entre el habitual y cotidiano y el excepcional, por ejemplo durante los viajes—; también se despierta uno a la felicidad o a la infelicidad, que parecen estar esperándonos cada mañana.

Desde otro punto de vista hay que preguntarse *a quiénes* se despierta cada uno de nosotros en cada fase de su vida. La habitualidad incluye en ese número a las personas con las que se convive en la casa, en el trabajo, en la escuela, en la universidad. Pero, con otro sentido y otro relieve, se despierta uno a unas cuantas personas con las cuales se tiene una relación enteramente distinta, que son las que constituyen el mundo personal. Hacia ellas se orienta desde luego la expectativa, la tensión proyectiva, en casos favorables la ilusión.

A veces, con algún retraso y cierto esfuerzo, se cae en la cuenta de que también hay que incluir en ello a otras personas con las que inicialmente no se había contado. Esto significa un grado inferior de actualización, por parte del sujeto o de esas personas, más probablemente de la relación mutua.

No se despierta uno siempre a las mismas personas, ni en la misma forma; aparecen o se desvanecen, varía su intensidad o relieve, su posición en el

conjunto de ese mundo. Es uno de los ingredientes capitales del mapa que buscamos y tratamos de dibujar. El balance de la vida se podría hacer con gran precisión teniendo en cuenta este sencillo fenómeno cotidiano, respecto al cual no solemos tener demasiado claridad.

No es necesaria la presencia física. Nos despertamos tal vez a personas remotas, con un rasgo de privación; o a personas muertas, acaso con la máxima intensidad. Pero difiere la forma de la proyección; en los casos de ausencia difícilmente superable o radical y definitiva, la proyección se aleja hacia planos remotos de la vida o hacia las ultimidades; por el contrario, en proximidad, la anticipación es viva, inmediata, a veces imperiosa, amenazada por la inseguridad y la posible frustración.

Todavía queda una pregunta, y es la más importante. Una es *a qué* se despierta uno; otra, más honda, *a quiénes*; falta la tercera: *quién* se despierta. La mayoría, en una cierta nebulosidad, son los sujetos o soportes de las tareas pendientes, de los usos, de la situación en que viven; son grados deficientes de actualización personal; pero la persona está siempre ahí, al menos en estado latente, precisamente como sustrato de todo lo demás. En algunos casos, la actualización es inmediata: el que se despierta es *quien* está viviendo, quien vuelve a empezar a vivir.

El síntoma más claro y visible es que parece recoger el contenido de su vida, su nivel, su tonalidad, sus proyectos, las personas con las cuales pretende continuar su vida, en suma, su mundo personal.

El problema metafísico que se plantea al intentar comprender la persona humana consiste en la dificultad de negarle «realidad» o deslizar en su concepto el modo de ser de las cosas. Se puede caer en la tentación de considerar que la persona se identifica con su cuerpo, y tratar de descubrir en él los caracteres personales. Otra tentación, no menos grave, es deslizar la noción de cosa en el núcleo mismo de lo personal: cuando se dice, como en una larga tradición filosófica, «el yo», se altera su sentido propio, pronominal, el que tiene cuando se dice simplemente «yo», en una singularidad e irreductibilidad a toda cosa, puesto que *yo* me encuentro con ellas y me enfrento con ellas.

El evangelio de San Juan dice que el Logos, el Verbo —es decir, la segunda Persona divina de la Trinidad— «se hizo carne y habitó entre nosotros». Retengamos, para lo meramente humano, el acierto de esta fórmula. La condición carnal, la corporeidad, es la que hace posible la mundanidad, el «habitar entre nosotros», en el mundo. Por ser corpóreo, yo estoy en un mundo también corpóreo, carácter que no tendría sin mi propia corporeidad o carnalidad.

Se trata, pues, de la encarnación: en el cuerpo, en el mundo, en la historia. Esto *me* vincula a toda la realidad, en medio de la cual y con la cual me realizo proyectivamente, *hacia* algo —mejor dicho, *alguien*— que pretendo ser, y para lo cual necesito las realidades distintas de mí y que encuentro, y entre ellas las otras personas, que comparten conmigo esa condición.

El concepto de *instalación* como estructura bio-

gráfica del estar, que analicé bastante a fondo en *Antropología metafísica*, me parece adecuado para plantear esta cuestión. La forma real de expresar la situación de la persona que yo soy es: *yo estoy viviendo*, que excluye a la vez lo estático y lo meramente actual, la instantaneidad que no pertenece al vivir.

Finalmente, es la forma concreta de radicación de la persona que yo soy en la realidad radical que es mi vida, la cual incluye todo lo que encuentro o puedo encontrar. Al constituirme como persona, de manera proyectiva, programática e insegura, me descubro como indigente, menestero, insuficiente: todo lo contrario del aislamiento, la autonomía o la tentación de solipsismo. Siento mi dependencia y limitación; paradójicamente, para ser alguien cuya realización se presenta como inagotable.

¿Qué quiere decir esto? La persona humana nunca está concluida, siempre en camino, haciéndose, con posibilidad de dilatación e intensificación. El tener conciencia de ello es el permanente estímulo humano, la tentación de la soberbia. El hombre puede tener una impresión de infinitud —a lo largo de la historia, el «superhombre» en cualquier forma está ante sus ojos—. Pero si se miran las cosas más a fondo, si se sigue pensando —que es la clave del verdadero pensamiento—, pronto surge la evidencia de la humildad que destruye la soberbia. En cualquier momento, se descubre que «no se ha llegado». Lo que había parecido infinitud no era más que indefinición.

## La comprensión de la muerte

La muerte nos rodea por todas partes, aparece en el horizonte con frecuencia. En las grandes ciudades mueren todos los días decenas o centenares de personas, y a veces sus nombres se publican cotidianamente en los periódicos. Leemos distraídamente las noticias o las esquelas de defunción; pasamos los ojos con indiferencia sobre las estadísticas; apenas nos perturba el número de personas que han muerto en accidente el último fin de semana; más aún, el de las que *morirán* en el próximo.

Siempre que la muerte parece comprensible, es que se ha abandonado la perspectiva personal. Más aún, cuando sabemos que una persona conocida va a morir, es bastante probable que empecemos a pensar en ello de una manera impersonal; y cuando ha muerto, es frecuente que reaccionamos con «naturalidad», acaso con eficacia, poniendo todo ello en un plano que no es el de la relación personal.

A veces, sin embargo, no ocurre así. La muerte de alguien relativamente lejano, o de trato infrecuente, que no ocupaba demasiado «espacio» en nuestra vida, nos perturba mucho más de lo que hubiéramos pensado. Nos sentimos afectados, heridos, quizá mutilados; nuestro equilibrio se altera, no somos capaces de reducir el suceso a algo racional, comprensible, que está en el orden de las cosas.

Es que no estaba en el orden *de las personas*, que teníamos con aquella una relación, quizá limitada, no muy íntima, ni muy cálida, pero estrictamente personal. Hacíamos con ella, acaso sin saberlo, una parcela de nuestra vida. Sentimos una resistencia a aceptarlo como «natural», y tenemos razón, porque la persona como tal no pertenece a la naturaleza.



El ejemplo extremo es el de la muerte de un animal, que en ocasiones nos perturba más que la de muchas personas relativamente próximas, que «cicatrizan» con insólita rapidez. El animal no era persona, ni poco ni mucho, pero podíamos haber puesto mucho de nuestra persona en el trato con él; es *nuestra* persona la que ha quedado disminuida, y una porción de ella se queda cortada, sin punto de aplicación, como un muñón.

La muerte de las personas que son parte esencial de nuestro mundo resulta *inaceptable*. Hay un movimiento de protesta, de rechazo, una impresión de injusticia, que no debemos pasar por alto. En términos personales, la muerte es *incomprensible*. Casi siempre se buscan explicaciones superficiales a este hecho radical: las consecuencias del que deja familia en situación penosa, el niño, con toda la vida por delante, cuya desaparición parece absurda; las cualidades o talentos que se pierden.

Todo esto puede ser verdad, pero enmascara el fondo de la cuestión: cuando sabemos lo que es ser persona, cuando vivimos a alguna como tal, no entendemos que pueda morir, nos parece contrario a su realidad.

Esto nos hace inadmisibile la identificación de la persona con *su* cuerpo; la muerte de este es perfectamente inteligible, pero eso no nos ayuda a entender la muerte de la persona de quien era ese cuerpo. Es curioso que la evidencia de esto se descarte con tanta facilidad en algunas épocas, sobremanera en la nuestra, por la fuerza que tienen las ideas recibidas, principalmente cuando tienden a reducir lo humano a formas inferiores de realidad.

La dificultad llega a su extremo, con un cambio de cualidad, cuando se trata de la muerte propia; se

entiende, de su anticipación. Sabemos que tenemos que morir, que esto puede ocurrir en cualquier momento; cuando se ha avanzado en la vida, se tiene la certidumbre de que la muerte está próxima, aunque su fecha sea incierta: algunas parecen sumamente improbables, las siguientes, se sabe con seguridad que no se llegarán a vivir.

Y, sin embargo, la muerte propia, *como tal*, es en rigor impensable; ejecutamos con ella una operación parecida a la que se lleva a cabo con los prójimos que no nos afectan en lo más íntimo: la despersonalización. La razón de esto es que la persona vivida como tal, y así ocurre con la propia, es en un sentido extraño algo *absoluto*, y su negación o supresión parece sin sentido, algo contradictorio.

En épocas de fe cristiana profunda y vigente, probablemente esto no era así. Se veía la muerte como un «tránsito», como el paso a la «otra vida», con el dramatismo de su desenlace. Esto, por una parte, daba realidad a la muerte misma, algo que había que experimentar y cruzar, como una frontera. El hombre pensaba que *él* tenía que morir, y podía hacerlo bien o mal. El concepto de una «buena muerte», de tan larga vigencia, apenas se concibe; a lo sumo se entiende como aquella de que el sujeto no se entera, es decir, que no «vive», que no existe para él.

Se dirá que hay muchas personas que participan de esa fe, para quienes la muerte significa, en una u otra forma, eso. Pero hay que preguntarse hasta qué punto es verdad. La presión de las creencias sociales, de las interpretaciones usuales, de las formas del lenguaje, es de tal modo eficaz, que son muy pocas las personas que, gracias a un enérgico esfuerzo, son capaces de imaginar personalmente *su* muerte, la de la persona que cada una de ellas es.

La imaginación de la muerte propia como fase de la vida, como acción del sujeto, si se consigue, es una de las formas más íntimas e intensas de la posesión de la realidad, de la afirmación de uno como persona. Y esa anticipación refluye retrospectivamente sobre el conjunto transcurrido de la vida y la pone a una luz personal.

### *El abismo adivinado*

Como en tantas ocasiones, se encuentra con asombro que el pensamiento ha sido parco en plantear las cuestiones decisivas. La dificultad es una explicación, pero me parece insuficiente: en otros problemas no se ha rehuido nunca. Esa resistencia que se advierte revela, en mi opinión, cierto temor. No es fácil atreverse a desvelar los últimos reductos de lo que somos. Esto explicaría la poderosa inclinación al reduccionismo, a intentar entender lo humano como lo animal, cósmico, lo que sea; en último extremo, a eludir el fondo radical y disolverlo, por ejemplo, en lo meramente psíquico.

Esto ha sucedido muy especialmente con la noción de persona. Acaso la teología, al estudiar las personas divinas, ha ido más lejos, aunque con el estorbo de haber utilizado excesivamente la filosofía griega —como filosofía y no como *prefilosofía*—; pero la radical distancia entre lo divino y lo humano y, más aún, la falta de intuición inmediata, hace inexcusable una consideración directa de la persona humana.

Al intentar pensarla se tiene la impresión extraña de *tocar fondo*. Se abandona el terreno cómodo y seguro de las cosas, se entrevé un abismo, una forma

desconocida de realidad, que es precisamente la de nosotros mismos. No solo se tiene miedo de aventurarse en el problema,\* sino que se extiende al *vivir* desde esa realidad. No sería excesivo decir que el hombre se pasa la vida *defendiéndose* de la persona que es, sustituyéndola por algo distinto, poniéndola entre paréntesis, aplazándola.

Vivir personalmente quiere decir entrar en últimas cuentas consigo mismo, mirar al fondo, y encontrar que no hay fondo. Es la vivencia desazonante de la *infinitud finita*, de la limitación inagotable. El hombre, si es veraz, encuentra que es «poca cosa»; y al mismo tiempo descubre, con asombro y cierto espanto, que es una persona en la que se podría ahondar indefinidamente, más aún, que invita a ello, que lo reclama, y si no se hace se tiene la impresión de estar huyendo de uno mismo.

Hay épocas en que esto no ocurre más que dentro de límites tolerables, compatibles con una vida personal. Cuando esa huida se generaliza y no está compensada por unos supuestos que aseguren la instalación, aunque no sea explícita, en esa condición, la personalidad misma queda en entredicho y la vida humana se rebaja en un grado. Esta es la forma más profunda de decadencia, porque no es económica, política o cultural, sino que afecta a la realidad misma.

El carácter finito, limitado, insatisfactorio, pero a la vez proyectivo, futurizo, ilusionado del hombre podría expresarse en seis palabras: *ser persona es poder ser más.*

## *El mapa personal como biografía*

He intentado trazar el mapa del mundo personal: una retracción a aquella zona de lo humano en que esto se depura y *no es más que eso*. Esta limitación tiene un sentido positivo: normalmente se estudia lo humano desde las zonas marginales, en que no lo es enteramente, y luego se intenta tal vez ascender al núcleo más propio. Creo que es mejor hacer lo contrario: buscar lo estrictamente personal y *desde ahí*, desde esa perspectiva, considerar todo lo demás.

Esto responde a la actitud metódica en que me he situado siempre. Creo que hay que partir de las formas plenas y saturadas de realidad, y luego, mediante transposiciones, adiciones y sustracciones, considerar las formas deficientes. No empezar por las afasias o las formas rudimentarias del lenguaje, sino por su realidad plena, y desde ella entender sus posibles anomalías. No confundir las urgencias sexuales o los mecanismos sociales con el amor, sino tratar de entenderlo en su integridad y máxima realidad, desde la cual se puede comprender todo lo demás que tenga algo que ver con él.

Si poseemos nuestro mundo personal, sabremos quiénes somos y con quiénes hacemos verdaderamente nuestra vida. Y esto nos permitirá explorar la periferia de ella, aquellas zonas en que lo personal va menguando hasta perderse en lo impersonal, como un foco de luz termina por apagarse en las tinieblas.

Advertí al comienzo que ese mapa buscado había de ser narrativo. La razón es su condición *biográfica*. No solo «estoy» en ese mundo, sino que «me pasa», es decir, *estoy viviendo* en él. Todo él está

en movimiento, con una población fluctuante, con entradas y salidas, con variaciones en la posición respectiva de sus elementos, y sobre todo en relación conmigo.

Por eso este libro presentaba ciertas dificultades peculiares. No era posible escribirlo con «datos», observaciones, resultados de investigaciones ajenas. Ni siquiera con la mera razón —cuando la razón es *mera* deja de ser verdadera razón—. Solo era posible escribirlo con la vida, poniéndola en juego, haciéndola presentarse y aportar su experiencia, recorriéndola con los ojos, paso a paso, recomponiéndola en una biografía cuyo depósito era, precisamente, *teoría*.

Este mapa, que ahora tengo bosquejado —como la vida misma, inconcluso—, es el precipitado intelectual de una vida, precisamente en su función de *dar razón* de lo real. Es un ejemplo de lo que es, literalmente, *razón vital*.

Madrid, 6 de agosto de 1993

## NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



*sin egoísmo*

**Para otras publicaciones visite  
[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)  
Referencia:3760**



**E**l hombre vive en un mundo físico y en un mundo humano, el de la convivencia. Pero no todo este mundo es *personal*, sino en gran parte social o meramente psíquico. Hay formas de convivencia en las que los hombres funcionan y se encuentran rigurosamente como personas. Este libro intenta trazar el mapa del mundo personal, con su argumento, su historia, su dramatismo. Un mundo que no puede ser solamente descriptivo, sino narrativo. La enumeración de sus capítulos muestra su contenido:

- La condición personal de la vida humana
  - Persona masculina y femenina
  - Génesis de la persona
  - El dramatismo de lo personal
  - El descubrimiento de la persona
  - Relieve del mundo personal
  - Las fronteras
  - Los amigos
- El núcleo personal de las experiencias
  - El amor personal
- La instalación en el mundo personal
  - Trayectorias
  - El fondo de la persona.

ISBN 84-206-9679-X



9 788420 696799